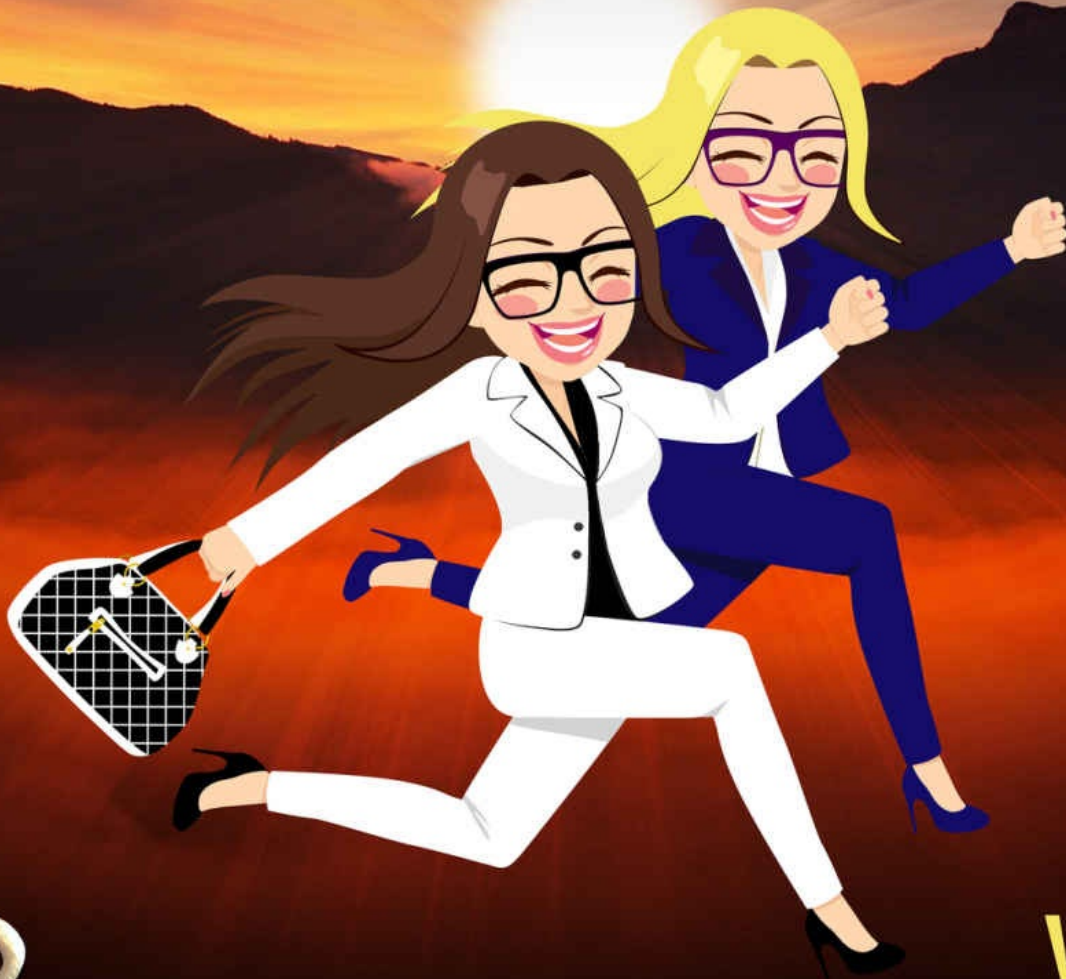


GARCÍA DE SAURA

*¡Huyamos,
ahora que podemos!*



VOL. 2

Sinopsis

Cuando Ana e Iris pensaron que ya nada podría fallar en su confabulación por librarse de la justicia, un nuevo revés amenazó con destruirlo. Alguien más sabe la verdad de lo que ocurrió la noche del accidente en la que se cargaron a Don Pepino, patrón del pueblo, y su plan corre peligro.

En medio de la vorágine, las chicas se irán de viaje con los chicos, Filomeno y Ataúlfo, dos hombres en los que confiaron y que las ayudaron desde el principio sin pedir nada a cambio. ¿O era solo lo que a ellas les hicieron creer?

Descubre el desenlace final de esta apasionante, divertida e intrigante historia, donde nada es lo que parece, y todo parece lo que es.

¡Huyamos, ahora que podemos! (Volumen 2).

1ª Edición

Copyright © 2019 García de Saura

Todos los derechos reservados.

© Imagen de cubierta y contracubierta: Pixabay y Shutterstock

© Imágenes interiores de capítulo: Pixabay y Shutterstock

© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

Más información: www.garciadesaura.com

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas reales, empresas o similares es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Artículo 270 y siguientes del Código Penal español).

*¡Huyamos,
ahora que podemos!*

VOL. 2

GARCÍA DE SAURA



Dedicado a mis Gamberras, a mis lectores, y a las
personas con verdadera capacidad de amar y ser
amadas



Capítulo 1

ANA

Tierra, trágame

Cuando mi padre me soltó aquello, mi mundo se desmoronó. Podía, incluso, visualizar cómo la tierra se abría bajo mis pies, y a mí precipitándome por ella. Como si de una película de fantasía o de ciencia ficción se tratase, la luz desaparecía, y todo cuanto me rodeaba se tornaba oscuro y sombrío. Me veía a mí misma estirando los brazos, tensando cada uno de mis músculos para intentar aferrarme a cualquier cosa que pudiese detener la caída. Pero la culpa era tan pesada que todo esfuerzo resultaba inútil. Mi padre me había descubierto, y yo

solo podía reconocer que estaba en lo cierto.

—Papá, yo lo... lo...

Un nudo en la garganta me impidió seguir. Me sentía responsable, tremendamente avergonzada, y acabé llorando ante su atribulada mirada.

—Al menos lo reconoces. Y eso te honra.

—Papá —susurré.

—Lo sé, hija. Te conozco y sé que no fue a propósito —dijo con una amabilidad que no merecía.

Negué con la cabeza, y él continuó.

—Pero por más que intento entenderlo, no consigo hacerlo. Dime qué ocurrió. ¿Qué se te pasó por la cabeza para acabar haciendo lo que hiciste?

—Papá, fue un accidente —me defendí, saboreando la salinidad de mis lágrimas cuando estas invadieron las comisuras de mis labios.

—Pero cuéntamelo, porque no lo entiendo. Por más vueltas que le doy, no comprendo cómo pudiste llegar a ese extremo. Tú no eres así. ¡Nunca lo has sido!

—Iba borracha —confesé aun a riesgo de acrecentar su decepción.

—Esa era la única explicación que le encontraba. Continúa —me pidió en un hilo de voz.

Durante un rato, y sin poder parar de llorar, le conté todo lo que había ocurrido. Dejando a un lado el motivo por el que Iris y yo cruzamos la plaza del pueblo, le narré hasta el último detalle desde nuestro encuentro con nuestros ex, hasta el momento en que nos cargamos la escultura.

—¿Te das cuenta de lo ridículo que suena eso? —Asentí—. ¿Por un abrazo? —Repetí el gesto—. Es lo más estúpido que he escuchado nunca.

—Pero es la verdad —me justifiqué.

—¿Acaso no has aprendido nada en todos estos años? ¿Acaso no te ha servido de nada la educación que te hemos dado tu madre y yo?

—Por supuesto que sí —me defendí—. Solo fue una mala casualidad, papá. ¿Tú nunca te has emborrachado?

Necesitaba que se pusiera de mi parte. Él había sido joven, de eso estaba segura. Solo era cuestión de hacerle entender que no fue más que un error, fruto de una noche que no salió como esperábamos.

—No se trata de eso, Ana. Todo el mundo sabe que si se bebe lo último que hay que hacer es coger el coche.

—No teníamos otra forma de venir —me justifiqué.

—¡Pues haberme llamado!

En aquel momento lo que más me dolió no fue que me alzara la voz. Ni siquiera que pudiese llamar la atención de los vecinos, si no lo había hecho ya.

Lo que me rompió el corazón... fue su mirada. Sus ojos no pudieron ocultar la rabia y la pena que la situación le provocaba, que yo le estaba provocando. Ambos estábamos nerviosos, pero yo era la única responsable, y debía hacer todo lo que estuviese en mi mano para intentar apaciguarlo. Fue entonces cuando, enfrentándome a su abatida mirada, le confesé:

—Puede que no sirva de mucho, pero quiero que sepas, papá, que he pasado una semana de mierda —Él iba a decir algo cuando lo detuve—. Déjame acabar —le pedí con un gesto con la mano. Él asintió, y yo continué—. Sé que no te gusta que emplee este tipo de palabras, pero no se me ocurre otra forma de catalogarla. Ha sido una semana horrible, en la que Iris y yo hemos intentado por todos los medios solucionar el problema. Sí, sé que cometí un error, lo asumo, pero en aquel momento nos entró el pánico y lo único que se nos ocurrió fue salir huyendo. Ideamos un plan, aunque tampoco sirvió de nada. Antes de que nos diésemos cuenta medio pueblo estaba empapelado y la científica ya estaba encargándose del caso. Papá, lo siento mucho, no sabes cuánto. Siento haberme cargado a Don Pepino, siento no haber dado la cara, pero, sobre todo —tragué saliva para poder continuar. De nuevo el nudo en la garganta me impedía hablar con claridad—, lo que más siento de todo, es haberte defraudado. Perdóname, por favor.

Mi padre dejó el vaso sobre la mesita que tenía frente a él, y con lágrimas en los ojos, me susurró:

—Ven aquí.

Sus brazos me acogieron como cuando era pequeña, como cuando tenía miedo porque creía que por las noches había alguien dentro de mi armario y él me abrazaba demostrándome que era el hombre más valiente del mundo. No recuerdo haber llorado más en toda mi vida que en aquel tiempo que estuve entre sus brazos. En silencio y arropada por su incondicional cariño, dejé que mis lágrimas cayeran a sus anchas. Que le mojara su camiseta era lo de menos. Aquella humedad era fruto del arrepentimiento y la vergüenza, pero también del inmenso amor que nos unía y que, pese al disgusto inicial, mi padre no dudó en ofrecerme. Mi instinto maternal aún no se había despertado, tan solo tenía veinticinco años, pero desde ese instante me juré que cuando llegase el momento y me convirtiera en madre, sería como él. Me hice la promesa de no defraudarlos nunca y de que, aunque ellos, mis futuros hijos, me hiciesen vivir situaciones duras como la que yo acababa de hacerle pasar a mi padre, nunca les fallaría ni les faltaría el cariño de su madre. No iba a ser fácil, no suele serlo y era consciente de ello. Pero solo tenía que tomarlo a él como ejemplo y, sobre todo..., recordar aquella noche en el porche.

Al cabo de un rato, tras un silencio roto únicamente por mis sollozos y su

intensa respiración, nos adentramos en casa. Hacía frío, se había hecho demasiado tarde, y ambos teníamos que madrugar.

—Buenas noches, hija —se despidió de mí al llegar a la altura del salón.

—Papá, espera —le detuve al recordar sus palabras al llegar—. ¿Qué te ha dicho el abogado?

Él regresó tras sus pasos, y con un rápido gesto con la mano señaló hacia la cocina a modo de invitación. Yo acepté sin dudar, y le seguí hasta allí.

—¿Un vaso de leche? —me preguntó abriendo el frigorífico.

—Sí, por favor —respondí sentándome a la mesa.

Es curioso, pero creo recordar que era la primera vez que mi padre y yo compartíamos un momento así. Nunca antes nos habíamos reunido allí de madrugada, y mucho menos sin la presencia de mi madre.

—Pese a que aún no conocía los detalles, lo llamé porque necesitaba su opinión y saber a qué nos enfrentamos.

El hecho de que se incluyera en el delito, me agrandó el alma. Nadie podría sentirse más orgulloso de un padre como yo en aquel instante.

—Se te acusaría por delito contra el patrimonio —anunció mientras las tazas daban vueltas en el microondas—. Don Pepino no es una escultura cualquiera, y su destrucción conllevaría más pena que cualquier otra obra del pueblo.

—Iré a la cárcel, ¿verdad?

Apenas me salía la voz. Desconozco de dónde saqué las fuerzas para formularle la pregunta, aunque me alegré después de hacerla. Todo dependía de su respuesta.

—No cree que la cosa llegase a tanto.

—¿En serio?

No sabía si gritar, saltar o ponerle un altar al susodicho abogado.

—No tienes antecedentes penales, así que, según sus propias palabras, se suspendería la pena de prisión. Como mucho te condenarían a una multa o a realizar trabajos para la comunidad.

—No lo das por hecho. ¿Por qué? —cuestioné con los ojos anegados.

El microondas pitó, y en silencio lo observé sacar las tazas. Inquieta aguardé su respuesta, aunque tuve que esperar a que continuara con el azúcar, las cucharillas y el chocolate soluble, antes de que tomase asiento a mi lado.

—Porque aún no te han pillado —respondió con calma sin apartar la vista de la mesa.

—¿Qué quieres decir?

—Ana, sabía que no lo habías hecho a posta, y supuse que era porque ibas bebida; no había otra explicación posible —se justificó—. Así que llamé al abogado. Le di una versión muy similar a la que me has contado, con la

esperanza de que fuese cierta, y en confianza él me dijo que lo mejor que pudisteis hacer fue huir.

—¿Hablas en serio?

—Sí. No sé mucho de leyes, pero sí de las repercusiones de los delitos. Tenía miedo que acabases entre rejas, y por eso le llamé. Cosí al pobre hombre a preguntas, aunque por suerte es amigo mío desde hace años y sé que no me lo tendrá en cuenta.

—¿Lo conozco?

—No. Lo conocí en la ciudad, casi al mismo tiempo que a tu madre.

—Nunca me has hablado de él.

—Porque nunca creí que lo necesitara.

Aquello fue un golpe bajo, pero me lo merecía después de tanta condescendencia.

—Me dijo que lo peor hubiese sido que os hubiesen pillado. De dar positivo en la prueba de alcoholemia, nadie, ni siquiera él, os hubiese podido librar.

El vello se me erizó en respuesta.

—Todos estos días he pensado justo lo contrario —confesé.

—Me lo imagino. Anda, tómate la leche.

Ambos bebimos de nuestras tazas sin dejar de pensar en lo que acababa de decir.

—¿Y qué vías tengo? —quise saber.

—De momento no vamos a hacer nada. Lo mejor, según él, es esperar acontecimientos.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro.

—¿Cómo lo has sabido?

—Ana, no hace falta ser detective para saberlo. Llevas días sin parar por casa, cenando y durmiendo fuera. Y lo más evidente de todo, el coche no está en el garaje y vas siempre en el de Iris.

—Ya. Supongo que era cuestión de tiempo que lo averiguaras.

—Por cierto, ¿dónde está el coche?

«Eso quisiera saber yo», pensé.

—En un taller a las afueras de la comarca.

No sé qué dije, pero mi padre comenzó a reír a carcajadas.

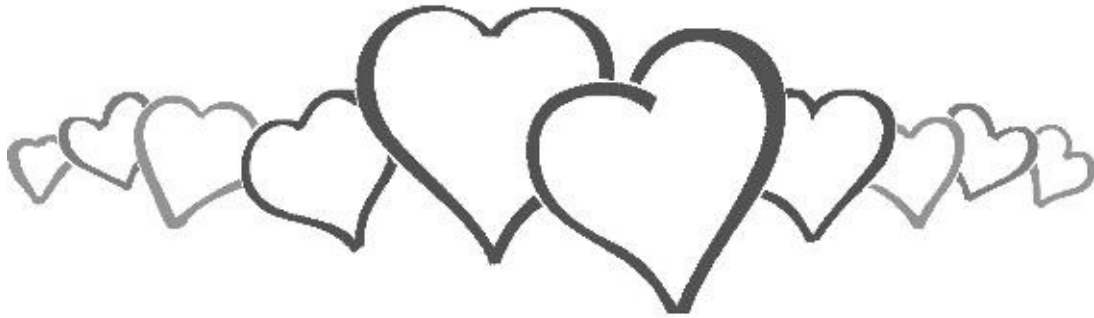
—¿De qué te ríes?

Él intentó responder, pero cada vez que parecía que iba a hacerlo volvía otra vez a troncharse. No tenía ni idea de lo que se le pasaba por la cabeza, lo del taller tampoco había sido tan gracioso, aunque acabé contagiándome de su risa.

—Eres el colmo de un funcionario de prisiones. Como delincuente no tienes

precio —remató antes de volver a descojonarse a mi costa.

No sé si fue fruto del momento o que le había echado algo a la leche, pero el caso es que los dos acabamos riendo durante un buen rato. En esa ocasión las lágrimas que salieron de mis ojos no fueron de pena. Y pese a que estas me impedían verle con claridad, supe que jamás borraría de mi memoria aquel momento íntimo con mi padre.



Cuando a la mañana siguiente le conté lo ocurrido a Iris mientras desayunábamos en La Tapa, esta puso mil y una caras. La primera, fruto del desconcierto inicial, fue cuando le solté que mi padre lo sabía todo.

—¿Todo, todo? —me cuestionó con mirada picarona.

—Evidentemente no, hija. Hay cierta parte de la historia que tuve que omitir.

—Ya decía yo. ¡Anda, que solo le faltaba enterarse de que te has enamorado!

—¡Yo no me he enamorado! —me defendí molesta.

—Ah, ¿no? ¿Y por qué tienes esa cara de lela desde que te he recogido en tu casa? Estás hablando conmigo, chata, a mí no tienes que ocultarme nada.

—¿Y qué me dices de ti? Tú estás igual de enchochada que yo o más, así que no me vengas con milongas.

—Lo mío es distinto —aseguró.

—¿Perdona? Hasta donde yo sé las dos estamos en el mismo punto con los chicos.

—No exactamente.

—¿Qué quieres decir?

—Yo he *mojao* y tú no.

Iris se rio de mí todo lo que quiso y más, y yo no tardé en defenderme.

—Mañana mismo le pongo remedio a eso.

—Vale, cuéntame el resto —me pidió.

Vosotros ya lo conocéis. Se alegró, al igual que yo, de lo que había dicho el abogado. La cárcel estaba descartada, aunque no así, la imputación y su correspondiente multa o sentencia.

—Espero que no sea mucho, porque si no, no sé cómo lo vamos a pagar —comentó.

—Iris, fui yo —aseguré en una coyuntura de sinceridad—. Tú no tienes que poner nada de tu bolsillo.

—¡De eso nada! —me alzó la voz dolorida—. ¿Crees que te voy a dejar sola? Lo que tenga que ser, que sea para las dos por igual.

—Te agradezco tu lealtad hasta el infinito, pero sabes tan bien como yo que para el juez solo hay una culpable.

—Pues se lo explico, y listo.

—¡No digas tonterías!

—¡No las digas tú! Si hay que hacer trabajos a la comunidad los haremos juntas.

—Si me mandan a barrer, ¿qué vas a hacer? ¿Sujetar la escoba con una mano y yo con la otra?

—Hay miles de escobas en el mundo, ¿lo sabías?

—Era sarcasmo.

—Y lo mío sinceridad, así que deja ya escurrir el bulto. Lo que tenga que ser, será para las dos, ¡y se acabó!

Me sentía tan orgullosa y afortunada por tenerla, que me lo vio en los ojos.

—No me mires así —se quejó simulando estar enfadada—. Tú harías lo mismo por mí.

Sin importarme quién nos mirase ni lo que pudieran pensar, me levanté y me abalancé sobre ella para abrazarla.

—Te quiero, tía.

—Y yo a ti, Plazas.

—Te tengo dicho que no me llames así —gruñí separándome de ella y regresando a mi asiento.

—Me sale solo —se justificó partiéndose de risa.

—¿Sabes qué es lo peor de todo? —pregunté tras darle un nuevo sorbo a mi té—. El linchamiento popular. Cuando todos lo sepan, vivir aquí se hará insoportable —susurré mirando en derredor.

—Míralo de este modo. Solo será mientras tengamos que hacer los trabajos. Después, nos largaremos del pueblo para siempre. ¡Es la excusa perfecta!

—Siempre sacas el lado positivo a todo. No sé cómo lo haces.

—Es cuestión de perspectiva —remató alzando las cejas, y volviendo a

retomar su desayuno.

—Buenos días, bonitas mías —nos saludó de pronto don Minervino, el párroco del pueblo al acercarse a nuestra mesa, vestido con su característico alzacuello y portando una carpeta en la mano.

—Buenos días, padre —respondí.

Iris no era creyente, algo que a su madre le disgustaba sobremanera y no llevaba demasiado bien, y solo le dijo un simple «hola».

—¿Qué? Tomando fuerzas para ir a trabajar, ¿verdad?

—Sí, padre —respondí.

—Eso está bien. Seguro que podréis ayudarme —añadió.

Iris me miró con el ceño fruncido, gesto que no pasó desapercibido para el párroco.

—Estoy recogiendo firmas para que, ahora que Don Pepino ha pasado a mejor vida, San Judas vuelva a ser el patrón del pueblo. ¿Qué decís? ¿Me echáis una firmita?

Don Minervino me puso la carpeta delante para que no pudiese negarme. Aquel hombre podía llegar a ser muy pertinaz cuando se lo proponía. De soslayo, vi a Iris inclinando y girando la cabeza para que no viera que se estaba descojonando. Tuve que esforzarme para no acabar contagiándome por ella.

—Claro, padre. Dígame dónde hay que firmar.

El hombre me cedió un bolígrafo, y tras dejarle mi rúbrica y mi número del D.N.I., le pasé la carpeta a Iris.

—Toma, te toca —Esta vez era yo la que se iba a reír.

—¿Qué? No, gracias.

—Hija, échame una firmita —le pidió el cura.

—Sabe de sobra que no soy cristiana —se defendió ella.

La escena no tenía desperdicio. ¡Iris hablando con el cura! Me dieron ganas hasta de grabarlo. Ella solo había pisado la iglesia el día de su bautizo, y porque no tuvo más remedio, pues apenas tenía dos meses y lo hizo en brazos de su madre.

—Dios perdona incluso a los que no creen en su Iglesia —contestó el hombre.

Ella resopló con tanta fuerza que levantó la guedeja de pelo que le caía a un lado de la cara.

—Verá, no quiero ofenderle con lo que le voy a decir, pero...

—Pues mejor no lo digas, hija mía —la interrumpió—. Ya sabes lo que dicen: si al hablar no has de agradar, es mejor callar.

Yo ya no sabía cómo retener la risotada. Iris se puso colorada, tirando a un color morado de la rabia que le estaba entrando. Imaginaba la cantidad de

burradas que era capaz de soltarle al cura y que, por fortuna, prefirió guardarse para sí misma.

—Trae —claudicó arrebatándome la carpeta de la mano.

Con toda la rabia que la estaba consumiendo, y a una velocidad que ni los famosos con una cola infinita de fans, firmó antes de devolverle la carpeta al párroco.

—Muchas gracias, hija. Dios te lo pagará.

—Sí, con media docena de hijos y una mansión en Los Hamptons—masculló ella por lo bajini.

El cura hizo oídos sordos y se marchó para continuar con la recolecta de fieles a su causa. Yo no pude aguantarme más y rompí a reír. Demasiado tiempo conteniéndome. Iris me escudriñó con la mirada. Y aunque quiso mostrar que estaba enfadada conmigo y que no me iba a perdonar nunca la encerrona, finalmente se unió a mí, y ambas acabamos partiéndonos.

Mi móvil sonó. Aún seguía riéndome cuando lo cogí del bolso.

—Dime, papá.

—¿Dónde estás? —Se le notaba nervioso y más serio de lo normal.

—En La Tapa, con Iris, ¿por qué?

—Hija, tenemos un problema.

—¿Qué pasa? —pregunté con el corazón en un puño.

Ella, al ver mi gesto, se tensó y se inclinó hacia mí, expectante.

—Tienes que venir cuanto antes. Han llamado del ayuntamiento, y a las doce vienen a inspeccionar tu coche.



Capítulo 2

IRIS

¿Y ahora qué?

Últimamente no ganaba para sustos. Ana se puso blanca como el papel que sobresalía del servilletero metálico que había sobre la mesa. No podía escuchar

lo que su padre le decía, pero al juzgar por su cara, no era difícil imaginarlo. En cuanto colgó, me puso al corriente.

—¿A las doce? —inquirí nerviosa mirando el reloj.

Eran las nueve menos diez, aún teníamos tres horas para ir a recogerlo y traerlo de vuelta a su casa.

—Llama a los chicos —formuló con la cara desencajada.

Sin demora, hice lo que me pidió.

—Buenos días, preciosa —me contestó Ataúlfo tras un par de tonos.

Al escuchar su voz sentí un cosquilleo en el estómago.

—Buenos días —respondí en un tono de absoluta alelada.

—¿Cómo está mi chica?

—Bien, ¿y tú?

—¡Al grano! —me apremió Ana.

—Necesitamos un favor —le comuniqué a Ataúlfo, al tiempo que con un gesto le pedí a ella que se calmase.

—Lo que quieras —aseguró él con su tierna y ronca voz.

Ese tipo de respuestas eran las que conseguían que estuviese enganchada a él.

—Necesitamos *eso* para...

—¡Ya! —me interrumpió Ana.

—¿A qué te refieres con «eso»? —quiso saber Ataúlfo.

—Ya sabes —dije mirando alrededor. Corría el peligro de que nos oyeran los de las mesas contiguas, y no podía arriesgarme—, *eso* que os dimos.

—Los besos no se devuelven —se mofó él.

—¡Eso no, tonto! Lo otro.

—Extraña forma de pedirme que me acueste contigo, ¿no crees?

—¡Será posible! —gruñí riéndome.

—Pero me encanta que me llames para eso. Dime cuándo te recojo.

Me estremecí solo de pensarlo. Me hubiese escapado a ojos cerrados con él de habérmelo pedido.

—¿Qué pasa? —inquirió Ana, nerviosa.

Llevar dos conversaciones a la vez no me estaba resultando de gran ayuda.

—Nada, nada, tranquila —dije intentando retomar el tema y centrarme para lo que lo había llamado.

—¿Está Ana contigo? —preguntó de pronto.

—Claro, estamos a punto de entrar a trabajar, por eso te he llamado.

—Pues aquí hay alguien que quiere saludarla.

—Dile que yo lo hago de su parte, que no hay tiempo para pararnos en saludos ahora.

—Oye, bonita —volvió a la carga Ana—, si mi chico quiere hablar conmigo, ¿quién eres tú para ponerle puertas al campo?

—¡A ver si te aclaras! —me defendí—. ¿Voy al grano o prefieres ponerte a parlotear? —me quejé llevándome el móvil al pecho para tapar nuestras voces.

—¿Perdona? Quiero las dos cosas. Trae aquí.

Ana me quitó el teléfono de las manos y, tras pedirle a mi chico que le pasara con el suyo, se puso a charlar con él como si nada. La conocía de toda la vida, y sabía que nunca la había visto tan colada por alguien. Ni siquiera por Aniceto, pese a haber mantenido una relación con él durante años. Al verla allí, hablando con Filomeno sin poder quitarse la sonrisa de la cara, me di cuenta de lo mucho que habían cambiado las cosas en apenas unas horas, y sin darme cuenta, me detuve a rememorar todo lo ocurrido la noche anterior.

Recordé que nada más llegar al mirador, Ataúlfo notó que algo me pasaba. Me costaba creer que en tan poco tiempo pudiese conocerme tanto, pero lo cierto es que así era. No se lo pensó dos veces, y en cuanto le fue posible, indagó sobre el tema.

—Dime qué te pasa —me demandó clavando su azulada mirada en mí, mientras nuestros mejores amigos charlaban a unos metros de nosotros.

—No es momento. Olvídalo.

—No pienso olvidarlo. Tú me importas, Iris, más de lo que crees.

—Pero me pides que confíe en ti a ciegas —me defendí.

Ambos susurrábamos para no ser escuchados.

—Mírame —me pidió tomándome de la cintura—. Ya te lo he dicho, es solo cuestión de tiempo.

—Tiempo es precisamente lo que tenemos —argumenté sin atreverme a mirarlo. Sabía que, si lo hacía, acabaría rindiéndome a él.

—¿Crees que yo quiero irme el domingo? Iris, por favor.

—No lo sé, como tantas otras cosas —añadí.

—¿Qué quieres saber?

—Todo —respondí mirándolo a los ojos por primera vez.

—No hay nada en el mundo que me gustaría más que poder hacerlo...

—Pero no lo harás.

—¡No puedo! ¿Por qué te cuesta tanto comprenderlo?

—Porque necesito saber quién eres, Ataúlfo. ¿O debería llamarte señor de Haro?

—Así que es eso.

—Sí —me atreví a responder. Estaba cansada de tener que fingir—. Sé que le disteis nombres falsos a mi jefa e intento averiguar por qué.

Él guardó silencio, hasta que, de pronto, sus manos abandonaron mi cintura.

—La culpa ha sido mía desde el principio —reconoció entristeciendo el gesto, apartándose de mí. Fueron escasos centímetros, pero los suficientes para darme cuenta de que lo último que quería era perderlo.

—¿Qué quieres decir? —pregunté nerviosa. Empezaba a creer que la había fastidiado.

—Rompí la primera norma, y ese fue mi mayor error. Si no hubiese...

—¿Te arrepientes de haber confiado en mí?

—¡No! —se apresuró a contestar—. No se trata de eso. Pero de no haberlo hecho tú ahora no dudarías de mí como lo estás haciendo. ¿Y sabes lo más curioso de todo? Que yo haría lo mismo. Por eso no puedo enfadarme contigo. Si con alguien estoy molesto es conmigo mismo por haber sido tan gilipollas.

—¿A qué le temes?

—No se trata de temor, y en el caso de que así lo fuera, lo único a lo que le temo es a hacerte daño. Vine aquí por trabajo, solo era cuestión de unos pocos días. La cosa era sencilla, hacíamos lo que nos habían mandado y nos largábamos sin hacer ruido.

—Pero aparecimos nosotras para estropearlo todo.

Tenía el corazón en un puño. Empezaba a sentir un dolor intenso bajo el pecho.

—¡No! Iris, no habéis estropeado nada, al contrario. Si de algo estoy seguro es de que eres lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo. Pero en ningún plan ni en ninguna orden entraba que acabase... enamorándome de ti.

—¿Y por qué no eres sincero? Si realmente sientes eso por mí, ¿por qué no me dices la verdad y...?

—¿Y por qué él sabe su nombre? —le gritó Ana a Filomeno, llamando nuestra atención—. ¿Y por qué yo sé el suyo y sin embargo no sé...

—¡Filomeno! —le cortó alzando la voz, abalanzándose sobre ella—. Me llamo Filomeno Muñoz, trabajo y vivo en Ávila.

—Tío, ¿qué haces? —le advirtió Ataúlfo—. No deberías...

La escena resultó sobrecogedora. No sabía qué pensar ni qué parte de todo aquello podía creer.

—Fui destinado aquí por trabajo y ahora debemos volver —continuó Filomeno, ignorando las palabras de mi chico.

Fuese lo que fuese lo que se traían entre manos, lo único de lo que estaba segura era de lo importante que era para ambos proteger su identidad.

—¡Eso ya lo has dicho! —le respondió ella, voz en grito.

—¡Venir aquí no fue cosa mía, pero así son las cosas! ¡Y sí, lo reconozco, la idea de grabaros para divertirnos fue mía!

—¡Así que lo reconoces! —gritó fuera de sí.

Miré a Ataúlfo para que me confirmara si era cierto, y él asintió. Mi mente entonces se convirtió en un hervidero de preguntas, arremolinadas unas encima de otras por hallar respuesta. ¿Qué debía pensar? ¿Eran o no eran de fiar? ¿Quiénes eran realmente?

—¡Sí! ¡Como también reconozco que no quería volver a veros! ¡Pensé que todo quedaría en un juego aquella noche! —Filomeno parecía dispuesto a todo, y por primera vez desde que lo conocí, parecía estar siendo realmente sincero.

—¡Genial! —le escupió ella.

—¡Pero ese que está ahí —continuó señalando a mi chico—, mi compañero y mejor amigo, se coló por tu amiga y tuve que tragar! ¡Y para tu información él no es el único! —bramó acercándose aún más a ella—. ¿Quieres saber más sobre mí? ¡Está bien! ¡No estoy casado, no tengo novia ni la quiero! ¡Lo único que quiero, mujer testaruda y cabezota, es pasar el puto fin de semana contigo porque si no lo haces, el que se volverá loco seré yo!

Tras aquella romántica confesión, Ana se abalanzó sobre él y ambos se fundieron en un increíble beso. Aquello me conmovió tanto, que me giré de nuevo para mirar a Ataúlfo. Él hizo lo mismo, y en sus ojos encontré la respuesta. En aquel instante supe que debía confiar en él, que ambas debíamos hacerlo. En aquel mirador ya no había lugar para la mentira ni el engaño. Lo único que teníamos ante nosotras era a dos hombres que se habían abierto en canal, demostrándonos que cada palabra pronunciada era cierta, y que, pese a que en un principio no entrara en sus planes ni lo contemplasen como una posibilidad plausible, los sentimientos habían ganado la batalla, y ambos acabaron rindiéndose ante lo que realmente sentían por nosotras.

—Tía, ha sido de película —musité embriagada por la escena y por el vello que aún erizaba mi piel.

—¿En serio? —preguntó alelada.

—Ya estaba bien, colega —le dijo mi chico al suyo, dándole una palmada en el hombro.

—No me toques las pelotas, tío —se quejó simulando estar molesto con él.

A partir de ese instante, decidí dejar a un lado las dudas. Ver a Ana en los brazos de Filomeno me hizo darme cuenta de que aquello no era parte de un sueño, sino de algo completamente real que no debíamos perdernos por nada del mundo. Los chicos acababan de invitarnos a pasar el fin de semana con ellos, y yo acepté con una sincera sonrisa en el rostro. No sabía cuándo volvería a verlo, no sabía siquiera quién era en realidad... Pero lo que sí sabía era que estaba profundamente enamorada de él, y que cada segundo que pasara a su lado, iba a aprovecharlo al máximo, olvidándome del resto, y centrándome en lo único importante: nosotros.

—Ya está —dijo Ana, devolviéndome el teléfono, y con él a la realidad.

—¿Qué te ha dicho?

—Que el hombre quedó en llamarlos cuando estuviera terminado —aseguró al tiempo que con la mano le hacía una seña a Indalecio para que nos trajese la cuenta.

—¿Y los ha llamado?

—No. Pero me ha asegurado que lo tendremos antes de la hora.

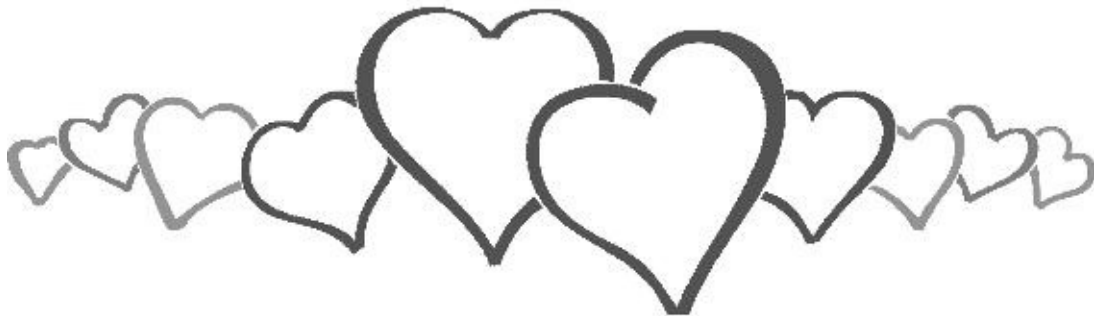
—¿Y cómo está tan seguro si ni siquiera sabe si está acabado?

—Me ha dado su palabra, y le he creído.

—¡Quién te ha visto y quién te ve! —me burlé.

—¿A que sí? —dijo con tono agudo, inclinando la cabeza a un lado, y con cara de enamorada.

Vale, lo reconozco, ella no era la única. Y es que no era para menos. Cada cosa que le pedíamos allí estaban ellos. Aunque en mi mente me seguía preguntando cómo lo resolverían.



Entretanto...

—Sube al coche, que nos vamos.

—Definitivamente, se te ha ido la cabeza.

—Mira quién vino a hablar —se defendió Muñoz.

—Tío, hablo en serio —Giménez abrió la puerta del copiloto y tomó asiento junto a su amigo—. ¿Cómo se te ocurre asegurarle que tendrás el coche para antes de las doce?

—Tú mismo lo has dicho. Porque estoy seguro de que lo tendrá.

—No sé, tío.

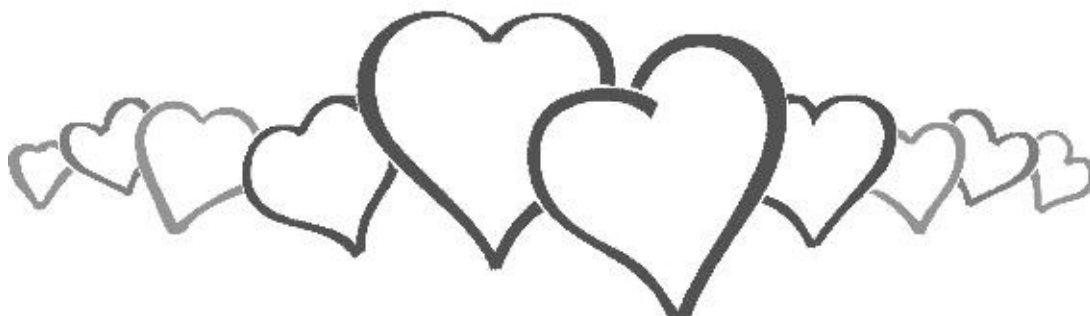
—¿Quieres tener un poco más de fe en mí?

—¿En ti? Es en el mecánico en quien debería tenerla, no en ti. A no ser que... ¡Un momento! ¿Qué vas a hacer?

—Aún no lo sé. Improvisaré.

—¡Muñoz, no me jodas, que nos conocemos!

—Ella necesita que esté arreglado y en su garaje antes de las doce, y lo tendrá —sentenció saliendo del aparcamiento del bar donde habían parado a desayunar.



El coche de Ana estaba a las afueras de la comarca. Cuando las chicas les contaron que lo mejor era llevarlo a un lugar que nadie conociese, optaron por dejarlo en Talleres Cástulo e Hijos, un pequeño, modesto y cochambroso taller mecánico, cuyo nombre le venía demasiado grande y no hacía justicia a lo que en realidad era.

—Hola. ¿Está listo mi coche? —preguntó Filomeno al dueño nada más llegar.

Había conducido a gran velocidad, y ni siquiera aguardó a que su compañero lo alcanzase al bajarse del todoterreno.

—¿Su coche? ¡Ah, sí! Iba a ponerme con él ahora mismo.

—¿Cómo que «va a ponerse con él ahora»? ¿Quiere decir que ni siquiera lo ha tocado?

Muñoz sintió unas irrefrenables ganas de propinarle un buen puñetazo. ¿Cómo podía tener la desfachatez de soltarle aquello, cuando él mismo se comprometió a tenerlo listo lo antes posible? «Urgente» fue la palabra que utilizó cuando le dejó el coche para que lo arreglara. La parsimonia y la dejadez de aquel hombre no hizo más que aumentar su enfado.

—Su coche no es el único que tengo, ¿sabe? —comentó el mecánico como si

nada.

—Pero fui muy claro cuando se lo dejé y usted me dio su palabra, ¿recuerda?

El mecánico, lejos de amedrentarse o preocuparse lo más mínimo por lo que acababa de decirle, siguió como si nada dando vueltas al palillo que llevaba en la boca que sujetaba únicamente con los labios. Era un hombre de mediana edad, con barriga cervecera, ropa mugrienta y pelo a juego, que no dejaba de frotarse las manos con un trapo diez veces más sucio que el suelo que pisaban.

—Dígame dónde está. Quiero verlo —le exigió Muñoz sobresaltado.

Giménez, que sabía que la paciencia no era el fuerte de su compañero, pensó en mediar para suavizar la situación, aunque finalmente decidió dejar que fuese él quien se encargara del asunto.

—Lo tengo aquí al volver —anunció el mecánico señalando con la cabeza hacia su lado derecho.

Filomeno, que a cada segundo que pasaba se sentía más furioso e inquieto, se dirigió hacia donde el hombre le había indicado dando grandes zancadas. En apenas unos segundos, llegó hasta una estrecha calle sin asfaltar donde había varios coches aparcados en fila, entre ellos el de Ana.

—¡Ni lo ha tocado! —gruñó al ver la parte delantera.

—¡No jodas! —comentó Giménez, que había seguido sus pasos.

—¡Se va a enterar!

—¡Eh, tío! —dijo cogiéndolo del brazo.

—Suéltame —le ordenó, volviéndose hacia él.

—¿Qué vas a hacer?

Giménez sabía que lo que sentía por Ana era real, y desconocía hasta dónde sería capaz de llegar por ayudarla.

—Ya te lo he dicho. Toca improvisar. Y espero que estés de mi parte, porque no pienso detenerme. ¿Estás conmigo o no?

Los dos amigos se miraron. Ambos sabían lo que aquellas palabras significaban. Una vez más iban a sobrepasar la línea de lo políticamente correcto e incluso de lo legal. Pero también eran conscientes de lo que podría ocurrirles a las chicas si no lo hacían. El coche debía estar listo para la inspección, apenas les quedaba tiempo, y debían asegurarse de que así fuera.

—Está bien. Yo vigilaré —claudicó Ataúlfo.

—Gracias, tío.

—Tú procura que no haya sangre, y estaremos en paz —remató Giménez, adelantándose a su compañero para cumplir con su cometido.

Filomeno, orgulloso una vez más de la complicidad y la lealtad de su mejor amigo, se dirigió al todoterreno, abrió el maletero, y sacó un arma que llevaba escondida bajo una manta de cuadros escoceses. Con cuidado de no ser visto,

ocultando el arma a su espalda, y con la suerte de que el taller estuviese en un callejón sin salida en un lugar apartado, se fue directo hacia el mecánico.

—Así que en todo este tiempo no ha tocado el coche, pese a que me aseguré que lo tendría listo.

Su voz sonaba irónicamente calmada, y el hombre, con la confianza que aquello le aportó, se atrevió a contarle que estaba arreglándole el coche al hermano de su mujer, para no tener que escucharla.

—Pues me da que va a tener que escucharla durante un par de días, si no quiere que le meta una bala en la cabeza —dijo sacando el arma y apuntándole a la sien.

El palillo del hombre, fruto del susto que este se llevó, cayó al suelo. En sus ojos había verdadero temor, pues nunca en sus cincuenta y siete años de vida había visto una pistola, y aún menos sabía lo frío que era su cañón.

—Lo arreglaré ahora mismo. Se lo juro. Pero, por favor, no me mate.

—No pienso hacerlo si no me da motivos —anunció Muñoz sintiéndose culpable en aquel instante por lo que estaba haciendo.

—Lo tendrá en unas cuatro horas —aseguró con la voz temblorosa.

—Que sean dos.

—Con dos me vale, le doy mi palabra.

En cuanto vio en su mirada que aquel hombre le estaba diciendo la verdad, se guardó el arma en la parte trasera del pantalón y le hizo un rápido gesto con la cabeza para asegurarse de que no perdiese el tiempo. El mecánico, pálido como nunca antes, cogió una llave de una caja de cartón que había sobre una vieja mesa, apartó la caja de herramientas que tenía en el suelo frente al vehículo de su cuñado y, tras sacarlo del taller, fue a por el de Ana.

Giménez, que no perdió detalle de la escena pese a que no abandonó su vigilancia en ningún momento, le regaló a su amigo una sonrisa cómplice al ver lo que había hecho.

—«No tienes remedio» —le hizo saber con la mirada.

—«Eso ya lo sabías, cabrón» —le respondió de igual forma.

Exactamente a la hora y cincuenta y siete minutos, el coche de Ana estaba arreglado. El mecánico trabajó sin descanso como hacía años que no había hecho. Él mismo se sorprendió al ver que aún quedaba en su interior parte de aquel joven que quería arreglar vehículos y soñaba con comerse el mundo. Lo que al principio había sido el mayor susto que había recibido en toda su larga vida, finalmente le sirvió para darse cuenta de que aún no lo tenía todo perdido. Con orgullo, y con una extraña sensación recorriéndole por las venas, le entregó las llaves a Filomeno.

—Aquí tiene.

—Gracias —le respondió al tomarlas—. ¿Cuánto le debo?

—¿Va a pagarme?

Aquello fue una sorpresa para él.

—Usted ha hecho un trabajo, lo normal es cobrar por ello, ¿no le parece? — preguntó sacando la cartera.

—Ya, ya.

El hombre pensó que con salvar su vida era pago suficiente. Pero Filomeno supo en todo momento que no le haría nada, tan solo quiso asustarlo. De hecho, el arma no estaba cargada, aunque era un dato que solo él conocía.

—Son ciento diez euros —anunció al darse cuenta de que no bromeaba.

—Tenga, ciento veinte... por las molestias.

—No me lo merezco —aseguró el mecánico.

—Créame, es lo primero en lo que estoy de acuerdo con usted desde que he llegado. Y recuerde, no hemos estado aquí, no nos ha visto nunca ni tampoco sabe nada de este coche, ¿entendido?

El hombre asintió.

—Que tenga un buen día —soltó dejándolo paralizado sin saber qué decir.

Filomeno se subió al coche de Ana, y lo condujo hasta llegar a la altura de la calle donde aún se encontraba su compañero.

—Una anécdota más para añadir a la lista, ¿eh? —se mofó este último apoyándose en el techo del vehículo.

—He cumplido mi parte, no ha habido sangre.

—Mejor, odio limpiar.

—Vamos —le apremió—, apenas queda tiempo.

—Lo que hace un hombre por amor, ¿eh?

Giménez tuvo que esforzarse por no descojonarse allí mismo.

—Sígueme y deja de decir chorradas —se quejó.

—Sí, sí. Llámalo como quieras —dijo encaminándose hacia el todoterreno —, ¡pero estás hasta los huesos! —añadió alzando la voz para que lo oyera.

—¡Las tías lo complican todo! —le gritó riendo, mirándolo a través del espejo retrovisor, antes de salir juntos del callejón y ponerse rumbo a Don Pepino, en busca de, como él mismo acababa de asegurar, mayor complicación.



Capítulo 3

ANA

Si me da un síncope, don «capullo» me va a oír

Los minutos pasaban y no había ni rastro de los chicos. No dejaba de entrar a la oficina para preguntarle a Iris si habían llamado o dado señales de vida.

—Por enésima vez, ya te he dicho que en cuanto lo hagan, te aviso —se quejó.

—Pero, ¿y si se te olvida? ¿O te pilla en una llamada? ¿O peor aún, haciendo de las tuyas en el aseo?

—¿«Haciendo de las mías»? ¿Se te ha ido la olla o qué?

—Me has entendido, no te me hagas la ofendida —me excusé.

—Cualquiera que te oiga creará que trapicheo entre azulejos. ¿Quieres hacer el favor de calmarte?

—Como si eso fuese tan fácil. ¿Has visto qué hora es? Las once, tía, ¡las once! Bueno, ahora las once y un minuto —comenté tras mirar el reloj.

—Pareces la puerta del sol dando los cuartos. Procura serenarte o todo el mundo se dará cuenta de lo que ocurre.

—Eso es fácil decirlo cuando tu cabeza no es la que está en juego. Dame el teléfono —le pedí.

—¿Para qué?

—Para ducharme. ¿Para qué voy a quererlo?

—No necesitas llamarlos. Hacerlo los pondrá más nerviosos.

—¿Ahora tengo que preocuparme por ellos? ¿Por qué no te preocupas por mí? —me quejé.

—A ver, Ana —dijo girando la silla para mirarme de frente—. Claro que me preocupo por ti. Estoy de los nervios toda la mañana, pero tengo que acabar esto antes del mediodía, y si no nos relajamos y confiamos en ellos, todo se irá al garete.

Resoplé a sabiendas de que estaba en lo cierto. Si seguía actuando de aquel modo cualquier compañero podría darse cuenta de que algo pasaba, sobre todo Amonaria y Nepomuceno, a los que no se les escapaba una. Aunque no me estaba resultando nada fácil. Tenía el corazón en un puño, los nervios a flor de piel, y concentrarme en hacer bien mi trabajo estaba en el último puesto de mi escala de prioridades.

—Que sepas —anuncié antes de regresar a la tienda—, que esto de que solo tú tengas su número no lo veo bien. Hoy mismo le pido a Filo el suyo.

Ya me disponía a salir disparada de allí cuando su móvil sonó.

—Son ellos —anunció al ver la pantalla.

—Dámelo —solté sin esperar a que me lo entregara—. ¿Lo tenéis? —pregunté al descolgar. No había tiempo para saludos, ni siquiera para saber quién de los dos estaba al otro lado.

—Sí. Voy de camino. Giménez va detrás.

En aquel instante mis hombros descendieron medio metro, al menos. Los había tenido erguidos de la tensión sin haber sido consciente. Una vez más los chicos habían cumplido con su parte, y volvía a estar, gracias a ellos, fuera de peligro.

—Dime dónde nos vemos.

—Id al mirador —anuncié mirando a Iris. Ella asintió—. Nos vemos allí en quince minutos.

Ah, y gracias, *moreno*.

—De nada, *morena*.

Cuando le devolví el teléfono a Iris, lo hice con una sonrisa de oreja a oreja.

—Son fantásticos, ¿eh?

—No sabes cuánto —asentí dejando salir un profundo suspiro.

—¿Qué hacéis ahí paradas? —interrumpió de pronto nuestra jefa.

—Buenos días —la saludamos.

Ella no se detuvo, y cuando se entró en su despacho, salí tras ella.

—Arcadia, necesito pedirte un favor.

—Tengo mucho lío, Ana. Si se trata de una subida de sueldo, ahora no es el momento —anunció sin mirarme mientras dejaba sus cosas sobre la mesa y tomaba asiento al otro lado.

—Eso es algo que no descarto. Pero no, no se trata de eso.

—¿Entonces de qué? Dímelo rápida, porque me tengo que marchar. ¡Iris! ¿Tienes eso terminado?

—No, Arcadia. Hasta mediodía no creo que lo tenga —respondió ella al entrar en el despacho y detenerse a mi lado.

—Lo necesito para hoy. ¡Es urgente!

Que mi jefa estuviese estresada era algo habitual, aunque últimamente se la veía más nerviosa que de costumbre.

—Lo tendrás antes de las dos, prometido.

—¿Y qué hay de lo mío? —intervine mirando el reloj que había en la pared tras su sillón.

—¿Qué es lo tuyo? —preguntó abriendo y cerrando varios expedientes que tenía sobre la mesa.

—Necesito salir una hora —anuncié intentando sonar firme.

—¡Será una broma! —soltó mirándome por primera vez desde que entró en la oficina—. ¿Acaso no tienes suficiente con librar dos días?

—Sí, claro, y te lo agradezco, es solo que...

—Pues me alegro, porque no puedes salir a ninguna parte. Eres mi mejor dependienta, vamos a cerrar cuando más clientela tenemos, y no puedo permitirme perder ni una sola venta.

—Será solo una hora, te lo prometo.

—¿No me has oído? He dicho que no. Vuelve a tu puesto y, por favor, acepta una negativa a la primera. Sal del despacho. ¡Salid las dos! Tengo mucho que hacer.

Iris y yo nos miramos y volvimos a su oficina en absoluto silencio. Nunca, en todos los años que llevaba trabajando para Arcadia la había visto así conmigo. En muy pocas ocasiones le había pedido algo como lo que acababa de solicitarle,

y jamás me lo había rechazado. No sabía qué le ocurría, pero estaba claro que algo pasaba.

—¿Qué voy a hacer ahora?

Iris tenía que quedarse para terminar lo que fuese que tuviera que hacer, yo misma había sido testigo de cómo se lo había exigido nuestra jefa. Pero yo tenía que salir, debía hacerlo si quería recoger el coche. Los chicos iban de camino al mirador, y el tiempo no corría a nuestro favor.

—Solo se me ocurre una cosa —me susurró Iris, asegurándose de que nadie, excepto yo, la escuchaba.

En cuanto la miré a los ojos, supe qué quería decir.

—No, bajo ningún concepto —aseguré bajando el tono de voz—. No puedes pedirme eso, tía.

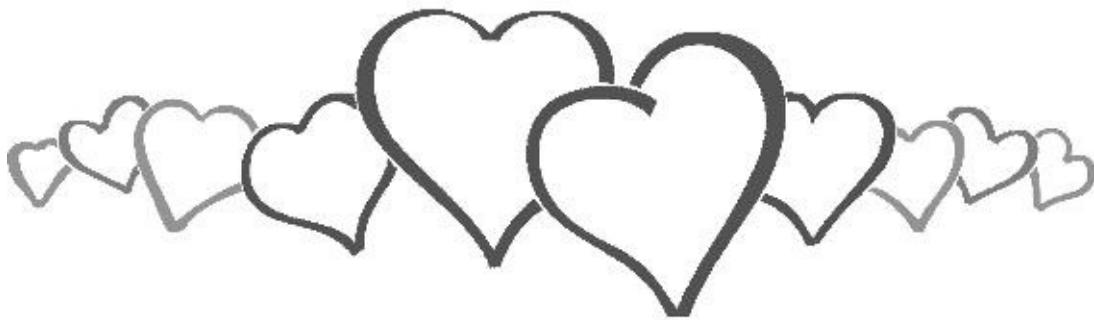
—Pues tú dirás. A no ser que se te ocurra otra mejor opción, es la única alternativa que veo posible.

—Dale vueltas a esa cabeza lista que tienes, porque no pienso hacer eso.

—Tienes que hacerlo —Las dos cuchicheábamos, pese a que nuestras miradas y gestos eran los que usábamos cuando discutíamos a viva voz—. Queda poco más de media hora, Plazas. Mueve el culo, o no habrá coche que inspeccionar.

—¡Joder! —bramé antes de salir disparada de la oficina.

Iris tenía razón, una vez más. Muy a mi pesar, solo había una forma de solucionarlo.



Entretanto...

Cuando los chicos llegaron al mirador, allí aún no había nadie. Muñoz, de camino, había avisado a su compañero del nuevo cambio de planes, y ambos

aguardaban apoyados en el todoterreno.

—¿Quieres dejar de moverte? Tampoco creo que sea para tanto.

—Giménez, no me toques las pelotas. Habría que verte a ti en mi situación.

—Hablo con conocimiento de causa, por eso mismo lo digo.

—No es lo mismo.

—Intento echarte un cable, colega.

—Sí, descojonándote —bufó Filomeno.

—¿Yo? Vaya, voy a tener que ensayarlo un poco más.

Su comentario se ganó un suave puñetazo de su compañero. Los dos reían, pero cuando este fue a responderle del mismo modo, el sonido de un coche los detuvo. Filomeno se tensó y se separó del todoterreno para quedar erguido. Ana lo había llamado para comunicarle que no iba a poder ir a reunirse con ellos y que, en su lugar, la encargada de acudir a la cita sería otra persona.

Nada más verlo bajar del vehículo, Muñoz se vio obligado a tragar saliva. Su amigo, en cambio, tenía que esforzarse por no partirse de risa.

—¿El coche está arreglado? —inquirió al acercarse a ellos.

—Sí. Me he encargado personalmente de ello.

—¿Y tú eres?

—Filomeno. Y este es mi amigo, Ataúlfo.

El hombre guardó silencio para estudiarlos a ambos. Estaba acostumbrado a tratar con gente de toda calaña, y sabía reconocer al instante cuando alguien era o no de fiar.

—¿Cuánto les debo?

—Nada, señor. Ya está pagado.

—Así que de caballero hidalgo —soltó el padre de Ana.

La tensión que había entre ambos era claramente palpable.

—Los favores no se pagan. Señor —añadió.

Aquel hombre le creaba nerviosismo. Y no solo porque fuese el primogénito de la mujer de la que se había enamorado, sino por la forma en que lo miraba. Filomeno sentía como si estuviera presentándose a un examen, para el que no había estudiado el temario y aún menos... había preparado chuletas.

—¿De qué conocéis a mi hija? —inquirió sin amilanarse.

Robustiano veía en ellos algo que le inquietaba. Necesitaba averiguar algo más de ellos, pese a que los minutos jugaran en su contra.

—Las conocimos la noche del accidente —intervino Giménez, echándole un cable a su amigo.

—¿Estabais allí? —preguntó curioso. Ese detalle era nuevo para él. Que su hija lo pasara por alto era algo que le alarmaba aún más.

—Sí, señor. Lo vimos todo.

Filomeno le hizo un rápido gesto a Ataúlfo para que no se fuera de la lengua. En la llamada que le había hecho Ana de camino al mirador, apenas tuvo tiempo de indagar sobre el padre, y mucho menos sobre la información de la que este disponía.

—¿Visteis lo que ocurrió?

Robustiano no daba crédito. Algo no encajaba.

—Sí, señor —respondió Muñoz—. Por eso quisimos ayudarlas.

—A ver, que yo me aclare. ¿Las conocisteis antes o después del accidente?

—Durante.

—¿Qué pasa, que mientras ellas se estampaban vosotros os presentasteis? ¿Os creéis que soy idiota?

El padre de Ana no entendía qué le estaban intentando decir. Allí había gato encerrado.

—No, señor. Esa no es nuestra intención, créame —comentó Giménez.

Filomeno quería evitar por todos los medios tener que contarle que les habían hecho chantaje a ella y a su mejor amiga, así que optó por disfrazar la verdad.

—Verá, señor —dijo tocándose los puños de la camisa, gesto que hacía cuando quería aparentar credibilidad—. Nosotros vimos el accidente, y no dimos parte alguno. A partir de entonces comenzamos a vernos y a entablar amistad. De ahí que decidiéramos ayudarlas para tener el coche a tiempo para la inspección. Para la que, por cierto —anunció mirando el reloj—, solo quedan diez minutos, si no me equivoco.

Aquella respuesta dejó en fuera de juego al padre de Ana. ¿Qué sentido tenía? Pese a no conocerlos de nada y no haberlos visto nunca antes por el pueblo, algo en su interior le decía que aquellos dos hombres no le estaban diciendo toda la verdad. Eran inteligentes, de eso no le cabía la menor duda, pero dada su experiencia sabía que escondían mucha más información de la que le habían contado.

—Sí, debo irme ya —anunció Robustiano quien, muy a su pesar, se vio obligado a dar por finalizada la charla.

—La llave está puesta en el contacto —le indicó Muñoz.

—Bien. Gracias por ayudar a *mi hija* —añadió enfatizando las dos últimas palabras.

Desde que supo lo que Aniceto le hizo a su niña, ningún hombre era lo suficientemente bueno para ella, y menos aún si se trataba de dos inquietantes desconocidos como lo eran ellos.

—Ha sido un placer —dijo Giménez ofreciéndole la mano.

El padre de Ana aceptó el gesto y acabó estrechándosela.

—Lo mismo digo —añadió Muñoz.

Pero, a diferencia de su amigo, con él fue distinto. Si el saludo entre su compañero y el padre de Ana fue rápido y cordial, en su caso el apretón duró más de lo esperado. Ambos hombres se miraron y retaron mientras que sus manos se batían en fuerza. Los dos eran hombres fornidos, Filomeno mucho más que Robustiano, pero aquella despedida dejó claras las intenciones de uno y otro sin necesidad de emplear una sola palabra. El primero no iba a dejarse amilanar por nadie, y el segundo no iba a parar hasta averiguar quién era aquel hombre y qué tenía que ver en la vida de su hija.



Capítulo 4

La inspección

—Pues a tu marido se le va a hacer tarde como no llegue ya —comentó Veremunda, una de las vecinas de la familia de Ana.

Cual comitiva oficial encargada de recibir a un organismo público o de alto rango, varias vecinas se reunieron en la puerta para no perder detalle. Josefa, la madre de Ana, lo había comentado esa misma mañana mientras salía a barrer la acera, y en apenas unos minutos toda la calle ya estaba al tanto de que allí iba a tener lugar la siguiente inspección.

—Tiene que estar al caer —le respondió la esposa de Robustiano.

Josefa no estaba al tanto de lo que había pasado realmente, así que, para ella, la visita de los inspectores no era más que un mero trámite.

—Yo no sé para qué hacen esto. Está claro que ha sido alguien de Despelúcame el Ovejo —comentó Sisebuta, otra vecina allí congregada.

Pese a que las rencillas entre ambos pueblos se remontaban a siglos antes, todavía quedaban personas en Villa Pepino que guardaban recelo hacia sus habitantes vecinos. El odio y el apellido eran las dos únicas cosas que allí se transmitían de generación en generación.

—Lo hacen porque no tienen más remedio —le explicó Veremunda—. El bando del alcalde lo decía bien claro. Lo primero antes de acusar a nadie es excluir los coches del pueblo, y para eso deben inspeccionarlos todos, sin excepción.

—Eso se lo podrían haber ahorrado. Como el venir hoy, que su Anita es buena niña, y no creo que sea necesario hacerla pasar por esto.

—La palabra «excepción» incluye a todo el mundo, Sisebuta —remató cruzándose de brazos, apoyados sobre ambos pechos.

—Yo estoy de acuerdo con ella —intervino Josefa—. Mi hija no tendría que pasar por esto, y mucho menos su padre.

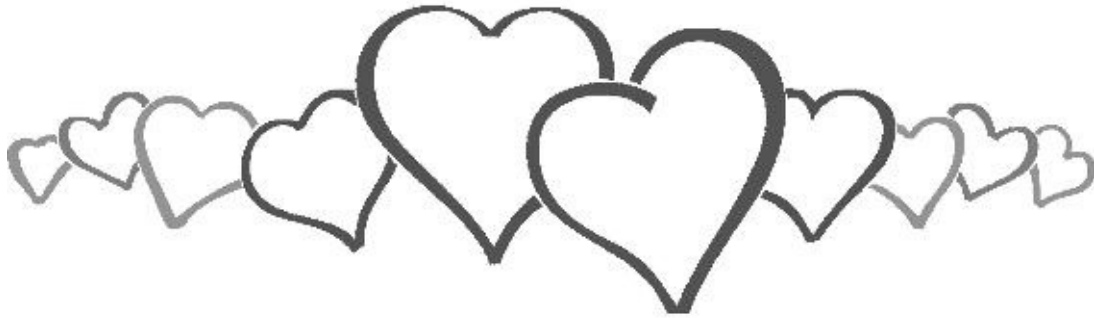
—Eso quería preguntarte. ¿Por qué no va a venir ella?

Si las mujeres del pueblo eran las cámaras de seguridad de las calles y las primeras en enterarse de todo cuanto ocurría, Veremunda era el mismísimo Pentágono. No había nada que sucediese que no pasara por sus manos; o, mejor dicho, por su boca. Era incansable, como lo era su interés por saber todo lo que sucedía a su alrededor, y por la vida de cuantos la rodeaban.

Robustiano no la tragaba. Ambos se conocían desde que eran pequeños, y pese a que habían pasado muchos años desde entonces, su enemistad solo había conseguido agrandarse con el tiempo. Cuando este regresó con su esposa para afincarse en el pueblo tras su traslado, y supo que Veremunda iba a ser su vecina, a punto estuvo del infarto. Compró la casa sin saber que ella vivía justo enfrente y que tendría que verla a diario. Lo primero que hizo fue advertir a Josefa, pidiéndole por todos los medios que no se acercara a ella, que mantuviera las distancias y que no entablara amistad. Pero la mujer de Robustiano pasaba demasiadas horas sola en casa mientras él trabajaba en la prisión y su hija iba a la escuela. Y aunque al principio hizo caso del consejo de su marido, finalmente acabó entablando amistad con ella y con el resto de vecinas.

—Su jefa no la ha dejado salir —le respondió Josefa. Eso era lo que su marido le había contado, y lo poco que ella sabía al respecto.

—La Arcadia es otra para echarle de comer aparte. ¡Menuda arpía! —comentó antes de ponerse a despotricar sobre ella o, como decían en el pueblo, a *hacerle un traje a medida*.



Entretanto...

Tras el encuentro, Robustiano se subió al coche de Ana para poner rumbo a su casa. Apenas faltaban unos minutos para la inspección y debía darse prisa si quería llegar a tiempo. Metió la llave en el contacto, introdujo la primera marcha, pero cuando fue a salir, Filomeno lo detuvo.

—¿Qué cojones...? —musitó clavando el pie en el pedal del freno.

—Espere un momento —dijo Muñoz acercándose a la ventanilla del piloto.

—Llego tarde, ¿se puede saber qué pasa ahora?

Robustiano deseaba salir de allí cuanto antes, y por una razón que él aún desconocía, aquel chico se lo impidió. No le caía bien, pero eso era un tema a tratar más adelante. Debía llegar a tiempo, y lo único que podía pensar era que aquel parón podría perjudicarlo.

—El capó está demasiado limpio —aseguró Muñoz, seguro de sí mismo—. Si a simple vista se ve, la científica sospechará.

Giménez, que estaba a su lado, se acercó para corroborar que su amigo estaba en lo cierto. Robustiano, ante la insistencia de ambos, bajó del coche, y comprobó que tenían razón.

—No me había dado cuenta —reconoció pasándose la mano por el pelo.

—Lo solucionaremos enseguida —anunció Filomeno alejándose unos cuantos pasos.

Ante la atenta mirada de ambos hombres, llegó hasta un lado del camino, bajo el muro de piedra, de donde cogió toda la tierra que pudo, para después volcarla sobre la parte delantera del coche de Ana.

—El viento hará el resto —anunció volviendo a por más arena—. No será necesario restregarla.

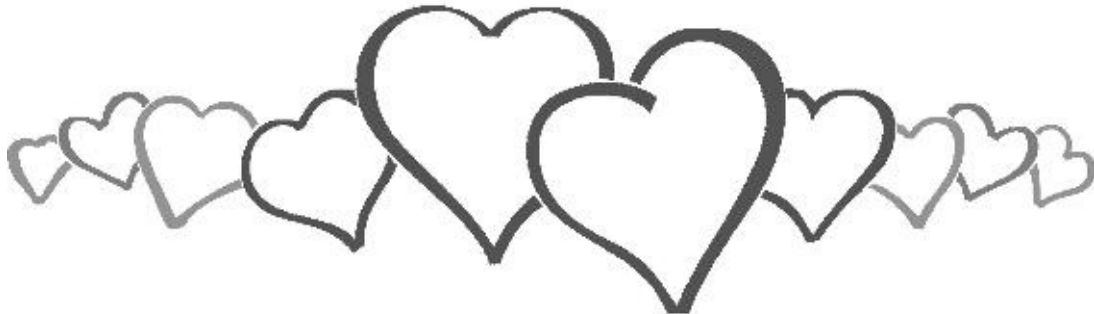
Sorprendido por la acertada idea del muchacho, Robustiano le imitó y se dispuso a pringar la parte trasera del vehículo. Ataúlfo se les unió, encargándose de manchar el techo.

—Gracias —formuló el padre de Ana sacudiéndose las manos, cuando dieron por finalizada la labor.

—Váyase o se le hará tarde —respondió Muñoz orgulloso.

Incómodo por la situación, y contrariado por lo que su instinto le advertía acerca del chico, Robustiano volvió a subirse al coche y, esta vez sí, puso rumbo al pueblo.

Durante el recorrido, meditó acerca de lo que había ocurrido. A lo largo de su trayectoria como funcionario de prisiones, había conocido individuos de todo tipo: hombres que se declaraban inocentes cuando eran indiscutiblemente culpables, y hombres que se habían declarado culpables porque en realidad lo eran. Pero, nunca, nunca, había visto un inocente entre rejas. Por sus años de experiencia, sabía reconocer a cada uno de ellos, y algo le decía que debía mantenerse en alerta con el moreno, pues, sin la menor duda, le estaba ocultando algo.



Al llegar al pueblo, la arena ya se había esparcido lo suficiente para ocultar que el capó había sido reparado esa misma mañana. Aquello satisfizo a Robustiano, aunque su gozo se vio turbado al entrar en su calle, y comprobar que le aguardaba el peor de los jurados posibles.

—¡Venga, que llegas tarde! —gritó Veremunda, haciéndole palmas, cual espectadora de una carrera ciclista.

El padre de Ana tuvo que respirar hondo para no ahogarla allí mismo al bajar del coche. «Demasiados testigos», pensó al ver lo acompañada que estaba. No

faltaba ninguna en el corrillo, ni siquiera Orosia quien, escoba en mano, se les acababa de unir para no perderse nada. «Menudo aquellarre», pensó al verlas.

Robustiano conocía de sobra cómo eran, y por ese motivo, tras la llamada de Ana, le dijo a su esposa que iba a hacer un recado, y le dejó caer como si nada lo de la visita de la científica. Al hacerlo, sabía que era cuestión de minutos que las vecinas estuvieran al corriente, lo que lo haría parecer menos sospechoso y, por tanto, dotaría a la inspección de una mera rutina. El hecho de que su esposa nunca visitara el garaje por no ser su sitio predilecto de la casa, como ella misma aseguraba, era otra carta a su favor, pues ni siquiera se había percatado de que el coche llevaba días sin estar allí.

—¿No tenéis que fregar los platos o que planchar? —gruñó al bajarse del coche.

No había nada como picarlas para entretenerlas, y prefirió hacerlo antes que someterse a un tercer grado que, a buen seguro, le hubieran hecho.

—Ese comentario es muy machista, Robustiano —se quejó la presidenta del nido de víboras y vieja archienemiga.

—Ya te digo —se le unió Orosia.

—Desde luego. No te tenía por un hombre así —criticó Sisebuta.

Su plan estaba funcionando, con él como diana ya nadie iba a sacar a relucir la inspección.

—No le hagáis caso, no lo dice en serio —le defendió su mujer.

—¿Cómo que no? Claro que lo he dicho en serio —le rebatió él.

—Josefa, no sé cómo se lo permites —Veremunda volvía a la carga—. Eso me lo dice mi *marío* y lo pongo firme.

Ya las tenía en el bote. La víbora había mordido el anzuelo, y con ella el resto de vecinas. Había llegado el momento de desarmarlas, ya pasaban diez minutos de las doce, y los inspectores no tardarían en aparecer.

—Vamos a ver —apuntó él con una tranquilidad aplastante—, a ningún albañil le molestaría que alguien le recordase que tiene que poner ladrillos, ni a ningún banquero que tiene que contar el dinero. Y mucho menos se lo tomarían como algo clasista. ¿Por qué entonces a vosotras os molesta que se os mencionen vuestras tareas?

Las mujeres se miraron unas otras. Aquel razonamiento las dejó sin palabras. Incluso a Veremunda quien, sin apartar la vista del marido de su vecina, no tuvo más remedio que morderse la lengua.

—Aquí están —anunció Orosia al ver el coche del alcalde entrando en la calle.

Acabada la batalla entre ambos bandos, todos se giraron para verlos llegar. Protasio, el alcalde, era el que conducía. A su lado iba Crisóstomo, su concejal

de confianza, y en la parte trasera los dos inspectores.

—Buenos días, Protasio —lo saludó cuando este bajó con un apretón de manos y un golpe en la espalda a modo de corto abrazo.

—Hola, Robustiano. Señoras —dijo dirigiéndose al nido de víboras—, ¡qué guapas están esta mañana!

—Muchas gracias, señor alcalde —le respondió Veremunda haciéndole ojitos.

Ella se había casado con Epafrodito, un fontanero de Híncala Arriba al que consiguió engañar, pues todo el pueblo sabía que llevaba años enamorada del alcalde. Incluso se rumoreaba que seguían viéndose a escondidas y que sus respectivos cónyuges llevaban una cornamenta que les impedía pasar bajo los marcos de las puertas.

—Protasio, si te parece bien, vamos a mi garaje que estaremos más tranquilos —cuchicheó para que ninguna lo oyera.

—Sí, mejor.

Josefa no sabía nada del verdadero responsable del asesinato de Don Pepino, pero su marido le hizo un gesto antes de subirse al coche, y esta entendió que debía quedarse con las vecinas y evitar que se asomaran e influyeran en la inspección. Era una mujer a la que el marujeo le apasionaba, pero la complicidad y el amor que sentía hacia su esposo estaban por encima de todo.

Una vez dentro del garaje, y tras el saludo con Crisóstomo, Protasio le presentó los inspectores a Robustiano.

—Mucho gusto —dijo este estrechándoles la mano.

En aquel preciso instante fue consciente de que ya no había marcha atrás. Llevaba toda la vida trabajando con gente de toda calaña, estando siempre del lado de los buenos, y ahora sentía que había traspasado la barrera y que, por primera vez tras casi veintiséis impolutos años de carrera, se encontraba al otro lado. No pudo evitar sentir que estaba a punto de tirar a la basura lo conseguido durante todo ese tiempo. Su honestidad y su impoluta integridad iban a desaparecer por el infinito amor que le tenía a su hija. Aunque lo más curioso para él fue descubrir que, pese a ello y a todo el dolor que aquello pudiera producirle, se sentía dispuesto a hacerlo una vez más... y todas las veces que fuese necesario.

—¿Dónde estabas la noche que pasó? —le preguntó Protasio de pronto, mientras los inspectores examinaban el coche de Ana.

—En casa, durmiendo —respondió sin pensar en las consecuencias.

Le faltaba experiencia en este lado de la barrera. Lo supo en ese momento.

—¿Tu esposa puede corroborarlo?

—Sí, claro.

—¿Y tu hija? ¿Dónde estaba?

—Protasio, ¿todo esto a qué viene? ¿Realmente crees que hemos sido nosotros? ¡Venga, hombre! Nos conoces de toda la vida.

—Lo sé, y créeme que lo siento. Pero estoy obligado a preguntarlo —se justificó mirando de reojo a los inspectores.

El padre de Ana y el alcalde eran buenos amigos. Se conocían desde la infancia, se tenían verdadero aprecio y un respeto mutuo.

—Lo entiendo, está bien —admitió—. Pero no necesitas hacerlo. Ya conoces la respuesta.

Robustiano entendía la postura de su amigo, pero temía meter la pata en una de sus respuestas. Lo último que quería era ser pillado en un renuncio, y que con ello acabase perjudicando a su hija.

—Lo sé, hombre, lo sé —dijo posando una mano sobre su hombro.

—¿Habéis averiguado algo con la investigación? —preguntó para desviar el interrogatorio.

—Nada. Solo que mi *amigo* está recogiendo firmas.

Protasio se refirió a Minervino, el párroco del pueblo. Todo el mundo sabía la enemistad que había entre ambos. La Iglesia llevaba años queriendo recuperar a San Judas como único y legítimo patrón de Villa Pepino pues, según ellos, era al que le correspondía tal privilegio.

—¿No estarás queriendo decir que...?

—No, no lo creo —respondió acercándose a él para que nadie lo oyera—. Pero ya conoces a la gente de este pueblo. Los rumores van más rápidos que la luz, y ya empiezan a comentar que si el destrozo fue cosa suya.

—No darás credibilidad a eso, ¿verdad?

Robustiano tenía el corazón en un puño. Defender a su hija era lo más importante, pero que el cura fuese acusado de algo que no había hecho, era una carga demasiado pesada que él no estaba dispuesto a llevar.

—¡Claro que no! —respondió Protasio—. ¿Por quién me has tomado?

El padre de Ana, respiró aliviado.

—Me alegra oírlo. No caer en los bulos no es tarea fácil. Sé que te lo he dicho en más de una ocasión, pero no me importa repetírtelo: ¡Los tienes bien puestos, Protasio! Aguantar en tu cargo no es fácil.

—¡Quién vino a hablar! —aludió el alcalde sonriendo con complicidad.

—Esto ya está. Cuando queráis, podemos irnos —anunció uno de los investigadores.

—Perfecto. Sentimos las molestias, Robustiano. Y gracias por atendernos.

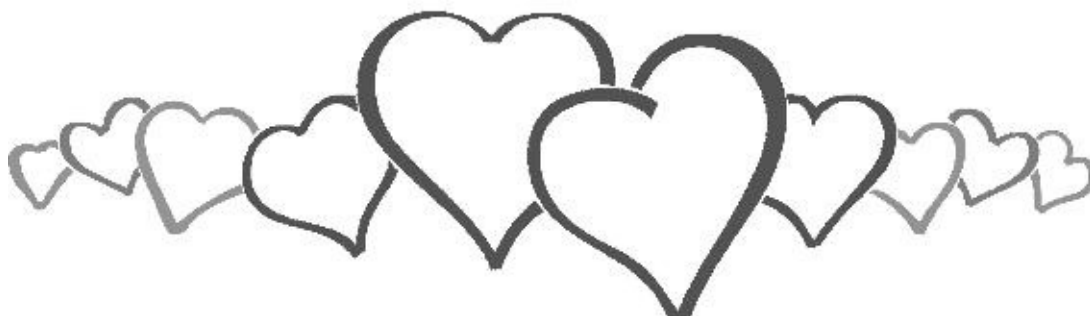
—Gracias a vosotros. Aquí nos tenéis para lo que necesitéis.

—¿Este tampoco es? —preguntó de pronto Crisóstomo, inquietando al padre

de Ana.

—Eso no puedo decírselo. El laboratorio es el que tiene la última palabra.

—Lo entiendo —admitió nervioso Robustiano.



Unos minutos más tarde, en la otra punta del pueblo...

—Tía, no me puedo creer cómo está la jefa hoy. ¿Qué mosca le ha picado?

—se quejó Ana en un momento que tuvo para entrar a ver a Iris.

—Sea lo que sea, el lunes se le pasará.

—Eso espero, porque no solo no me ha dejado salir, sino que encima nos obliga a echar horas extras.

—No le des más vueltas. Así comemos juntas en La Tapa, que hace tiempo que no tenemos una velada de chicas.

—Tienes razón. A propósito, he venido a decirte que mi padre acaba de llamarme. Según él, la inspección no ha ido mal.

—¿Qué han dicho?

—Que todo depende de lo que digan en el laboratorio. Los inspectores solo han recogido pruebas.

—¿Crees que sospechan de nosotras?

—Aún es pronto para saberlo. Aunque lo que sí sé es que, al menos, lo hemos intentado. Y todo se lo debemos a mi padre y a los chicos.

—Es verdad. Por cierto, si te digo una cosa, ¿no me matarás?

—Sabes que entrándome así ya me entran ganas de hacerlo.

—Me muero por saber cómo ha sido el encuentro entre Filomeno y su suegro.

Iris se partió de risa nada más acabar la frase. Ana no le riñó y se unió a ella en las risotadas porque pensaba igual que ella.

—Chicas, haced el favor de volver al trabajo —les interrumpió Arcadia al entrar en las oficinas.

Llevaba toda la mañana de un lado para otro sin parar más de un minuto en un solo sitio. Ana le hizo un gesto a Iris, y regresó a la tienda sin hacer comentario alguno.

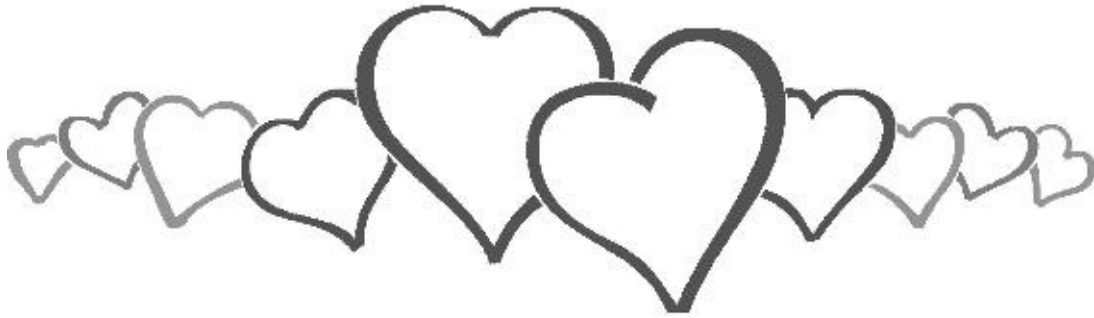
—¿Qué ocurre? —le preguntó Iris a Arcadia cuando se quedaron a solas.

—Demasiado estrés. Tengo que hacer en tres días lo que normalmente tardaría semanas.

—Esto tiene que ver con la visita de los dos hombres, ¿verdad?

Arcadia alzó la vista para mirarla a los ojos. Durante un instante pensó si era buena idea sincerarse con su secretaria, pero finalmente optó por no hacerlo. Había cosas que solo un jefe debía saber, y esa, sin duda, era una de ellas.

—A los clientes hay que mimarlos, Iris, ya lo sabes —Fue lo único que le respondió antes de volverse para dirigirse a su despacho.



Al acabar la jornada, Iris llevó a Ana al mirador para que recogiera el coche de su padre. Antes del encuentro con los chicos, Robustiano pasó por la tienda a dejarle una copia de la llave para que ella lo recogiese a la vuelta. El plan había salido a la perfección, y al llegar a casa, exhausta del intenso día, lo único que pasaba por su mente era sumergirse en la bañera para relajarse rodeada de velas y con música de fondo, tal y como a ella le gustaba.

—Ana, ¿puedo hablar contigo? —le preguntó Robustiano nada más verla. Él también acababa de llegar de la prisión, y deseaba poder charlar con ella.

—Sí, claro. Dame un minuto que me cambie.

«El baño tendrá que esperar», pensó mientras dejaba su bolso en su antiguo cuarto, y cambiaba los tacones por unas cómodas zapatillas. Su madre estaba

viendo un programa del corazón en la tele, y ella salió al porche para reunirse con su padre.

Sentado en la misma silla que la noche anterior, Robustiano la invitó a hacerlo a su lado izquierdo.

—Ven. Tenemos que hablar.

Su gesto era más serio de lo habitual, y Ana enseguida supo que algo no iba bien.

—¿Qué ocurre, papá?

—Verás. Ha sido un día agotador y estoy demasiado cansado, así que iré al grano. Dime de qué conoces a esos chicos y por qué te han ayudado.

Ana temía aquel interrogatorio. Lo esperaba tras verse obligada a pedirle el favor.

—Los conocimos hace unos días.

—Desde el accidente.

—Sí —admitió. Ana no sabía hasta qué punto estaba informado, pero decidió sincerarse en cierta medida con él. Era lo mínimo que debía hacer dada la ayuda que le había prestado—. Bueno, en realidad los conocimos al día siguiente.

—Explícate.

—Ellos fueron testigos de lo que ocurrió. Pero en lugar de delatarnos, se ofrecieron a ayudarnos.

A Ana le supo mal no ser del todo sincera con su padre. Había detalles que era mejor que él no supiera, y rezaba para sus adentros para que los chicos hubiesen hecho lo mismo.

—¿A cambio de qué?

—¿Qué quieres decir?

Ana tuvo la sensación de estar metida en terreno pantanoso, y no sabía muy bien cómo salir de él.

—Nadie hace algo así si no obtiene algo a cambio.

—Nos invitaron a cenar.

—¿No os delatan y os invitan a cenar? ¿Crees que me he caído de un nido, hija?

—Papá, fue así como pasó, no te miento —aseguró. En cierto modo, le estaba diciendo la verdad—. Les gustamos y nos invitaron a irnos con ellos. Nosotras aceptamos, era lo mínimo que podíamos hacer para agradecerles que no nos delataran.

—¿De dónde son?

—De Ávila.

—¿Y qué cojones hacen aquí?

Robustiano estaba cada vez más nervioso. Aquellas respuestas no hacían más que aumentar las sospechas que tenía hacia los chicos.

—Han venido por trabajo.

—¿Qué tipo de trabajo?

—Son clientes de mi jefa.

—¿Quieres que me crea que han venido a hacer negocios y de paso se han enamorado de dos chicas jóvenes e inocentes? ¡Venga ya, Ana, por el amor de Dios!

—¡Nadie ha pronunciado la palabra enamoramiento! —se defendió ella molesta.

—No hacía falta, hija, iba implícita en la historia absurda que me has contado.

Ana se sentía perdida.

—Papá, no entiendo a qué viene eso, y de verdad que...

—Ana, por favor. Esos tipos lo único que quieren es echaros un polvo y luego «si te he visto no me acuerdo». ¿Acaso no lo ves?

—Estás sacando tus propias conclusiones. ¿Quién ha dicho nada de echar un polvo?

—A ver, hija —dijo inclinándose más hacia ella—. ¿Por qué si no unos tíos van a hacerle dos favores así a unas chiquillas? Céntrate y no seas ilusa, por el amor de Dios. Primero se ofrecen para ser cómplices y después para arreglaros el coche sin conoceros de nada. ¿Acaso no ves lo que buscan?

—Vale. Y de ser así, ¿qué hay de malo en ello?

—¡No lo dirás en serio!

—¿Y por qué no? ¿Quieres decirme qué hay de malo en que conozca a un tío y me líe con él?

Robustiano empezó a hiperventilar. Su corazón iba a mil por hora y le faltaba el aire. Ana sintió que quizás estaba llevando demasiado lejos lo de sincerarse con él, pero le molestaba que a sus veinticinco años aún no tuviese la libertad suficiente para decidir con quién y cuándo debía acostarse con alguien.

—Hija, no lo conoces de nada —anunció con esfuerzo.

—Lo conozco lo suficiente para saber que, sin haberme acostado con él, ha hecho cosas por mí que nadie de este maldito pueblo habría hecho en cien años.

Aquellas palabras lograron que a Robustiano le entrase el aire, al menos por un instante. Su hija acababa de abrir la caja de pandora y miles de recuerdos que consiguieron hacerle recapacitar. Solo tuvo que echar la vista atrás para darse cuenta de que él mismo le había dado a su padre el mismo discurso el día que decidió marcharse a la ciudad. En aquel momento y por primera vez en muchos años, fue consciente del daño que, en su día, él mismo le tuvo que causar a su

progenitor. Lo hizo pensando en que era lo mejor para su futuro, y el hecho de que ahora lo estuviese viviendo en primera persona desde el otro lado, le abrió los ojos. Su hija había heredado la belleza de su madre, pero la entereza y la ambición suyas. Ana era como él, eso era indiscutible. Tenía sus mismos anhelos, sus mismos sueños. Pero su instinto no dejaba de machacarlo advirtiéndole de que aquel chico no era de fiar. No sabía cómo dárselo a entender pues no tenía nada contra él. Aún no. No podía ni debía decirle que había empezado a investigarlo. Tenía contactos que nadie más del pueblo tenía, y esa misma tarde había tirado de ellos.

—Hay una cosa más —anunció Ana de pronto.

Robustiano temía tanto las palabras de su hija, que se vio obligado a agarrarse al apoyabrazos de la silla. Sabía que lo que iba a venir a continuación acabaría con él. Ya podía sentir cómo los latidos le subían a la garganta y cómo el miedo se asentaba en su estómago.

—Mañana vienen a recogernos a Iris y a mí.

El pobre hombre perdió el color del rostro. Pero Ana estaba dispuesta a todo con tal de salirse con la suya y de demostrar que ya tenía edad para decidir por sí misma, así que, pese a ver el estado en el que se encontraba su padre, tomó aire, y le confesó:

—Nos vamos a pasar el fin de semana con ellos.



Capítulo 5

IRIS

¡Vamos que nos vamos!

Ana me llamó en cuanto acabó de hablar con su padre. Me contó todo lo ocurrido y la interesante conversación que mantuvieron acerca de los chicos. Fue

muy valiente al confesarle que nos íbamos con ellos a pasar el fin de semana. En mi caso, yo a mis padres solo les dije que nos íbamos con unos amigos.

—Estoy nerviosa, ¿te lo puedes creer?

—Ana, es normal que lo estés —aseguré con los pies sobre el cabecero de mi cama. Me encantaba esa postura porque me daba otra perspectiva de la habitación—. No ha debido ser nada fácil decírselo a tu padre.

—¡No me refiero a eso! Es agua pasada. Me refiero a lo de pasar tres días con ellos.

Su respuesta me hizo reír.

—¿Qué pasa? ¿Tienes miedo de no estar a la altura?

Mi mofa la hizo rabiar.

—¡Eres lo que no hay! ¿Cómo puedes pensar eso si...? Vale, lo confieso. Un poco de miedo sí que me da.

—Tía, por favor, hacer el amor es como montar en bicicleta... nunca se olvida.

—Pero, ¿tú lo has visto? Tiene pinta de ser un hombre más que experimentado. Ha debido de estar con miles de mujeres.

—Sí, como Julio Iglesias.

No podía dejar de reírme. Creo que al igual que ella, yo también estaba nerviosa, aunque en mi caso lo demostraba con carcajadas.

—Tú riéte, pero tú estarías igual o peor que yo. ¡Uf, esto no! —soltó de pronto.

—¿El qué no? ¿De qué hablas?

—¡Tía, estoy con la maleta y me estoy volviendo loca!

—¿Aún no te la has preparado? —pregunté mirando a la mía, que estaba junto al armario, cerradita y lista para irnos de aventura.

—¿Tú sí? ¡Dios, no sé cómo lo haces!

—Es muy sencillo. Coges ropa del armario, la doblas, y la vas metiendo dentro de la maleta.

—Iris, ¿te importaría irte un poco a la mierda?

Me dolía la barriga de tanto reírme. A mayor enfado tenía ella, más me descojonaba de imaginármela perdida en su mega vestidor.

—En serio, déjate de bromas y dime qué llevas.

—Llevo un poco de todo —respondí cuando pude parar de reír.

—Eso no ayuda mucho. ¡Si ni siquiera sé a dónde vamos! —se quejó.

—He ahí la gracia. ¿No te parece maravilloso no saberlo y que nos sorprendan?

—Vamos a ver, Iris Cacharro Sandemetrio, ¿quieres hacer el favor de darme alguna idea? Llevo una hora aquí sin saber qué llevarme.

Me había llamado por mi nombre completo, lo que confirmaba que estaba preocupada y enfadada de verdad. Ana podía vivir momentos de intriga como los que habíamos tenido en los últimos días, pero enfrentarse a su interminable armario era algo que podía con ella.

—A ver, mantengamos la calma. Yo llevo un poco de verano por si hace calor, algo de invierno por si refresca, ropa cómoda como siempre, y un vestido por si fuéramos a algún sitio elegante. Eso es todo.

—Sigue sin ser suficiente. Acabas de describir tres cuartos de mi vestidor. De tenerla cerca, la hubiera estrangulado.

—Ana, por lo que más quieras, échate cualquier cosa. Pero no olvides lo más importante.

—¿Hay algo más? ¡Dios, lo que me faltaba! ¿El qué?

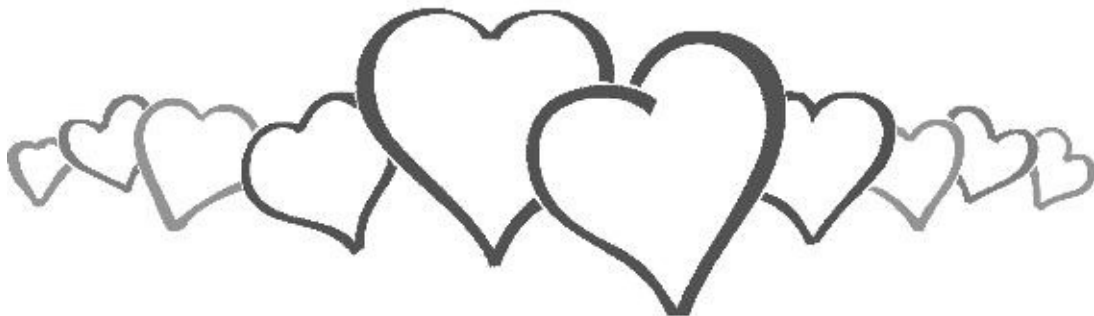
—Ropa interior sexy —dije con entonación exagerada y obscena.

—¡Se acabó! Te dejo, que tengo que concentrarme —me partía de risa de oírla—. A las nueve, ¿no?

—Sí. Ataúlfo me ha dicho que me recoge a mí antes. ¡Mucha suerte en lo tuyo! —me burlé.

—¡Te odio! —me soltó antes de colgar.

Seguí riéndome durante un buen rato, hasta que me di la vuelta y, con la cabeza en la almohada y los pies donde debían estar, me dejé vencer por el sueño.



El viernes amaneció con un día espléndido. El sol brillaba con fuerza, la temperatura era muy agradable, y la sonrisa me cruzaba media cara. Por fin iba a alejarme del pueblo y, aunque solo se trataba de tres días, para mí era más que suficiente. Los iba a pasar con mi mejor amiga y mi chico, ¿qué más podía

pedir?

No podía dejar de pensar en él y en nuestra última conversación. Habíamos acordado dejar las dudas atrás y centrarnos únicamente en nosotros. Aquel fin de semana era, tal vez, nuestra última oportunidad. Ninguno sabíamos lo que ocurriría después, pero ya habría tiempo para averiguarlo. Lo único importante era que ambos deseábamos estar juntos y, al igual que él, me había propuesto aprovechar y disfrutar cada segundo que estuviese a su lado.

A las nueve menos cuarto ya estaba asomándome sin parar a la puerta. Me sentía inquieta y no dejaba de visualizar el momento en que vería el todoterreno apareciendo por la punta de la calle. Mi madre, que no callaba ni debajo del agua, y que a la mínima oportunidad salía a hablar con las vecinas con la excusa de barrer la acera, ya le había contado a todo el mundo que unos chicos venían a recogerme. Yo las veía desde mi posición, pero preferí aguardar dentro para no tener que dar mil y una explicaciones. En cuanto el coche apareció, cogí mi *trolley* y salí disparada a su encuentro.

—Mírala, aquí la tienes, Gertrudis —le anunció Leovigilda. A su lado estaban Esmerencia, Rudesinda, Venancia y Toribia, a las que se le unieron Maudilia y Procopia en cuanto me vieron aparecer.

Me dieron ganas de pasar lista, pero no fue necesario. No faltaba ninguna.

—¡Hola y adiós! —dije sin detenerme en dirección al coche. Si podía ganar unos metros de distancia hasta que llegasen a mi altura, eso que me llevaba.

Pero mi plan no funcionó. Mi calle no era muy larga y los chicos llegaron hasta mi puerta antes de que anduviera apenas cuatro pasos.

—¡Pero, hija! ¿Te vas así, sin despedirte? —me gritó mi madre acercándose hasta mí.

La muy pécora ya se había despedido de mí esa mañana como unas cuatro veces, con su consabida retahíla de consejos, por supuesto: «lleva cuidado», «llámame cuando llegues», «abrigate» y «llévate bragas limpias por si tuvieras un accidente».

—Mamá, ya lo he hecho. No hace falta que me acompañes —mascullé entre dientes para que los chicos no me oyeran.

Todo lo que planeé para que no los vieran, no sirvió de nada. Sin darme tiempo, ellos se bajaron del coche, y allí se armó la marimorena.

«¡Madre del amor hermoso!» «¿Quiénes son esos, chiquilla?» «¿Pero son reales?» «Vaya con la hija de la Gertrudis, cómo se lo monta» «¡Quién tuviera veinte años menos!» Así hasta que me volví hacia ellas para hacerles cara.

—Os agradezco que me acompañéis, pero... ¿podrías hacer el favor de parar?

Se lo dije con mi mirada más dura, esa que te deja tieso y con las piernas

temblando. Surtió efecto. Todas se callaron y yo me sentí triunfal, orgullosa y valiente como pocas veces. Aunque mi victoria duró menos de lo esperado. No era a mí a quien miraban, sino a los chicos que, sin darme cuenta, se habían posicionado a mi lado, flanqueándome.

—Buenos días, señoras —las saludó Ataúlfo.

Ganas me dieron de decirles que sacaran la fregona en lugar de la escoba, porque en veinticinco años jamás las había visto babear tanto.

—¡Hola, buen mozo! ¿Y tú eres?

Mi madre no perdía el tiempo.

—Ataúlfo. A sus pies —le respondió este con una pequeña reverencia con la cabeza.

El muy sinvergüenza tardó menos de un segundo en meterse a todas las mujeres en el bolsillo. Yo lo miré con cara de asesina. Pero una vez más no funcionó. Debía estar perdiendo facultades, porque en lugar de amedrentarse se puso a charlar con ellas. Y no fue el único. Filomeno, divertido y con ganas de cachondeo, se unió a él. Alucinada y desconcertada por la escena, los dejé allí a todos y me dirigí al maletero del coche para guardar mi *trolley*. Al cerrar, lo hice con todas mis fuerzas para llamar su atención, pero de nada sirvió. Allí estaban ellos cual dioses rodeados de sirvientas dispuestas a adorarlos.

—Chicos, Ana nos está esperando —anuncié para llamar su atención.

Ellos seguían a lo suyo. Estaban encantados, agasajados con multitud de alabanzas que, sin cortarse lo más mínimo, todas y cada una de ellas soltaron por su boca.

—Chicos, se hace tarde —insistí.

En aquel momento me di cuenta de que la culpa había sido mía. Debí quedar en un lugar apartado, aunque en el fondo sabía que de poco me hubiese servido. Todo el mundo iba a acabar sabiéndolo tarde o temprano; no era fácil ocultar a alguien como ellos.

Bufé al sentir cómo la rabia se apoderaba de mí. Me estaba consumiendo por dentro, y yo no sabía cómo poner fin a aquello. Cuanto más deseaba largarme, mayor énfasis ponían ellos en divertirlas. Se lo estaban pasando en grande. Pero mi paciencia llegó a su límite, y sin que pudiera ni quisiera detenerla, me lie la manta a la cabeza, y me acerqué al corrillo dispuesta a detenerlo.

—Bueno, ya veo que conocéis a nuestra pareja de amigos. Pero ahora tenemos que dejaros, porque Ana y yo nos vamos con ellos para ayudarlos a organizar su boda gay. ¡Que paséis un buen día! ¡Nos vemos el domingo, mamá!

Nunca olvidaré la cara que pusieron las vecinas, ni la mirada que Ataúlfo y Filomeno me echaron cuando los cogí del brazo para arrastrarlos hasta el coche.

Por el camino los tres reímos recordando los comentarios de mis vecinas.

Debía reconocer que, de estar en su posición, tal vez yo hubiese hecho lo mismo. Con ese pensamiento, y tras mi advertencia de que se quedaran dentro el coche para no repetir la escena en la calle de Ana, llegamos hasta su puerta. Por suerte allí no nos esperaba ninguna comitiva, aunque preferí no cambiar el plan y que ellos se mantuvieran dentro.

—¿A dónde vas con eso? —le pregunté nada más bajar y verla salir con una maleta grande, una pequeña, un neceser y una mochila, además del bolso que llevaba colgado del hombro y un paraguas plegable.

Nosotros tan solo llevábamos una *trolley* cada uno, detalle que vi al guardar la mía.

—Ya que anoche no fuiste de gran ayuda, he traído un poco de cada.

—¿Qué parte de «un poco» no has entendido? —me quejé sin saber muy bien qué coger para ayudarla.

—¡Si ni siquiera sé a dónde vamos!

—Tía, que solo vamos para tres días, ¿lo has olvidado?

—¿Y qué crees que llevo? Pues ropa para tres días. Ya me lo agradecerás cuando estemos allí y me pidas algo.

No le contesté. Conocía a Ana de sobra, y sabía que, al menos, llevaba un par de zapatos y bolso a juego con cada traje que hubiese escogido. Pero los chicos no debieron pensar lo mismo. Tras ayudarnos a guardar en el maletero todo lo que llevaba, pese a mi advertencia, comenzaron las bromas.

—*Morena*, no quiero ni pensar lo que te llevarías si fueses de viaje para un mes.

—Tal vez no llevaría tanto si tú me hubieses dicho a dónde vamos, *moreno* —le contestó ella con retintín.

—No sería una sorpresa.

—Pues para que vayas aprendiendo, chato. A mayor sorpresa, mayor maleta. Los cuatro reímos con el comentario.

El trayecto lo pasamos rememorando lo que pasó en mi puerta con las vecinas. Ana, que iba en el asiento del copiloto junto a su chico, no dejaba de reírse. Cada frase que reproducíamos le arrancaba una carcajada. La anécdota dio para mucho, y nos hizo recordar otras tantas que no dudamos en contarles. Abrazada y acurrucada al pecho de Ataúlfo en la parte trasera, compartimos historias durante un buen rato, hasta que Filomeno nos anunció que estábamos llegando. No habían querido decirnos a dónde nos llevaban, pero en cuanto Ana vio el nombre del pueblo en el cartel que daba la bienvenida en la entrada al mismo, no pudo evitar quejarse.

—¿En serio? ¿Aquí es donde vamos a pasar el fin de semana?

—¿Qué pasa, *morena*, no te gusta?

Daba igual lo mucho que se gustasen o que estuviesen colados el uno por el otro, lo suyo era discutir, y el nombre de aquel sitio era un buen motivo para hacerlo.

—¿Villa Pajera Abierta? ¿*Really*, Filo?

Aquella expresión que tanto nos recordaba al anuncio de George Clooney, provocó que Ataúlfo y yo nos partiéramos una vez más de risa.

—¿Qué culpa tengo yo de que el pueblo se llame así? —se defendió su chico.

—Del nombre ninguna, pero sí de traerme. ¡No me puedo creer que salga de un pueblo para meterme en otro!

Ana estaba ofuscada. Y aunque al principio pensé que estaba de coña, finalmente pudimos comprobar que hablaba en serio.

—Ana, ¿qué más da? —intervine—. Lo importante es que estemos los cuatro juntos.

—Sí, claro. Eso lo dirás tú. Bueno, al menos dime que vamos a un hotel moderno.

Sus plegarias no fueron escuchadas. En apenas unos minutos llegamos hasta Pajera Open, el hotel rural que había en la zona más alta del pueblo.

—¡Bienvenidas a un fin de semana de aventura! —anunció Filomeno divertido al estacionar el coche en el aparcamiento.

Ana lo miró con desdén. De todos los sitios posibles a los que podría haber ido, jamás pensó que acabaría en uno perdido en lo alto de la montaña, donde no había ni...

—¡No hay ni cobertura! —se quejó al sacar el móvil del bolso—. Le prometí a mi padre que le llamaría al llegar y no hay ni rastro de señal.

—Existe una cosa que se llama teléfono fijo.

Mientras ellos discutían, yo le tomé la cara a mi chico para darle las gracias en un suave susurro. Aquel lugar me parecía el idóneo para perdernos y poder disfrutar de nosotros sin que nadie nos molestase.

—De nada, cariño —me respondió con una cómplice sonrisa antes de besarme.

En la parte delantera, en cambio, se desataba la batalla.

—¿Dónde me has traído, por el amor de Dios?

Filomeno, harto de sus quejas, se bajó del coche para abrirle la puerta.

—Baja —le ordenó.

—¿También me vas a mandar en eso? —gruñó ella.

Cuando lo hizo, le pidió que mirase su reloj.

—Las once de la mañana. ¿Y?

—Mira más abajo —le exigió con el brazo extendido y la muñeca apuntando

hacia ella.

Ana no sabía a qué venía aquello y, a decir verdad, nosotros tampoco. Intrigados, nos bajamos del coche para no perdernos nada.

—¿Qué quieres que vea?

—Mira la altitud.

—Dos mil catorce metros.

—Exacto.

—¿Y qué quieres demostrarme con eso? ¿Que estamos tan altos que por eso no hay ni antenas? Eso no hace falta que te lo diga un reloj, te lo podía haber dicho yo con mis oídos que llevo taponados desde hace un buen rato.

Furioso porque no callara y porque no entendiera lo que quería mostrarle, se acercó hasta ella, la atrajo hasta sí por la cintura, y con sobrada firmeza, le susurró:

—Estamos en la montaña más alta de toda la comarca. Puede que no sea lo que esperabas, *morena*, pero te dije que te llevaría al cielo, y esto es lo más cerca que he encontrado.



Capítulo 6

ANA

Esto es una señal, y no la del Wifi

Cuando Filomeno me confesó aquello me abalancé sobre él como gata en celo. Que llevara dos días sin verlo era lo de menos. Me moría por besarlo. Don «chulito» me había mostrado su lado romántico, y yo no podía sentirme más orgullosa y feliz. Atrapé sus labios y me fundí en ellos ávida de su sabor. En las últimas horas él había hecho por mí más cosas que ningún hombre había hecho jamás. Le debía el haber despertado en mí un deseo que creía dormido, el haberme devuelto la ilusión, y el haberme librado en primera instancia de la

inspección, lo que me hizo recordar que aún había algo pendiente.

—Un momento —dije separándome, no sin esfuerzo—. Me tienes que decir cuánto costó arreglar el coche.

—No puedo creer que estés preocupada por eso ahora —comentó sin apartar la vista de mi boca.

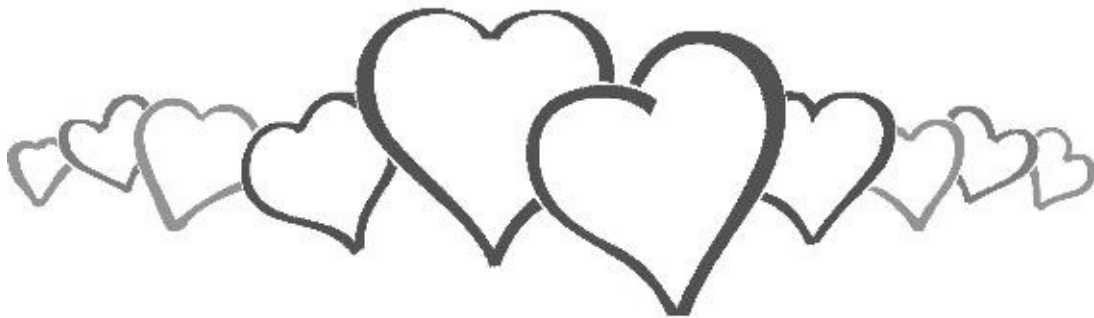
—Has hecho demasiado por mí —aseguré mirando hacia la fachada del hotel—. Déjame, al menos, que yo me encargue de eso.

Filomeno vio en mis ojos que no pensaba desistir.

—Más adelante lo veremos. Ahora déjame tú a mí mostrarte el resto de la sorpresa, *morena*.

Con sonrisa picarona, y con intención de demostrarme que él tampoco estaba dispuesto a dar su brazo a torcer, me besó, y me llevó de la mano hasta la parte trasera del coche. Yo no podía dejar de sonreír. Era un hombre muy tozudo, pero era *mi* tozudo, y yo la mujer más afortunada del mundo.

En cuanto los chicos vaciaron el maletero, volvieron las mofas. Que «si llevas equipaje para un mes», que «si llevas piedras en las maletas», y un sinfín de cosas más. No dije nada porque en el fondo quería morirme. Y no por la cantidad de chorradas que soltaron o porque se lo pasaran en grande a mi costa, sino porque, pese a ser la que más bultos tenía de los tres, no me había echado ni una sola prenda adecuada para el lugar al que nos habían llevado.



—¿Lo dices en serio? —me preguntó Iris cuando se lo conté, mientras ellos, a unos metros de nosotras, daban los datos en recepción.

—Yo pensaba que nos llevarían a la ciudad. ¿Cómo iba a imaginar que nos traerían a la montaña? —me defendí molesta por la risa que le estaba entrando a mi mejor amiga, o tal vez futura enemiga, si seguía mofándose de mí como lo

estaba haciendo.

—¿Qué te has traído entonces?

—Ropa sexi y elegante. Recordé el restaurante donde nos llevaron a cenar y... ya sabes.

—Ya. O sea que de zapatillas deportivas nada de nada.

—¡Claro que no! El único *deporte* que tenía pensado hacer no precisa de ningunas —Iris lo captó al instante—. Además —añadí—, se trataba de pasar tres días con él, ¿cómo iba a dejarme mis mejores taconazos en casa?

—Si es que eres muy *Tami*.

—A mucha honra, chata.

—Vale. ¿Y de ropa cómoda que has traído?

—Solo los vaqueros que llevo.

Iris me miró, hasta llegar a mis botines de tacón alto de *Jimmy Choo*.

—Dime que, al menos, te has traído algo plano.

—Las zapatillas para dormir.

De nuevo se rio de mí, aunque en esta ocasión lo hizo tan fuerte que llamó la atención de los chicos.

—Ni caso —les vocalicé desde nuestra posición con un gesto con la mano—. ¿Te importaría dejar de reírte de mí? —le gruñí a Iris al volverme.

—Tía, es que eres un caso.

Sus carcajadas entraban en mis oídos como si fuesen cuchillos. Pero aquello no fue nada comparado con lo que sentí al ver que una rubia, con cara de devorahombres y cuerpo de infarto, se estaba comiendo con los ojos y de forma descarada a nuestros chicos.

—¿Y esta? ¿De dónde ha salido? —inquirí señalándola con la barbilla, al tiempo que la asesinaba con la mirada.

Iris borró su risa en cuanto la vio.

—Podría cortarse un poco —masculló.

—¿«Un poco»? Si solo le falta ponerse una servilleta en el cuello para acabar de zambullírselos.

—A ver, tía, tienes que reconocer que es normal que les llame la atención.

—Yo no tengo que reconocer nada. Por mí como si se ahoga con la servilleta o en un charco. Pero esa tiene que saber en qué terreno se está metiendo.

Sin esperar su réplica, me dirigí hacia el mostrador. Sabía que Iris estaba en lo cierto, había pocos hombres como nuestros chicos, razón más que suficiente para acercarme a ellos y marcar territorio.

—¿Os queda mucho? Estoy deseando llegar a la habitación —anuncié en tono sinuoso pasándole la mano por la espalda a Filomeno, mientras por el rabillo del ojo controlaba a la rubia.

—No, tranquila. Ya queda poco.

—Vale —respondí volviéndome hacia Iris, ralentizando el giro para comprobar que la señorita «miro lo que no debo» había captado el mensaje.

Y vaya si lo hizo. Aún no había llegado hasta donde mi amiga me esperaba, cuando la muy pécora se marchó, desapareciendo de nuestra vista.

—¡Así se hace, Plazas!

Ambas lo celebramos chocando las manos.

Poco tiempo después, tras acabar el *check in*, los chicos ya estaban con nosotras.

—¿Vamos, señoritas? —nos preguntó Ataúlfo con la llave, el mando de la televisión y un plano en la mano.

—Por supuesto —respondió ella, regalándole su más amplia sonrisa.

Arrastrando sus maletas, los dos se encaminaron hacia el interior del hotel. Yo agarré las mías para seguirles, cuando Filomeno me detuvo.

—Aguarda un momento —dijo cogiéndome del brazo, para después abrazarme por la cintura—. Quiero preguntarte algo.

—Tú dirás —comenté sin saber qué era tan importante que no podía esperar.

—¿A qué ha venido eso?

—¿El qué?

—¿Crees que no me he dado cuenta?

—No sé a qué te refieres.

—Te refrescaré la memoria. Escote de infarto, rubia, ojos azules...

—¡Ah, eso! —mencioné enfatizando la última palabra con la doble intención de restarle importancia y, de paso, rebajarla de la categoría de humana a la de objeto.

—Me gusta cuando te pones celosa, *morena* —afirmó empujándome contra su cuerpo con la mirada puesta en mi boca.

Irradiaba magnetismo con cada gesto, con cada palabra que me susurraba, evidenciando una vez más la seguridad que tenía en sí mismo.

—No ha sido nada —respondí para disimular lo mucho que me estaba excitando.

—¿No? —preguntó divertido, restregándose contra él.

—No creí que te dices cuenta.

—No deberías subestimarme, *morena*.

—¿Yo? ¡Dios me libre! —me mofé.

—Como tampoco deberías preocuparte. Estoy contigo, y eso debería bastarte.

En aquel instante debí besarlo y dejarlo estar. Pero en lugar de eso, quise demostrarle que conmigo no se jugaba.

—Ya, pero debía dejar las cosas claras —me defendí de forma aturullada al

notar su erección en mi abdomen.

—¿Acaso no te fías de mí?

A nuestro alrededor apenas había gente, pero temía que alguien se percatara de lo que entre nuestros cuerpos se estaba gestando.

—Sí. Aunque...

—¿En qué quedamos?

—Soy mujer y sé de lo que hablo.

Mi respuesta pareció divertirle a juzgar por la sonrisa que dibujaron sus labios.

—¿Qué quieres decir? —inquirió.

—Pues que no es de ti, sino de ella de quien no me fío.

—¿Por qué, si no te llega ni a la suela del zapato?

—Eso lo sabemos tú y yo, pero ella no, por eso debía dejárselo bien claro.

Filomeno no se reprimió, y su risotada le hizo arquear el cuerpo hacia atrás.

—Yo no le veo la gracia —me quejé, molesta.

Adiós al momento excitante. Por mi afán de quedar por encima como el aceite había pasado en un abrir y cerrar de ojos de sentirme deseada a querer estrangularlos a ambos, a él y a la rubia de las narices.

—No puedo creer que alguien como tú sienta celos de ella —dijo tras soltar su última risotada.

—¿No has visto cómo te miraba?

—Sí. ¿Y?

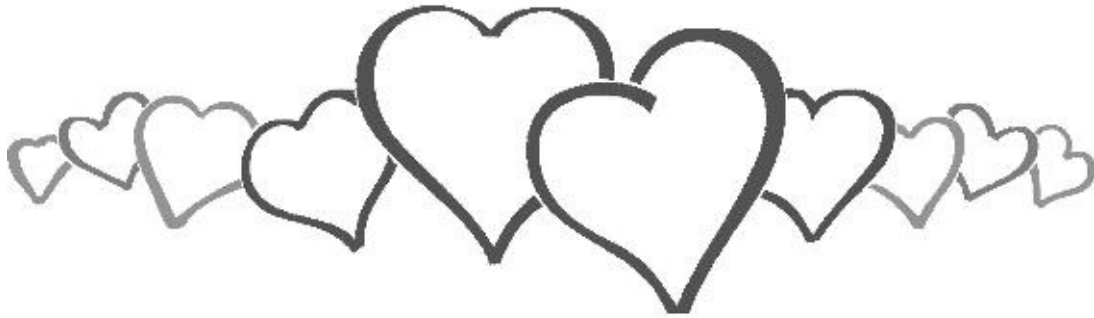
—¡Pues que las mujeres como ella piensan que pueden llevarse a cualquier tío a la cama, eso es lo que pasa! —confesé rabiosa.

—Ana —advirtió tomándose la cara con las manos. En sus ojos ya no había mofa, sino... ¿admiración? —, no tienes nada que temer. Ni esa mujer ni mil como ella podrían conseguirlo.

—¿Y cómo estás tan seguro?

—Porque yo no soy cualquier tío.

Sus labios sellaron los míos poniendo fin a mis miedos con la misma fuerza con la que un torbellino arrasaba una ciudad. Él solo tenía ojos para mí, como yo los tenía para él, y no tenía nada que temer. Lo que los demás pensarán de nosotros no debía importarnos, y así debía ser, al menos durante los tres días que íbamos a pasar en aquel hotel, junto a nuestros grandes amigos.



—¡Es un apartamento! —solté nada más entrar por la puerta.

Desde que había dejado atrás el pueblo y me había embarcado en aquella aventura, no había dejado de recibir una sorpresa tras otra. Lo que en un principio creí que sería una habitación común de hotel, resultó ser un pequeño apartamento realmente encantador. Mientras Filomeno se encargaba de dejar el equipaje en la entrada, yo me dispuse a recorrerlo sin dejar de dedicar alabanzas hacia aquel lugar. El salón principal, unido a la cocina por una pequeña barra, era de estilo ecléctico, con aire rústico y moderno. El techo era de madera con ojos de buey incrustados. Las paredes eran lisas de color marfil claro, y el suelo era de cerámica oscura, a juego con el escaso mobiliario, y en contraste con el sofá y las dos butacas que eran de color blanco. El lugar era acogedor y muy agradable, aunque lo que más llamó mi atención fue la chimenea de leña. Empotrada en la pared, y recubierta de piedra oscura, puede que pizarra, presidía de un modo imperial el salón. A ambos lados, dos cestas de hierro repletas de troncos de madera, de los que colgaban los utensilios necesarios para el fuego, hacían de centinelas.

—Es preciosa —dije en un susurro, acariciando la pared de piedra.

—Me alegra que te guste.

—Gustarme es poco. Siempre quise tener una —confesé.

Mientras yo me deleitaba con la chimenea, Filomeno se dirigió al balcón, desde el que me llamó. Al llegar, me abrazó y, de espaldas a él, juntos contemplamos las increíbles vistas que teníamos desde el apartamento.

—¡Qué bonito es esto! —confirmé al verlas.

Se trataba de un frondoso valle verde que se extendía hasta donde unos enormes árboles acotaban el bosque. Al estar en la segunda planta, podíamos ver

todo el complejo.

—¿Qué es eso? —le pregunté señalando una construcción alargada de una sola planta, a la que varias personas se dirigían. Me llamó la atención que fuesen casi todas de nuestra edad.

—Es a donde nos dirigimos ahora.

—¿Vamos a salir? —inquirí con un tono más agudo de lo normal. Me había pillado por sorpresa, y desbarataba todo mi plan.

—¿Qué pasa, *morena*? ¿Acaso pensabas que íbamos a quedarnos aquí encerrados los tres días? —preguntó con actitud picarona.

—No estaría mal —respondí coqueta, volviéndome hacia él.

—Yo también me quedaría aquí contigo. Pero tenemos reservadas varias actividades, que no pienso perderme por nada del mundo —anunció soltándome para regresar al salón.

—¡Un momento! ¿Qué actividades? —le demandé volviendo tras sus pasos—. ¿Por qué nadie me había avisado de eso?

—Dejaría de ser una sorpresa. Venga, llama a tu padre, y cámbiate, que la primera empieza en diez minutos.

«¿Que me cambie? Como no me ponga el pijama», pensé mientras ideaba una excusa convincente que me permitiera quedarme allí.

—¿No prefieres quedarte aquí conmigo? —Mi voz se había vuelto melosa, seductora, y francamente sexi. Debía detenerlo, costara lo que costara—. Se me ocurren varias *actividades* que podríamos hacer aquí los dos —añadí.

A mi lado las mujeres de compañía se quedaban en mantillas. Me acerqué a él provocándole con suaves palabras mientras me mordí el labio inferior y mis manos jugaron con su pelo.

Su respuesta no se hizo esperar. Filomeno se abalanzó hacia mí y volvió a besarme con todas sus fuerzas. En esa ocasión nadie nos veía, así que me limité a dejar salir una lasciva risotada cuando me empujó contra su cuerpo. Su boca devoraba la mía con la misma potencia con la que mis labios respondieron a los suyos. Aquel hombre me excitaba como ningún otro, y no dudé en hacérselo saber. Inclinando la cabeza hacia el lado contrario, aumenté la intensidad del beso. Mi lengua jugaba con la suya, frotándose con anhelo y ferviente deseo. Dejó salir un hondo jadeo, y supe que iba a lograr mi objetivo. Cuando de pronto...

—¡Joder, Ana, para!

—¿Por qué? —me quejé intentando volver a atraerlo hacia mí.

Fue inútil. Filomeno se apartó, y me pidió por segunda vez que me cambiara para irnos.

—¿Y si no quiero? —me quejé como una niña pequeña, cruzándome de

brazos. Me faltó sacar el morro.

—No pienso discutir. Haz el favor de hacer lo que te he dicho. Y no olvides llamar a tu padre. En el cuarto tienes el teléfono. Te espero abajo con los chicos.

Y así, sin que mi arte de seducción ni mi rabieta de niña surtieran efecto, me quedé sola en el apartamento.

Bufé varias veces con la vista puesta aún en la puerta por la que se había marchado. Cuando me di por satisfecha, cogí mis maletas y las arrastré hasta el dormitorio. Allí volví a bufar. ¿Por qué tenía que tener siempre razón?

Junto al teléfono había una nota con las instrucciones a seguir. Por asombroso que pareciese, aquel hotel no tenía servicio de línea ni de conexión Wifi como cualquier hotel. Según decía la nota, Pajera Open era conocido precisamente por ser el lugar ideal para alejarse de la vida cotidiana y disfrutar de la naturaleza. Para mí, en cambio, era como regresar a la prehistoria, y no podía ni imaginar lo que supondría para alguien como Iris.

—Recepción —respondió la voz al otro lado del teléfono tras marcar el cero.

—Hola. Necesito hacer una llamada.

—¿Es local?

—Comarcal.

—Está bien, dígame el número y le paso la llamada.

Era increíble. Un poco más y tenía que darle el nombre de mi padre, como en *Las chicas del cable*, la serie de *Netflix* de los años veinte.

—Papá —dije al cabo de tres tonos.

—¡Ana! ¿Dónde estás? Te he llamado y me daba el móvil apagado.

—Estamos en un hotel donde no hay ni cobertura ni Wifi. ¿Te lo puedes creer?

Al no obtener respuesta, me quedé mirando el teléfono por si se había estropeado.

—Papá. Papá, ¿estás ahí?

—Sí, hija. Estoy aquí —su tono parecía serio.

—Este sitio es precioso —anuncié mirando a mi alrededor. La habitación era igual de bonita que el resto del apartamento.

—Dime en qué hotel estás.

—Papá, ya no soy una niña —recalqué para no tener que darle ese dato. Solo me faltaba que al hombre se le cruzara el cable y se dejara caer por allí de improviso.

—No te hubiese dejado irte de ser así. Pero dime dónde estás.

—Estoy en lo alto de una montaña, en un hotel precioso. Por favor, papá, confía en mí por una vez, ¿vale?

—En ti confío, Ana.

Su respuesta me recordó a mi conversación con Filomeno acerca de la rubia. Podía imaginar cómo se sentía.

—¿Me prometes que si te lo digo no vendrás?

—¿Por quién me tomas, hija?

—Papá, prométemelo.

—¿Y si me necesitas?

—¡Papá, por favor!

Nunca antes había hablado con mi padre de mis relaciones, y mucho menos lo iba a hacer ahora.

—Vale, está bien. Lo prometo.

—Así me gusta. Estamos en Pajera Open. ¿Lo conoces?

—Algo he oído hablar de él. Está a una hora y algo de aquí.

—Sí.

—Vale, no estás muy lejos.

—¡Papá!

Si se le ocurría venir, me iba a escuchar, pero bien.

—Tranquila, hija, que no pienso ir a echarte una visita.

—Menos mal —susurré.

—Pero no dudes en llamarme si necesitas algo.

—Que sí, pesado. Dale un beso a mamá, ¿vale?

—Otro para ti, cariño.

Mientras colgaba el teléfono, dejé salir un suspiro. Podía entender su situación y todo por lo que le estaba haciendo pasar. En el fondo sabía que era un bendito, y que era el mejor padre del mundo. Pensaba en lo mucho que lo quería cuando una voz llamó mi atención.

—Te vas a enterar —me pareció entenderle con tono amenazador e insinuante al mismo tiempo.

Sonreí al escucharlo. Creí que se había marchado, aunque estaba claro que le pudo más gastarme una broma. Me volví para decirle cuatro cosas bien dichas por haberse quedado allí a escuchar una conversación que debió ser privada, pero para mi sorpresa, allí no había nadie. Confundida, me incorporé y me asomé al baño. Aquello empezaba a no tener gracia. Aunque aún menos la tuvo cuando descubrí que estaba vacío. ¿Qué había sido aquello? No estaba loca, había escuchado a alguien hablar detrás de mí. Era la voz de un hombre, lo suficientemente nítida para reconocerla.

Pese al temor de no saber qué estaba ocurriendo o de encontrarme a alguien desconocido en el apartamento, lo recorrí con la esperanza de que no fuese más que otra de las bromas de Filomeno. Mientras lo hacía, sentí el vello erizándose bajo mi ropa. El corazón comenzó a latirme con fuerza, e incluso sentí cómo el

calor se me implantaba en las palmas de las manos. La incertidumbre empezó a inquietarme, sobre todo cuando descubrí que estaba sola y que la única persona que había allí era yo. Sin mirar atrás, y con el miedo transitándome por todo el cuerpo, salí disparada del apartamento. No había perdido el juicio. Había escuchado a alguien, pero no estaba dispuesta a quedarme ni un segundo más para averiguar de quién se trataba.



Capítulo 7

IRIS

¡Toca disfrutar!

El hotel era una pasada. Y aún lo era más saber que los chicos lo habían orquestado todo para sorprendernos. Si el primer desconcierto fue descubrir el

lugar al que nos habían llevado, el segundo llegó cuando Ataúlfo abrió la puerta del apartamento.

—¿Qué haces? —grité riéndome, al ver que me cogía en brazos.

—Una dama siempre debe entrar en el lecho de amor en los brazos de su hombre.

—¡Menudo complejo tienes de príncipe! —me burlé.

—Eres la única culpable de ello.

Debía reconocer que tanta galantería me estaba conquistando. Aunque por nada del mundo estaba dispuesta a reconocérselo.

—No es nuestra luna de miel —argumenté aferrándome a su nuca al pasar el umbral, más para chincharlo que para otra cosa.

—Más quisieran muchos para su viaje de novios tener planeado un fin de semana como el que te he organizado yo a ti, *rubia*.

Lo confieso, en ese instante me derretí.

Cuando me dejó en el suelo y él regresó a por nuestras maletas, pude centrarme en el apartamento. Era precioso, mucho más de lo que había imaginado. Ya tenía otra cosa más que corroborar: su buen gusto.

—No está mal —solté simulando que no me entusiasmaba.

—¿Lo dices en serio?

Todavía recuerdo la cara que puso. Tuve que esforzarme por retener la risa.

—Teniendo en cuenta que estamos en el culo del mundo y que no hay cobertura, no está mal.

—¡Vaya, me ha salido exigente! —se quejó—. A ver qué te parece esto.

Sin esperarlo, volvió a cogerme en brazos y echó a andar. El apartamento no era muy grande, así que deduje hacia dónde nos dirigíamos.

—¿A dónde me llevas? —pregunté partiéndome de risa—. No sé si lo sabes, pero el secuestro está tipificado y considerado como delito.

—Pues ve sumándolo a la lista de infracciones porque no pienso dejarte salir hasta que cambies de opinión.

—¡Así me gusta! ¡Viva la democracia!

En cuanto llegamos al cuarto, me lanzó literalmente sobre la cama.

—Desnúdate, porque no vas a salir de aquí en un buen rato.

Su mirada era amenazadora, tanto, que me dio por reírme aún más. Mis carcajadas resonaron entre las cuatro paredes mientras él se quitaba la ropa. Primero fue la camiseta. Verlo era todo un espectáculo. Lo tenía frente a mí, dispuesto a dárme todo, y con aquel cuerpo de infarto que tanto deseaba. Sentía lo mismo que él, pero sabía que si empezaba no iba a poder parar. Aquel hombre me había robado el sueño, y conocía de sobra cuáles eran mis límites. Aguardé hasta que se desabrochó el pantalón y se deshizo de las zapatillas

deportivas. Era mi momento, descalzo y con los pantalones a la altura de la rodilla le sería imposible alcanzarme. Fue entonces cuando me levanté y salí corriendo de allí.

—¡Vas a tener que esperar, chato!

—¡No me lo puedo creer! —se quejó al intentar, en vano, alcanzarme.

Si el juego del gato y el ratón me resultaba divertido, con él lo era aún más. Sus amenazas no se hicieron esperar, y en apenas unos segundos, ambos corríamos por el apartamento muertos de la risa.

Cuando por fin decidí poner fin al pasatiempo, pues soy menuda y muy escurridiza, me detuve en medio del salón para que me alcanzara.

—Y el cazador cogió a su presa —afirmó con la respiración agitada.

—Cuando la presa se dejó coger por el cazador —le rebatí.

Me miraba con tal intensidad, que no pude evitar pensar en lo feliz que me estaba haciendo sentir.

—¿Eso es lo que crees? —inquirió frunciendo el ceño.

—Por supuesto, *canoso*.

La sonrisa llenó mi cara. Hasta que me besó. Sus labios borraron la curva que hasta ese instante formaban los míos. La pasión conque su boca conquistó la mía, me hizo estremecer. Había verdadero anhelo en aquel beso, un sincero y empírico beso que evidenciaba el deseo que ambos sentíamos el uno por el otro. Me aferré a él, dejándome invadir por el cúmulo de sensaciones que colmaba mi cuerpo. No había conocido a nadie como él, y no iba a desaprovechar ni un solo segundo a su lado. Quería todo de él, incluso su parte competitiva, que me moría por conocer y sacar a la luz.

—Debemos bajar. Los chicos nos esperan.

Interrumpir aquel beso me costó mucho más de lo que pensé en un principio.

—Estoy seguro de que pueden esperar.

Jugar al «pilla-pilla» había estado bien, pero yo quería más de él, y había llegado la hora de mi recompensa. De camino al apartamento Ataúlfo me contó las actividades y juegos que habían contratado durante nuestra estancia allí, y no quería perdérmelas por nada del mundo.

—De eso nada —me defendí, haciéndole la cobra cuando él intentó besarme de nuevo—. Te pienso machacar en todos los juegos. Alguien tiene que bajarte esos aires de príncipe con complejo de macho alfa.

—¿Crees que voy a dejarte como he hecho hace un instante?

—Ambos sabemos que eso no es cierto.

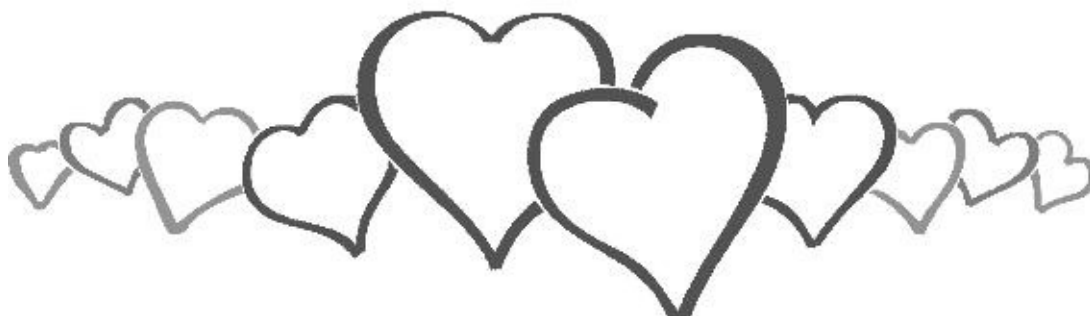
—Sí lo es.

—Me has atrapado cuando te he dejado —aseguré.

—Eso es lo que tú crees. Y en cuanto a los juegos, eso está por ver —remató

antes de soltarme.

De nuevo reí. Había conseguido picarlo. Adoraba competir, y estaba segura de que, con él, iba a pasármelo en grande.



Al llegar al vestíbulo del hotel, ambos nos sorprendimos al ver solo a Filomeno.

—¿Y Ana? —le pregunté buscándola con la mirada.

—Se ha quedado en el apartamento para llamar a su familia.

—¡Mi madre!

Antes de que ninguno de los dos pudiese decir nada, me dirigí hacia el mostrador de recepción para pedirles hacer la llamada.

—Aquí no hay cabina. En su apartamento tiene un teléfono a su disposición —me indicó el recepcionista.

—Está bien, gracias.

Ataúlfo me dio la llave, y yo salí disparada para llamar a casa. Mi padre, como siempre, estaba en el trabajo, por lo que solo pude hablar con mi madre. Obviando sus lindezas y comentarios varios acerca de los chicos y de los chismorreos que se habían formado en la calle con las vecinas, pude decirle dónde estaba y que había llegado bien.

De regreso al vestíbulo del hotel, Ana ya estaba con ellos. Aunque pronto me di cuenta de que algo le pasaba.

—¿Qué ocurre?

—Todos lleváis calzado adecuado menos yo. ¿Te importaría acompañarme a la tienda a ver si hay algo?

—¿Hay tienda en el hotel? —No salía de mi asombro.

—Según me han dicho es pequeña, pero tal vez tengan lo que necesito. ¡Nos

vemos en la cafetería! —les dijo a los chicos.

No habían respondido cuando ella me cogió del brazo y echó a andar tirando de mí.

—¡Qué ataque te ha entrado, chiquilla! —me quejé acelerando el paso para alcanzarla. Una zancada suya equivalía a dos de las mías.

—Calla, y sígueme.

Sin entender nada y a paso ligero, llegamos hasta el otro extremo de la planta baja. Tras el restaurante, que también servía de cafetería y de pub, había una pequeña tienda, con todo tipo de artículos. Era como un *chino* a tamaño reducido.

—Puede que tengas suerte y vendan zapatos.

—No es eso lo que ahora me preocupa —anunció deteniéndose en seco en la puerta.

Aquello me pilló por sorpresa. Me quedé mirándola, y vi que estaba pálida.

—Ana, me estás asustando. ¿Qué pasa?

—Pasa que en este hotel ocurren cosas extrañas.

—Como en todos los hoteles —aclaré alzando las cejas, picarona.

—Tía, déjate de bromas. Hablo en serio. Este lugar está encantado.

—¡No jodas!

—¡Para eso estoy yo ahora! De verdad, Iris, en este hotel hay fantasmas. Yo misma he escuchado uno en mi dormitorio.

—¿Y cómo sabes que era un fantasma? —pregunté con la duda de que la altura le hubiese afectado y hubiese acabado perdiendo el juicio.

—Estaba hablando con mi padre cuando, al colgar, alguien me ha dicho «te vas a enterar».

—Sería Filomeno.

—¿Me crees tan ingenua para no saber lo que digo? Iris, me conoces, y sabes que estos temas me dan mucho miedo.

Sabía a qué se refería. Una vez, hacía muchos años, se nos ocurrió la *fantástica* idea de jugar a la güija. Éramos unas niñas, y por aquel entonces se había puesto de moda el contactar con los espíritus en la colina del parque Eufrasio, llamado así en honor a un escritor ilustre del pueblo. Nosotras no contactamos con nadie, pero pillamos un resfriado que nos mantuvo en cama durante cuatro días. El «fantasma de la gripe», lo llamamos. Invisible, maligno y traicionero. O al menos eso fue lo que les dijimos a nuestros amigos, pues ninguna de las dos estábamos dispuestas a confesar que fue culpa nuestra por haber hecho el tonto en pleno invierno. Todos nos creyeron, y pese a que las dos éramos las únicas en conocer la verdad, nos juramos no volver a «jugar» con temas del más allá.

—Está bien. Dime qué ha pasado, y no te dejes nada —le pedí.

Durante un rato, Ana me contó lo que le había pasado. Recuerdo que, mientras la escuchaba, el vello se me erizó.

—¿Crees que alguien ha podido morir en ese cuarto?

—¡Iris, por dios, no me digas eso o no volveré a ese apartamento!

Cada vez estaba más histérica. El miedo hablaba por ella, y estaba consiguiendo transmitírmelo a mí.

—Déjame pensar —le pedí—. Tal vez puedan cambiaros a otro.

—Yo también lo he pensado. Pero, ¿qué pensarán los chicos de mí?

—Que piensen lo que quieran. Además, no creo que Filomeno quiera que tú estés mal, ¿o me equivoco?

—Ya, ahí tienes razón. Pero...

—Nada. Vamos a comprarte unas zapatillas, y a la vuelta lo resolvemos.

—¡Espera! ¿Y si el fantasma está por todo el hotel y no solo en mi apartamento?

—Yo no he escuchado nada en el mío, tía.

—¡Joder, qué suerte tengo! ¡Con lo grande que es esto y me tiene que tocar el fantasma a mí!

Bufó y nos adentramos en la tienda. Por más que se quejara, era una tía con suerte, pues encontró unas zapatillas deportivas de su número. No eran de su gusto, en honor a la verdad, pero al menos pudo solucionar uno de sus problemas.

Aprovechando que los chicos estaban en la cafetería, tras la compra, ambas nos dirigimos a recepción.

—¿No le quedan apartamentos? —inquirió ella cuando el recepcionista nos comunicó la noticia.

Aquello le recordó cierta noche en el hostel de Híncala Arriba.

—Ya le he dicho que no. Está todo completo.

Ana empezaba a inquietarse.

—Tía, ¿qué hago? —me preguntó en un susurro. Estaba tan nerviosa que apenas le salía la voz.

—No lo sé, tía —cuchicheé para que el recepcionista no me oyera.

—No puedo quedarme en ese apartamento —se quejó—. No con un espíritu rondando.

—Ya has oído al chico, no quedan apartamentos.

El aludido, sin apartar la vista de nosotras, seguía aguardando a que diésemos por finalizada la charla.

—¿Y qué hago? —insistió ella—. No puedo quedarme allí con un espíritu rondando.

—Solo se me ocurre que hagáis un trío.
—¡Iris, no estoy para bromas!
—Está bien, está bien. Déjame pensar.
—Pues hazlo ya, porque yo no pienso volver allí.
—¿Está seguro de que no le queda nada libre? ¿Ni siquiera una habitación?
—le interrogué al recepcionista de nuevo.
—Ya les he dicho que no. Además, nuestro hotel no dispone de habitaciones, solo de apartamentos —El chico empezaba a impacientarse.
—¿Y no hay nada que pueda hacer? —insistí.
—Me temo que no.
—¿Puedo preguntarle algo?
—Dígame.
—¿Alguna vez ha habido un asesinato aquí en el hotel?
—¿Me está amenazando?
—Tía, ¿qué haces? —murmuró Ana—. Que ya solo nos faltaba una denuncia por extorsión.
—¡No, claro que no! —me apresuré a responderle al recepcionista.
—Pues usted me dirá cómo debo tomármelo —se defendió con una mano puesta en el teléfono y la otra oculta tras el mostrador.
—Solo le estoy preguntando.
—Tía, para que la vas a liar parda —Ana volvía a la carga.
—Pero si solo quiero indagar sobre el...
—¿Qué ocurre? —inquirió de pronto un señor alto trajeado que, supuse, era el encargado, o al menos el jefe del chico.
—No la vas a liar, la has liado —aclaró Ana hecha un mar de nervios—. No, si al final, vamos a la cárcel. ¡Como si lo viera!
—¿Te quieres callar? Así no ayudas —mascullé por lo bajini.
—Pues para ya.
—Las señoritas no están contentas con su apartamento —le respondió el chico al hombre del traje—, y como no les puedo dar otro porque está todo completo, me están amenazando.
—¡No es cierto! —me defendí alzando la voz más de lo debido—. Ha sido un malentendido. Yo solo...
—Hagan el favor de acompañarme, señoritas —me interrumpió con gesto serio señalando hacia un lado del mostrador.
—Como le estaba diciendo —bramé sin intención de moverme un solo milímetro—, yo solo le he preguntado porque...
—No se lo repetiré otra vez —persistió el hombre.
La cosa se estaba complicando por momentos.

—Acompañarlo, ¿a dónde? —cuestionó Ana. Ambas estábamos igual de nerviosas y molestas con aquel señor.

—Vengan y lo verán.

—Yo no tengo que acompañarlo a ningún sitio —se le enfrentó ella—. Si cree que, porque lleve ese traje chaqueta, de hace tres temporadas, por cierto, puede obligarnos a hacer lo que usted quiera, es porque no...

—¡Vengan conmigo o llamaré a la policía! —advirtió frenándola en seco.

—Iremos, iremos, faltaría más —intercedí cogiéndola del brazo—. Así aclaramos esto —añadí haciéndole un gesto para que obedeciera.

El director del hotel nos llevó hasta su despacho, situado al otro extremo del vestíbulo. Supe que ese era su cargo en cuanto vi el letrero que colgaba de su puerta.

—Siéntense —ordenó nada más entrar, señalándonos las dos sillas que había frente a su mesa.

Él tomó asiento al otro lado. Ana y yo nos miramos, y sin tiempo para centrarnos en la decoración o en si aquella oficina parecía más un cuarto que un despacho, obedecemos en silencio.

—Explíquenme qué ha ocurrido, y háganse el favor de no mentirme, si no quieren que esto se resuelva de un modo que, estoy seguro, no nos gustaría a ninguno de los tres.

Por fin parecía dispuesto a escucharnos, y durante unos interminables minutos, le explicamos al director cuál había sido el malentendido. El hombre, cuyo semblante parecía algo más suavizado tras nuestra retahíla, no nos quitaba ojo. Supuse que debió pensar que nos faltaba un tornillo o que estaba ante dos chifladas que no tenían otra cosa que hacer que inventarse historias paranormales por la forma en que nos estudiaba con la mirada.

—Así que usted asegura que hay un fantasma —comentó dirigiéndose a Ana.

—Lo que aseguro es que oí la voz y que allí no había nadie —respondió ella.

—¿Puede decirme qué apartamento es el suyo?

—El quince. ¿Por qué? ¿Acaso va a decirme que es cierto que allí mataron a alguien?

En ese instante, la puerta del despacho de pronto se abrió. Ana y yo nos sobresaltamos y dimos un pequeño respingo en la silla.

—¿Ocurre algo? —escuchamos tras nosotras. Era Filomeno, que entró con paso firme, seguido de Ataúlfo.

—¿No saben llamar antes de entrar? —les demandó el director.

El ambiente se ennegreció en cuanto los tres hombres se enfrentaron y retaron con la mirada. Eran dos fuerzas confrontadas entre sí, con clara ventaja e inclinación de la balanza hacia el lado de los chicos.

—Nos han dicho que va a llamar a la policía, y queremos saber por qué.

Ataúlfo parecía estar más preocupado por esa llamada que nosotras, incluso. ¡Cuánto me gustaba que se preocupase por mí de aquel modo!

—¿Quiénes son ustedes y por qué quieren saberlo? —El director estaba realmente molesto. Aquella intrusión era lo último que el hombre esperaba.

—Somos sus parejas —le contestó mi chico.

Debía estar perdiendo la cabeza porque, pese a la extraña y tirante situación, su respuesta me hizo sentir mariposas en el estómago.

—Lo que yo haga en mi hotel es solo de mi incumbencia. Y ahora, si son tan amables, salgan de mi despacho para que las señoritas y yo terminemos de aclarar lo sucedido.

Filomeno, lejos de obedecer la orden del director, se dirigió a nosotras con voz firme, casi intimidante.

—Esperadnos fuera.

Ana y yo volvimos a mirarnos. Ninguna de las dos entendíamos a qué venía aquello. Lo que parecía que iba a ser un fin de semana romántico cargado de aventura y sexo del bueno, se estaba convirtiendo en algo cuanto menos... insólito. Ambas salimos en defensa del director, pues todo había sido fruto de un simple malentendido que estábamos a punto de aclarar cuando ellos irrumpieron en el despacho. Pero los dos se mantuvieron en su sitio, y volvieron a insistir en que saliéramos y los dejáramos a solas. Ana y yo acabamos cediendo y marchándonos del despacho para no enturbiar aún más la situación. Lo hicimos sin comprender nada, aunque con una cosa clara: en cuanto salieran, íbamos a demostrarles que no éramos mujeres a las que pudieran dominar.



Capítulo 8

ANA

¿Sumisa yo? ¡Ja!

En cuanto salimos del despacho, Iris y yo nos fuimos a la cafetería. Tenía la boca seca, y ella no dudó en aceptar en cuanto se lo propuse.

—¿A qué ha venido todo eso? —le demandé, una vez sentadas a una mesa en cuyo centro había una bonita vela encendida.

—No tengo ni idea.

—¿Quiénes se han creído que son? ¿Nuestros amos?

—¿No te gustaba el Grey? —se mofó.

—¡No es lo mismo leerlo que vivirlo!

—Nuestros chicos tienen el ego demasiado subidito.

—Pues que lo vayan bajando porque eso no son formas.

No sabía qué me fastidiaba más, si su forma de entrar en el despacho, que no nos dejaran explicarnos o el modo en que nos echaron.

—Si nos gustaban los hombres fuertes y con carácter, hemos acertado de pleno —argumentó mi mejor amiga.

—¡Claro que me gustan los hombres así! —recalqué—. Pero de ahí a que me manden va un trecho, y no pequeño.

—Se me está ocurriendo una idea.

—Suéltala, porque estoy que me cargo a alguien.

—Podemos darle la revancha —anunció.

—Pues tú me dirás cómo.

—¿No te ha dicho Filo nada de los juegos?

—No ha querido decírmelo.

El camarero nos atendió, y tras su marcha, Iris continuó contándome.

—Han contratado varias actividades que ofrece el hotel, entre ellas paseo a caballo, tiro con arco, ajedrez gigante y *tirolina*.

—Me apunto a todo, excepto a lo último.

—Debemos demostrarles de qué pasta estamos hechas, y ganarles en todo.

—¿Qué has pensado?

—Nos haremos las tontas. Diremos que no sabemos nada de eso, y cuando se confíen... los machacamos.

—Me gusta la idea. Pero ahí falta algo.

—¿El qué?

—Alguna apuesta —aseguré—. Si vamos a dejarlos a la altura del betún, mejor hacerlo a lo grande.

—¿Y qué podríamos apostar?

—Una noche de lujuria, por ejemplo.

—¡Una puñeta! Para que perdamos y nos quedemos sin sexo —se quejó.

—¡Nadie va a quedarse sin sexo!

—¿Entonces?

—Pero la cara de ellos cuando crean que no van a tener, debe ser para enmarcar.

Ambas reímos a carcajadas. Con apenas días de relación ya íbamos a «castigarlos» sin sexo como los matrimonios que llevaban décadas casados. Exceptuando la *tirolina*, que nunca había probado, y que no sabía cómo sería su competición, en el resto de juegos éramos más que expertas. Desde pequeñas habíamos montado a caballo, en el colegio las dos ganamos el campeonato de

ajedrez en diferentes años, y yo fui campeona tres cursos consecutivos de tiro con arco. Eran actividades de la zona, pues incluso había torneos a nivel comarcal, por lo que no era de extrañar que el hotel las tuviese entre sus pasatiempos estrella.

Mientras nos tomábamos nuestras bebidas, planeamos cómo hacerlo, hasta que Iris cambió radicalmente de tema.

—Por cierto, y ahora... ¿qué vamos a hacer con tu fantasma?

—¡Calla! No me lo recuerdes.

—Plazas, estaba de coña. Hablando en serio. Tú has visto la reacción del director. Aquí no murió nadie. Y sabes tan bien como yo que los fantasmas no existen.

—¿Y cómo estás tan segura? —me defendí.

—Porque nunca nos hemos topado con uno. Sabemos lo que ocurrió hace años, y sinceramente, no creo que existan. Si te soy sincera, solo creo en lo que veo.

—La clave para ser un espíritu es que nadie te vea, por si lo has olvidado —solté molesta.

—No creo en lo que no veo, Ana. Y la verdad, no creo que sea para tanto.

—Ah, ¿no? Está bien —dije recolocándome en la silla—, pues si tan segura estás, intercámbiame el apartamento.

—¡Ni de coña!

—¿Por qué no? Si no crees en lo que no ves y no te da miedo, ¿qué problema hay?

—No, gracias. Es que me gusta el mío.

—¡Ja! Lo que te pasa es que te da tanto miedo como a mí, confiésalo.

—¿Qué es lo que os da miedo? —interrumpió Filomeno.

Lo de aparecer sin previo aviso y de forma misteriosa estaba empezando a convertirse en costumbre.

—Nada, olvídalo —respondí para eludir el tema.

—¿No será por el fantasma? —preguntó con un amago de sonrisa mientras él y Ataúlfo tomaban asiento a nuestro lado.

—¿Qué pasa? ¿Tú tampoco crees en el más allá? —inquirí.

—Me cuesta creer cosas del más acá, como para creer en lo que haya más allá.

—¿Y cómo explicas, entonces, que oyera a alguien detrás de mí si estaba sola?

—El director nos ha dicho que tal vez se deba al conducto de respiración del cuarto de baño —anunció Ataúlfo haciéndole arrumacos a mi amiga, mientras yo meditaba cómo cargarme al mío.

—Estaba allí, en la habitación —insistí.

—A ver, dinos dónde estabas exactamente y en qué posición estaba la puerta del baño.

Don «chulito» siempre poniendo la guinda al pastel. No había caído en ese detalle, pero la voz se escuchó tan cerca, que me costaba creer que fuese por ese motivo.

—Eso no tiene nada que ver —me defendí con la esperanza de que dejaran el tema o, al menos, de que alguien se posicionara de mi parte.

—¿La puerta estaba abierta o cerrada? —insistió Ataúlfo.

—¡Se acabó! No estoy loca. Sé lo que oí. Y os aseguro que allí había alguien y no era de carne y hueso. Ya lo dije en el hostel, los fantasmas me dan miedo, y mucho en realidad.

—Tío, déjala —saltó Filomeno—. Si ella dice que hay un fantasma, yo la creo.

—No es cierto, no me crees. Ninguno en realidad —aclaré—. Pero hagamos una cosa. Si tan seguros estáis, ¿por qué no lo comprobáis por vosotros mismos?

Ellos se miraron, y en apenas unos minutos, los cuatro estábamos en el dormitorio del apartamento. En absoluto silencio, aguardamos a que el fantasma se manifestara. Iris estaba sentada a mi lado, y los chicos permanecían de pie con cara de «¿quién me mandaría a mí meterme en este berenjenal?».

—Pues no se oye nada, ¿eh? —comentó Ataúlfo, ganándose un codazo de mi chico.

Sabía que ambos estaban deseando salir de allí. Sus pies inquietos y los cruces de miradas, eran buena prueba de ello.

—Puede que no quiera manifestarse porque estáis vosotros —aclaré al ver cómo mi chico miraba su reloj impaciente.

—O puede que se haya ido a la *tirolina*, cosa que nosotros ya nos hemos perdido.

—¡Oh, qué pena! —espeté de forma dramática.

Filomeno me dedicó una de sus inquietantes miradas, y al ver que yo no me inmutaba, añadió:

—Está bien, tú ganas, hay un fantasma. Luego nos ocuparemos de él, pero ahora vámonos o llegaremos tarde al siguiente juego.

Una vez más don «chulito» tenía razón. De nada servía que nos quedáramos allí desperdiciando el poco tiempo que nos quedaba. Así pues, tras apenas un par de segundos para meditarlo, decidí poner en marcha el plan que Iris y yo orquestamos minutos antes en la cafetería.

—Ella me ha dicho en qué consisten los juegos.

—Gracias por estropearme la sorpresa —le riñó a Iris.

—A mí no me mires, díselo a él —se defendió ella, señalando a su chico.

Filomeno se giró hacia él dispuesto a regañarle, cuando decidí interrumpir.

—¿Qué dan de premio a los ganadores? —demandé poniéndome en pie.

—No tengo ni idea. Pero no tardaremos en saberlo.

—Nosotras hemos pensado en ir contra vosotros. ¿Qué os parece? —planteó Iris levantándose para colocarse a mi lado y unirse a mí para hacerles cara.

—¿Chicos contra chicas? —preguntó Ataúlfo, y su chica asintió—. Me parece bien —remató.

—¿Y tú qué dices? —le demandé a Filomeno.

—¿Has montado a caballo alguna vez? —me preguntó él, incapaz de creer que una chica como yo supiera hacerlo.

—Nunca —mentí como una bellaca.

—¿Y el tiro con arco?

—Si cuentan los dardos del pub del pueblo, la respuesta es sí —apunté dando un paso hacia él.

—¿Y al ajedrez?

—Eso es fácil. Solo hace falta matar al *rey* —susurré acercándome hasta rozarlo, enfatizando la última palabra. Ambos sabíamos que iba dedicada por completo a él.

—Os vamos a machacar, *morena*.

—¿Estás seguro, *moreno*? —cuestioné coqueta.

Podía sentir cuánto le excitaba aquel reto. Apretaba la mandíbula con la misma fuerza con la que sus ojos se clavaban en los míos. Mi cuerpo tocaba el suyo de un modo insinuante, atrevido, descarado, sin temor a su respuesta. Iba a hacerle pagar por su actitud en el despacho del director y, sobre todo, iba a demostrarle de una vez por todas a quién tenía delante.

—No deberías hacer eso —masculló tenso al sentirse observado por nuestros amigos.

Ellos permanecían en silencio, esperando expectantes el resultado.

—¿Hacer el qué, *moreno*?

Había caído en la red. Solo faltaba subirlo al barco para que fuese totalmente mío.

—No juegues con fuego, o te quemarás, *morena*.

Me lo estaba pasando pipa. Sabía lo que le hacía sentir, y acechaba expectante a que su entropierna me diese por segunda vez los buenos días.

—No me importa quemarme. Me gusta lo ardiente.

—¿Estás segura de que eso es lo que quieres?

—Sí.

—De acuerdo —manifestó de pronto, apartándose de mí—. Competiremos

chicos contra chicas. Si os machacamos, luego no quiero quejas.

—¿«Quejas»? Mira si estoy segura, *moreno*, que hasta estamos dispuestas a hacer una apuesta —manifesté colocándome de nuevo junto a Iris. En realidad, estaba molesta porque me había rechazado sin darme tiempo a notar a su mini Filomeno.

—¿«Una apuesta»? Esto se pone interesante —comentó Ataúlfo.

Los cuatro nos miramos, dispuestos a defender nuestro territorio. Ellos no lo sabían, pero nosotras jugábamos con ventaja.

—Sí, chato, una apuesta —le respondió Iris.

—¿Y en qué habéis pensado?

Ella me miró, y yo asentí para concederle mi apoyo.

—Si ganamos nosotras, no podréis tocarnos en todo el fin de semana.

—¡De eso nada! —masculló su chico.

Creo que era la primera vez que lo veía tan molesto. Ataúlfo era un hombre tranquilo, pero aquello no le sentó nada bien. Iris rio ante su respuesta, y yo me uní a ella centrándome en la cara de Filomeno. Les estábamos devolviendo lo que nos hicieron en el hostel, pagándoles con la misma moneda, pese a saber que no íbamos a cumplirlo.

—¿Y si ganamos nosotros?

Ahí estaba don «chulito»; tan convencido de que nos iban a ganar que no mostró temor alguno por las palabras de mi mejor amiga.

—Lo que queráis —respondí coqueta, una vez más. ¡Cómo me gustaba provocarlo!

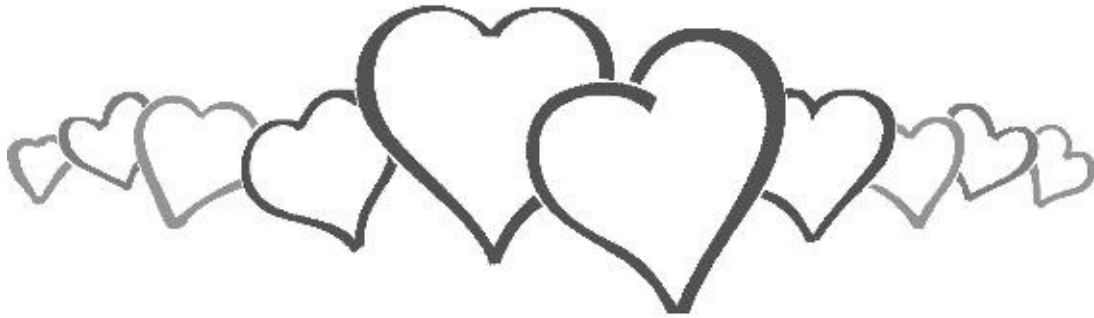
—¿No podéis cambiar los términos? —insistió Ataúlfo.

—Tranquilo, tío —le apuntó—. Van a pasar días encerradas en el cuarto, porque *yo a la mía no pienso dejarla salir por más que me lo pida*.

Sus últimas palabras las dijo dirigiéndose por completo a mí. Había tal fuerza en aquella mirada, que a mis rodillas les faltó poco para flaquear. Filomeno podía ser un capullo cuando se lo proponía, pero era mi capullo, al fin y al cabo, y el único capaz de dejarme temblando hasta conseguir que lo deseara más que a nada ni a nadie en el mundo.

—Eso ya lo veremos, *moreno* —lo reté simulando estar molesta con él, cuando en verdad hasta mi alma sonreía picarona por aquella excitante amenaza.

—Aclarado entonces —saltó Iris antes de que los cuatro saliéramos del apartamento.



El paseo a caballo fue muy bonito. Ahí no había ninguna competición, aunque el momento en el que Iris y yo les pedimos ayuda para subirnos al caballo fue lo más divertido.

—¿Cómo pretendes que me suba allí arriba? —comenté asustadiza.

—Yo te ayudaré —aseguró mi chico.

—¿Vas a hacer de escalera con las manos?

—Se me ocurre otra forma mejor de usarlas —respondió cogiéndome de las piernas para izar me, y de paso sobarme el trasero a su antojo.

Ataúlfo hico lo mismo con Iris. Ambas sonreímos al ver que el plan había comenzado tal y como habíamos pensado.

La segunda actividad y primera competitiva fue el tiro con arco.

—Debes tensar la flecha, manteniendo el cuerpo del arco firme y en posición —me indicó mi Filomeno con paciencia.

—Ya, pero ¿y si se me escapa antes de tiempo? —pregunté haciéndome la tonta, apuntando hacia los pies de Ataúlfo.

—¿Te importaría apuntar para otro lado? —se quejó este moviéndose. No sabía dónde colocarse para dejar de ser mi improvisada diana.

—¡Lo siento! —anuncié haciéndome la despistada—. Es que tu amigo no es muy buen profesor, que digamos.

—¿Yo? ¡Si eres tú que no me haces caso!

Filomeno estaba detrás de mí, y a cada pregunta que hacía me volvía hacia él para apuntar siempre a Ataúlfo. Iris y yo reprimíamos la risa. Nos lo estábamos pasando en grande a costa de ellos.

El primer tiro lo fallamos a posta. Debíamos hacer que los chicos se confiaran, y lo logramos.

—Giménez, ¿sabes si el hotel tiene servicio de habitaciones? —le preguntó «don chulito» a su amigo al venirse arriba tras su segundo tiro cercano al centro de la diana.

—No tengo ni idea. ¿Por?

—Porque me da que no vamos a bajar en mucho tiempo. La apuesta está más que ganada.

Ambos rieron.

—Supongo que será cuestión de hablarlo con el director. Estoy seguro de que estará dispuesto a hacer una excepción.

—No nos habéis contado la conversación con el director —demandé cuando los chicos nos hicieron entrega de los arcos para nuestro segundo tiro. Por supuesto, apuntando de nuevo a Ataúlfo.

—¿Quieres decirle a tu chica que apunte a otro lado? —se quejó.

—¡No le hables así a mi amiga! —le riñó Iris, girándose para dirigir su flecha hacia los pies de Filomeno.

—Luego os lo contamos —respondió apartándose cual bailarina—. Haced el favor de centraros en el tiro, ¿vale?

Iris y yo nos miramos para darnos la señal. Con los chicos observándonos, tensamos la cuerda, apuntamos, y disparamos al unísono.

—¿Le he dado a la diana? —pregunté haciéndome la tonta.

Aunque para tontos ellos por la cara que pusieron. Habíamos dado de lleno en el centro de la diana, obteniendo así la mayor puntuación.

—La suerte del principiante —soltó mi chico, enojado.

El tercer tiro cerraba la competición, que acabó con un claro marcador a nuestro favor. El monitor nos anunció que habíamos quedado las primeras, y que a la hora de la cena nos entregarían un diploma. Los chicos quedaron segundos, y el resto de huéspedes que participaron en los siguientes puestos. Todo el mundo nos felicitó, excepto ellos, que seguían lamiéndose las heridas de su lastimado orgullo.

La última actividad era el ajedrez gigante. El damero estaba compuesto por baldosas de cerámica de colores blanco y negro, y cada uno de nosotros debíamos subirnos a él para mover las figuras. Estas eran tan grandes que me llegaban a la altura de la cintura. Bueno, a mí, porque a Iris le llegaban por el pecho y a mi chico por la entrepierna. Por suerte no pesaban mucho, eran huecas y estaban hechas de un material plástico duro.

—¡El campeonato consta de tres partidas! —nos anunció el monitor—. ¡El ganador será el que gane dos de tres!

Los cuatro asentimos desde nuestros respectivos dameros. Iris y su chico escogieron el de la izquierda, y nosotros el de la derecha.

—Habrá que inventarse un tercer juego para desempatar —le coment  de modo jocosamente Filomeno a su amigo, creyéndose vencedores.

—Me has leído el pensamiento —se burl  este.

«Por suerte no pod is leernos el nuestro», pens  dedicándole a Iris una mirada de complicidad.

— Qui n de vosotros llevará las blancas? —nos pregunt  el monitor.

— Nosotras! —respondí alzando la mano—. Por haber ganado en el juego anterior —aclar  ante la inquietante mirada que me ech  Filomeno.

A juzgar por la forma en que lo hizo, supe que mi comentario no fue de su agrado, cosa que me pas  por el arco del triunfo, pues aquello no era nada con lo que le esperaba.

—Déjalas, t o —apunt  el canoso—. Que no se diga que no somos unos caballeros.

—Está bien. Las blancas para las señoritas —claudicó mi chulito particular, colocándose junto a la reina negra.

Todo mi interior lo celebraba en silencio.

Tal y como habíamos hecho en el tiro con arco, en la primera partida dejamos que creyeran que no sabíamos jugar. Fue bochornoso escuchar sus mofas y sus planes acerca del tercer juego que debíamos disputarnos para desempatar, y del que saldría un único vencedor. Tuve que morderme la lengua en más de una ocasión, aunque el fin merecía la pena el sacrificio.

— No puedes mover las figuras como te venga en gana! —me ri o Filomeno en el instante en que mov  el caballo como si fuese la torre.

— Por qué no?

—Porque el caballo se mueve haciendo una ele.

— Qu  tontería! Los caballos galopan en línea recta de toda la vida.

El monitor y el resto de huéspedes que aguardaban para jugar tras nosotros se echaron a reír al escucharme. Me lo estaba pasando bomba.

—Alfil, Efe Seis —anunci  para mover mi figura.

—Reina, De Cuatro.  Jaque mate! —anunci  mi chico de modo triunfal.

«S , s , aprovecha que verás tú lo que te va a durar», me dije para mis adentros.

Mientras pensaba en la cara que pondría al terminar, Giménez anunci  su victoria frente a Iris. El monitor anunci  el 1-0 a favor de los chicos y ambos lo celebraron con gestos y vocer os t picos en los hombres. Estaban pletóricos ante nuestra fingida molestia.

— Vamos a por ellos? —le pregunt  con la mirada a Iris.

—Vamos —respondí de igual modo.

—Enhorabuena —le felicite a mi contrincante al recolocar las figuras en su

sitio para ver cómo su ego se inflaba como el de un pavo cuando abre sus plumas.

—Muchas gracias, *morena*. ¿Preparada para quedarte encerrada?

—Eso aún está por ver, *moreno*.

—¡Cuando queráis! —anunció el monitor, dando por comenzada la segunda partida.

—E Cuatro —advertí moviendo mi peón.

—Me alegra verte positiva, chata, porque lo vas a necesitar. Efe Cinco.

Tras mover su peón, llegaba de nuevo mi turno.

—Tal vez el que necesite de ese positivismo seas tú, chato. Peón, Efe Cinco. ¡Ups, una ficha menos! —me burlé al matarle su peón.

Por el rabillo del ojo vi cómo me miraba mientras retiraba su figura del tablero. Ya le había comido una, y acabábamos de empezar.

—Peón, Ge Cinco —anunció moviendo su figura junto a la mía, colocándose a mi lado.

Ya no estaba tan risueño. Su mirada ahora era retadora, traviesa, lo que me provocó una doble excitación: la primera por estar burlándome de él sin que se diese cuenta, y la segunda, porque cada vez que me miraba de ese modo, mi entrepierna se sacudía inquieta y ávida de él.

—Hola, *moreno* —susurré picarona.

Estaba a escasos centímetros de mí, lo que nos aportaba intimidación pese a que decenas de ojos nos observaban.

—Hola, *morena*. ¿Preparada para pasar un fin de semana de lujuria y desenfreno?

—Me encantaría. Aunque me da que tendrá que ser solo parte de un sueño. Reina, Hache Cinco. Jaque mate, *moreno*.

Creo que jamás olvidaré la cara que puso. Lo derroté con tan solo tres movimientos. La partida fue tan magistral que hasta me gané los aplausos de los allí presentes, incluido el monitor. Aquello acabó por rematarlo, y donde había buen rollo y mofa, ahora solo quedaba rabia, aumentada en cuanto Iris anunció su «jaque mate» a su chico.

—Tío, nos la han colado, lo sabes, ¿no? —le preguntó Ataúlfo.

Pero Filomeno se negó a contestar. Estaba furioso como nunca, y no solo por saberse engañado, sino porque era consciente de que aquello conllevaba no poder tocarme en todo el fin de semana.

—¡En la última partida se decide todo! ¡A por el desempate! —comunicó el monitor.

Cuanto más enojado se ponía mi chico, más disfrutaba yo. Los dos sabíamos que aquello era más que una competición. Era su orgullo y su título de macho

alfa lo que estaba en juego, y no un simple diploma al acabar el día.

—¡Sal! —bramó sin esconder la rabia que sentía.

—¡Y azúcar! —grité viniéndome arriba.

No podía evitarlo, a más cabreo, mayor jolgorio.

—De Tres —anuncié moviendo mi peón.

—¿Te lo pasas bien, *morena*?

—¡Ni te imaginas, *moreno*! Gracias por preguntar —respondí con una sonrisa de oreja a oreja.

—Eres consciente de que tú también saldrás perdiendo por vuestra estúpida apuesta, ¿verdad?

La idea le cabreaba tanto que ni siquiera miró las figuras pese a que era su turno.

—Eso ya lo veremos, *moreno*. Por cierto, te recuerdo que hay gente esperando. Si ves que tal, le vas dando un poco de brío al asunto.

Las mujeres que aguardaban junto al monitor para jugar tras nosotros, no dejaban de reír. Sin quererlo, habíamos convertido nuestra partida en todo un espectáculo de guerra de sexos.

—Efe Seis —bramó sin dejar de mirarme.

Tal vez pensó que su enojo iba a doblegarme.

—Peón, E Cuatro —anuncié feliz viendo que había caído en la trampa de nuevo. A esas alturas ya me había dejado claro que su enfado lo había convertido en su debilidad.

—Pediremos entonces un parchís para que las señoritas se entretengan durante el resto del tiempo que estemos alojados —masculló—. Ge Cinco.

—¡Me encanta el parchís! ¿Y a ti, Iris?

—¡También, también! —me contestó desde su tablero, igual de divertida que lo estaba yo.

—Aunque aún hay algo que me gusta más —anuncié volviéndome a él de nuevo.

—¿El qué? ¿La oca? —cuestionó con tono sarcástico, tan enfadado que lo creí capaz de abandonar la partida a medio.

—Ganarte, *moreno*. Reina, Hache Cinco. Jaque mate... de nuevo.

Todo el mundo rompió en aplausos, que aumentaron en cuanto Iris anunció su segundo triunfo frente a su chico. Ninguna de las dos podíamos dejar de sonreír. Estábamos pletóricas, sobre todo al ver la cara de ellos. Pero de pronto, ellos se hablaron con la mirada y, antes de que nos diese tiempo a nada, nos cogieron de las piernas y nos subieron al hombro.

—¡Campeonas, campeonas, oé, oé, oé! —grité a pleno pulmón.

Iris se sumó a mí, y al pasar junto al monitor y el resto de huéspedes, las

risas y los vítores eran unánimes.

—Si crees que voy a permitir que vuelvas a reírte de mí, es que no me conoces —gruñó don «capullo» mientras anduvo con paso firme hacia el interior del hotel.

—¡Plazas, choca esos cinco! —me gritó Iris desde el hombro de su chico.

Pero el mío aceleró el paso para que no pudiéramos hacerlo. Comencé a reírme a carcajada limpia, lo que me duró incluso hasta llegar al vestíbulo. El recepcionista y todos los que estaban allí nos miraron atónitos sin entender nada.

—¡A las buenas tardes! —saludé al pasar por su lado.

Iris se descojonaba, y yo con ella. Los chicos, en cambio, siguieron con paso firme dando enormes zancadas, hasta que, por fin, decidieron soltarnos en la puerta del restaurante.

—¡Ha sido genial! —gritó mi mejor amiga sin poder parar de reír.

—Yo no le veo la gracia —se quejó su chico.

—Pues yo sí —la defendí carcajeándome con ella.

Nuestras risas seguían cuando, sin previo aviso, Filomeno me cogió de una mano para acercarme de forma ruda a él.

—¡Se acabó! Ya os habéis burlado bastante —masculló con sobrado convencimiento mirándonos a ambas—. Soy hombre de palabra...

—¡Somos! —le interrumpió su amigo.

—Somos —aclaró—. Pero no vamos a aceptar vuestra estúpida apuesta. Así que más os vale coger fuerzas en la comida —anunció antes de adentrarnos en el restaurante—, porque os aseguro que a la hora de la siesta... vais a reír menos.

Capítulo 9

ELLOS

¿Quién nos mandaría a hacer apuestas?

La comida resultó un tanto rocambolesca. Ana e Iris no dejaron de burlarse de lo que les hicieron a los chicos. Demostrarles que la irrefutable masculinidad de estos quedaba en entredicho fue una de las dos mayores satisfacciones que las chicas se permitieron. La otra era ver cómo se tomaban el haber perdido la apuesta... y lo que ello conllevaba.

—No pienso cumplir esa estúpida apuesta —repitió Filomeno, harto de la chanza que mantuvieron durante toda la velada.

Ya habían pedido la cuenta; deseaban salir de allí lo antes posible. Las llevarían a rastras de ser necesario llegado el momento. Ninguno de los dos iba a cumplir con el acuerdo, no cuando la idea de pasar allí juntos el fin de semana había sido de ellos. No fue fácil encontrar aquel hotel, y aunque su bolsillo se iba a ver mermado en demasía por aquel capricho, merecía la pena, siempre y cuando todo lo planificado pudiese llevarse a cabo.

No fue necesario que los dos hombres hablasen sobre el tema. Ambos estaban de acuerdo en quebrantar e incumplir el desafío. Ataúlfo era el que peor lo llevaba de los dos. Pese a que supo mantener la compostura durante el almuerzo, no dejó de resoplar. Estaba tan cabreado solo de pensar que no iba a poder tocar a su chica, que apenas probó bocado. Intentó de todas las formas posibles convencerlas de desistir, de hacerlas entender que la apuesta había sido un error y de que sus consecuencias acabarían perjudicando a ambas partes. No sirvió de nada. Ellas siguieron adelante con su plan de hacerlos sufrir por el atrevido despotismo que mostraron en el despacho del director del hotel.

—¿Qué fue lo que hablasteis con él? —les demandó Ana.

Ataúlfo estaba enfadado, tanto que prefirió cederle la palabra a su amigo.

—Le pedimos que nos explicase el motivo de la voz que escuchaste.

—¿Y qué os dijo?

—Nadie ha muerto en el hotel en los diez años que lleva abierto, si es lo que te preocupa.

—Es un alivio. Aunque sigo en mis trece. Sé lo que oí, y me da igual que nadie quiera creerme.

—¿Y qué más? —inquirió Iris.

—¿Qué más quieres saber?

—¿La verdad, por ejemplo? Me gustaría saber por qué entrasteis de aquella forma.

La conversación se detuvo cuando el camarero les hizo entrega de la cuenta, que Ataúlfo se encargó de pagar.

—Vámonos y luego te lo cuento.

—Queremos saberlo ahora —insistió Ana.

—Luego, *morena*. Ahora tú y yo nos vamos al apartamento, que tenemos muchas cosas que... *hablar*.

Los cuatro sabían el verdadero significado que escondía aquella última palabra.

—¡De eso nada, *moreno*! Lo que tengas que hablar, lo dices delante de todos. Además, te recuerdo que una apuesta es una apuesta, y no pienso cambiar de opinión. Nada de tocarme, ¿o lo has olvidado? —cuestionó picarona para provocarlo aún más.

Aquello no hizo más que aumentar su furia y el incontenible deseo que sentía por ella. El impedimento era precisamente lo que más le cabreaba..., y lo que más le excitaba. De vivir en otra época o en una era mucho más arcaica, la hubiese cogido del pelo y arrastrado hasta dejarla sobre la cama, que era el único lugar donde quería estar con ella. Pero estaba en pleno Siglo XXI, y tenía que conformarse con tragarse su más preciado tesoro: su orgullo, ese ente intocable al que Muñoz protegía a toda costa y por encima de todas las cosas. ¿Cómo se había atrevido a vulnerarlo? ¿Cómo había osado a burlarse de él de aquel modo? Y, sobre todo, ¿cómo diablos iba a pasar con ella todo un fin de semana sin tocarla, cuando hasta el último rincón de su cuerpo se moría por hacerlo?

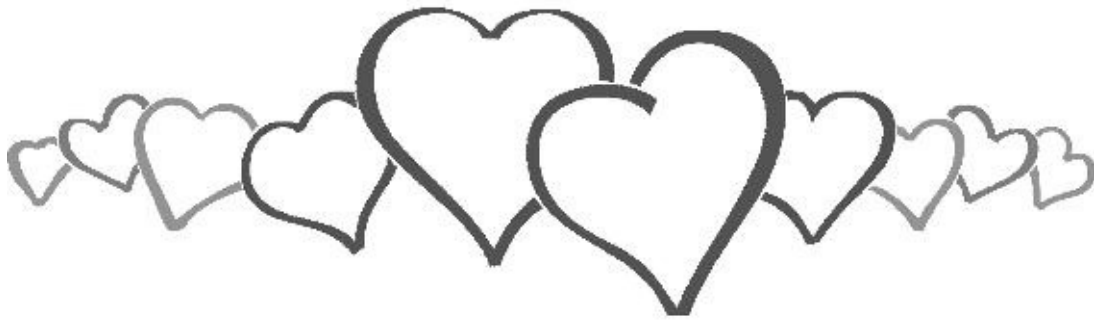
Recordó entonces el momento en que se la echó al hombro y la trajo hacia el restaurante, y el modo en que ella se burló al pasar por recepción. Que todo el mundo los mirase a Muñoz no le importó; nadie en realidad que no fuese ella le importaba lo más mínimo. Lo que sí le interesó fueron las irrefrenables ganas que le entraron por darle un buen azote en el culo. Se lo había ganado a pulso, y la postura en la que la llevaba lo propiciaba. Pudo sentir, incluso, cómo las palmas de las manos le picaron bajo la piel pues, al igual que él, se morían por estamparse contra aquel redondo y respingón trasero. Un trasero que tantas veces había contemplado, y que, en su mente, y solo en ella, se había recreado azotándolo, y no precisamente como consecuencia o fruto de un castigo o sanción.

Muñoz se obligó a apartar aquel pensamiento, pues corría el riesgo de que su entrepierna acabase jugándole una mala pasada. Y es que cualquier mínimo contacto con ella era más que suficiente para despertar la bestia que llevaba

dentro, una bestia que había sufrido un aplacamiento tras una absurda apuesta, y que bajo ningún concepto estaba dispuesto a abandonar. Tal vez su honestidad quedase dañada tras saberse que no iba a aceptar una derrota, algo que jamás hubiese permitido en cualquier otra situación. Pero se trataba de Ana, la mujer que, en apenas unos días, había irrumpido en su vida con fuerza para romperle todos los esquemas, y que bien merecía aquel sacrificio, tanto como ambos se habían ganado el estar juntos. Iba a hacerla suya costase lo que costase, y no pararía hasta conseguirlo.

—Necesito una copa —soltó de pronto antes de levantarse y marcharse del restaurante.

Los demás se miraron, y sin necesidad de decirse lo más mínimo, salieron tras su amigo.



Los cuatro acordaron continuar la velada en la intimidad, y tras pasar por el pequeño supermercado de la planta baja del hotel para comprar algo de bebida, se dirigieron al apartamento de Iris y Ataúlfo. Ana se negó en rotundo a ir al suyo. No solo por el fantasma, sino porque aún quedaban muchas incógnitas por resolver, que ella y su amiga habían acordado en averiguar.

—¿Vais a decírnos ya qué fue lo que os llevó a entrar de aquel modo en el despacho del director? —preguntó Iris al cabo de un rato.

El ambiente ya era lo suficientemente íntimo para entrar en vereda. Ella y Ataúlfo estaban abrazados sobre el sofá con sendas copas en las manos. Ana, en cambio, prefirió sentarse sobre un cojín, a los pies de Filomeno, que ocupaba una de las dos butacas.

—¿Por qué queréis saberlo? —cuestionó Giménez.

—Porque nos lo debéis, chato —respondió ella poniéndole ojitos.

—Está bien —abogó tras mirar a su compañero—. A ver, ¿por dónde empiezo? Muñoz y yo estábamos en la barra del restaurante y al ver que tardabais en llegar, salimos a vuestro encuentro —Ataúlfo no dejaba de acariciarle el brazo a Iris mientras hablaba—. No teníais la llave, así que supusimos que fuisteis a recepción a pedir una copia. La sorpresa llegó cuando el recepcionista nos soltó a bocajarro que el director os había llevado a su despacho porque iba a denunciaros ante la policía por amenaza.

—Menudo susto os llevaríais.

—Lo cierto es que sí.

—Y tú, *moreno*, ¿también te asustaste? —quiso saber Ana.

—No —gruñó. Aún seguía molesto por tener que estar allí con sus amigos y no en su apartamento, a solas con ella, que era donde quería estar.

—¡No me lo creo! —saltó Iris en defensa de su amiga.

—Tío, dile la verdad —le animó Giménez.

—¿Y qué más da? —masculló sin la menor intención de continuar la conversación—. Dejadlo ya. Lo importante es que no se saliese con la suya.

—¿Dejarlo? Si acabamos de empezar —advirtió Ana. Pese a ver lo molesto que estaba su chico, le enorgullecía saber que se había preocupado por ella.

—¿Podemos cambiar de tema?

—Me parece bien. Creo que ha llegado el momento de saldar deudas.

—Ya te dije al llegar que te olvidaras de ese asunto. Ya habrá tiempo de hacerlo.

—No me refiero a la deuda económica —aclaró Ana.

—¿Entonces a cuál? —inquirió Ataúlfo.

—Ana tiene razón. Es algo que nos debéis desde hace días.

La complicidad que había entre ambas amigas era indiscutible.

—¿Tú sabes de qué va esto? —le preguntó Giménez a su amigo.

—No tengo ni idea, tío.

—Nosotras os lo aclararemos —anunció Ana incorporándose para mirarlos a ambos—. Cierta noche acordamos algo que vosotros incumplisteis. Creemos que ha llegado el momento de que saldéis esa deuda pendiente.

—Si es lo que creo que es... olvídalo —gruñó Muñoz clavando sus ojos en los de ella.

—¿Alguien sería tan amable de ponerme al corriente? —saltó Ataúlfo. El pobre no lograba enterarse de nada, y no quería que lo dejaran fuera de la partida.

—Yo lo haré, *canosito* mío —susurró Iris—. Tenéis que besaros.

—¿Quiénes? ¿Nosotros? —Aquello pilló a su chico por sorpresa.

—No les hagás caso —le advirtió su amigo.

—¿Acaso ninguno de los dos está dispuesto a defender la honestidad que, se supone, tenéis? —Ana sí estaba dispuesta a dar en la diana y a lo que hiciese falta para salirse con la suya.

—¿Te parece poca honestidad estar aquí los cuatro perdiendo el tiempo en lugar de estar en nuestro apartamento?

Muñoz no quiso esconder la rabia que le carcomía por dentro. Ya había tenido suficiente con la humillación de las actividades del hotel como para ahora dejarse denigrar por un maldito acuerdo que, según él, solo pertenecía al pasado.

—Nadie te obliga a quedarte, chato —anunció ella a sabiendas de que no iba a irse a ninguna parte. Al menos no sin ella—. Y te recuerdo —añadió—, que el estar aquí es fruto de que os hayamos ganado una apuesta.

—Deshonestamente —bufó.

—Limpiamente, y lo sabes —le aclaró—. Y déjate de charlas, que Iris y yo queremos ver de qué pasta estáis hechos.

—Tío, tienen razón —intervino su mejor amigo—. Se lo debemos.

—¡No me lo puedo creer! ¿Tú también?

Muñoz ya no sabía qué decir para defenderse. Que su amigo estuviese colado por Iris era más que evidente y no iba a ser él quien lo pusiese en duda. Pero de ahí a tener que demostrar su hombría precisamente perdiéndola, iba un trecho, y no pequeño.

—Venga, tío, que no beso tan mal —se mofó Ataúlfo, dejándose llevar por el buen rollo de las chicas.

—¡Doy fe de ello! —lo alabó Iris de forma jocosa alzando su copa.

—Se os ha ido la pinza.

—La pinza no se ha ido a ninguna parte —le confirmó Ana—. Nos lo debéis. Y no está bien que dos señoritas duden de vuestra palabra —lo provocó alzando las cejas.

—No pienso hacerlo.

—¿Qué pasa, *moreno*? ¿Acaso tienes miedo?

—Sabes que no; ya lo hablamos en su momento —masculló entre dientes.

—¿Miedo de qué? —cuestionó Ataúlfo que volvió a sentirse fuera de juego.

—De que le guste —le aclaró Ana.

Los tres rieron, lo que logró enfurecer aún más a Filomeno. Aquella mujer sabía cómo provocarlo y enervarlo como ninguna otra. Era toda una experta, para desgracia y fortuna suyas. De nuevo deseó cogerla, esta vez echándosela al hombro, para alejarla de aquel grupo que empezaba a asemejarse a una secta. ¿Cómo podía siquiera pensar que aquello podía gustarle, cuando él lo único que quería era tenerla bajo su cuerpo? Si ella quería conocer su hombría tan solo debía concederle la oportunidad de demostrárselo. Él sabía bien cómo hacerlo, y

no era precisamente haciendo el tonto con su mejor amigo, alias «estoy tan enchochado que no veo la realidad».

—Con una condición —anunció con rotundidad y una desmesurada seguridad en sí mismo.

—¿Cuál?

—Que levantéis el toque de queda y anuléis la apuesta para que tú me dejes demostrarte de lo que soy capaz y lo que me gusta realmente.

El corazón de Ana comenzó a latir con fuerza tras aquella confesión. No podía creer que estuviese declarándose de aquel modo tan inquisitivo, tan varonil, tan... ÉL. Ella sabía que la apuesta iba a quedar anulada, ese fue el acuerdo al que llegó con Iris. Y su satisfacción se extralimitó en cuanto Filomeno pronunció aquellas palabras. Era la confirmación de lo que en su interior ella ya sabía, y supo que había llegado el momento de concederse la licencia de vivirlo.

—Trato hecho, *moreno*.

Esas fueron sus últimas palabras antes de que Muñoz se levantase de la butaca y se dirigiera hasta su mejor amigo para saldar su deuda. Jamás antes se había visto en una situación así. Pero solo Ana era merecedora de aquel padecimiento.

—Levanta —gruñó haciéndole el gesto con la mano.

—Sé más romántico porque así no me conquistas —se burló Ataúlfo, provocando las risas de las chicas.

—¿Quieres dejarte de gilipolleces? Levanta y acabemos con esto cuanto antes.

—Pídemelo por favor.

—Giménez, ¡o levantas ese culo de ahí o...!

No le dejó acabar la frase. Su compañero dejó su copa sobre la mesita y se plantó ante él. Muñoz se estaba enfureciendo demasiado y corría peligro el acuerdo con las chicas, algo que no podían permitirse ninguno de los dos.

—Adelante, cuando queráis —les animó Iris, juguetona. Ella y su mejor amiga no perdían detalle. De haber cobrado entrada para verlos, la hubiesen pagado con gusto.

—Empieza tú —refunfuñó Muñoz.

—¿Yo? Tú has venido a por mí. Te toca llevar la voz cantante.

Las risitas que se oían de fondo consiguieron enfadar aún más al más alto de los dos.

—Esto es absurdo —se quejó.

—Calla, y vamos al lío.

—Cierra los ojos, al menos —protestó.

—¡No, gracias! Prefiero verte venir, no vaya a ser que...

Filomeno no le dejó acabar la frase. Aquello debía hacerse como arrancar una tirita: cuanto más rápido, mejor. Lejos de parecerse a aquel primer encuentro en el hostel con las chicas, aquel beso resultó de lo más extraño. No era ni lo más remotamente cercano a besar a una mujer. Giménez pinchaba.

—Te podías haber afeitado, al menos —apuntó separándose.

—Quién vino a hablar —se defendió la pareja de Iris. Ella y su amiga no podían parar de reír.

—Bueno, ya está —anunció Filomeno.

—De eso nada. Demasiado corto. El nuestro duró mucho más, así que seguid —les animó Ana.

Muñoz resopló. Volvió a resoplar. Y para rematar, bufó antes de volver a juntar sus labios con los de su compañero.

—¿Qué haces? —refunfuñó volviendo a apartarse para limpiarse la boca con la mano—. ¿Me acabas de sacar la lengua? ¿Se te ha ido la olla, tío?

—Debíamos hacerlo como ellas —respondió Giménez uniéndose a las carcajadas de estas.

Muñoz no pudo soportarlo más. Aquello era más que suficiente para saldar la deuda. Así pues, sin la mínima intención de seguir escuchando más risas a su costa, se volvió con paso firme hasta Ana y, esta vez sí, la levantó del suelo y se la echó al hombro tal y como había imaginado minutos antes. No se molestó ni siquiera en despedirse. Ya habría tiempo para el protocolo y la cortesía. En su mente solo había un pensamiento: borrar para siempre lo que acababa de ocurrir, y demostrarle a su chica que él era un hombre de los pies a la cabeza. Por fin había llegado el momento de hacerla suya, y ninguna estúpida apuesta ni deuda pendiente iban a impedirselo.



Capítulo 10

GIMÉNEZ

Por fin solos

En cuanto Muñoz salió por la puerta llevándose a Ana consigo, Giménez volvió a sentarse junto a Iris. Por fin el veto se había levantado y podía dar rienda suelta a lo que tanto ansiaba. Se quedó mirándola durante un instante, y fue entonces cuando se dio cuenta de lo mucho que la había echado de menos. Era la primera vez que se quedaban a solas desde su última noche en el hostel. Ardía en deseos por volver a tocarla, sentirla y hacerle el amor como sabía que a ella le gustaba. Adoraba su cuerpo y todo lo que tuviese que ver con ella. Iris ya formaba parte de su vida, y no había nada ni nadie en el mundo que pudiese cambiar eso.

Sus manos se apresuraron a acariciar su cuello mientras sus labios buscaron con anhelo los de ella. Besarla era la mejor recompensa del día. Demasiadas horas deseándolo. Pero pronto Giménez se percató de que algo no iba bien. Iris no parecía estar receptiva, no como siempre había estado, lo que acabó llamando su atención.

—¿Qué ocurre? —le demandó al notar lo distante que le resultó aquel beso.

—¿Cómo sabes que me pasa algo? —Estaba tan sorprendida que su tono de voz sonó más agudo de lo normal.

—Te conozco.

Iris frunció el ceño a modo de pregunta.

—Ya sé lo que estás pensando. No hace mucho que nos conocemos, soy consciente de ello. Pero para mí el tiempo es relativo, sobre todo cuando siento que te conozco desde hace años. No sé cómo explicarlo. A mí mismo me sorprende aún.

—Eso es muy bonito.

—Es la verdad.

—Aunque no responde a mi pregunta —insistió.

Giménez dejó salir una bocanada de aire antes de continuar.

—Por tu forma de besar —aclaró—. No era dulce ni cálida.

—¿Mis besos son así? —Esta vez sí que la dejó de pasta de boniato. Se sentía asombrada y complacida a partes iguales.

Él asintió.

—Son como tú —susurró sin dejar de mirarla. Estaba loco por ella. Tanto, que no veía la hora de poder demostrárselo.

—Vaya, eso sí que no me lo esperaba. No dejas de ser una caja de sorpresas.

—¿Por qué tengo la sensación de que esa última frase no ha sido un halago?

Iris guardó silencio mientras que Ataúlfo, inquieto y expectante, la observó dejar su copa sobre la mesa, junto a la que él había dejado antes.

—Tenemos que hablar —anunció ella volviéndose hacia él con el semblante serio.

—Lo que yo decía. Esa frase no suele presagiar nada bueno —musitó con el corazón acelerado. Iris era única agitando sus latidos, y no en un solo sentido.

—Desde que nos vimos en el mirador no hemos tenido tiempo de hablar —comenzó dispuesta a soltar lo que tanto le intranquilizaba.

—Te escucho. Di lo que tengas que decirme.

Él quería demostrarle que sus sentimientos hacia ella eran ciertos, y que, si debía aguantar «la charla» para que ella estuviese cómoda, estaba dispuesto a aceptar lo que le viniese.

—Tras salir del despacho del director, Ana y yo acordamos preguntaros una cosa más antes de levantaros el castigo.

—¿Lo habéis catalogado como tal?

—¿Acaso no lo es?

—Tienes razón. Es que estoy nervioso —confesó—. Sigue, por favor.

Iris corroboró con aquella actitud lo que ya sabía. Sus sentimientos hacia su chico eran recíprocos, aunque debía sincerarse con él para su propia tranquilidad. Necesitaba decirle la verdad y, sobre todo, escucharla de sus propios labios.

—Nos ha faltado aclarar lo de los apellidos que disteis en la tienda —reveló con cierto temor.

En esta ocasión fue Giménez quien se tomó su tiempo en contestar. Sabía que aquel tema acabaría saliendo a la luz tarde o temprano. Él mismo le prometió confesarle toda la verdad llegado el momento. Un momento que debía atrasarse aún más si no quería tener problemas.

—Iris, ya te dije que es parte de mi trabajo y no puedo...

—Lo sé —lo interrumpió—, créeme que lo sé. Pero entiende lo difícil que es para mí el desearte y temerte al mismo tiempo.

—¿Temerme? ¿Por qué habrías de hacer eso?

De todos los sentimientos posibles, aquel era el último que Giménez quería despertar en ella.

—Por desconfianza —le aclaró ella. Se debía a sí misma el ser totalmente sincera—. Reconoce que no me lo estás poniendo fácil.

—Soy consciente de ello a cada segundo —espetó—. Pero creí que ya lo habíamos hablado.

—Sí. Pero se trata de Ana. No estoy siendo franca con ella; al menos no del todo. Y es una losa que llevo sobre mí, y que pesa demasiado. No imaginas lo que me duele mentirle. Es mi mejor amiga. Pude convencerla para que fuese ella quien os hiciese la pregunta al subir al apartamento y no yo. Aunque lo de vuestro beso ha salido antes y... aún queda pendiente.

—En realidad no le estás mintiendo.

—¿Qué quieres decir?

—Tú tampoco sabes el por qué utilizamos esos apellidos.

—Y no me lo vas a decir, ¿verdad?

—No puedo, ya te lo he dicho. Por favor, Iris, no insistas.

—Es que no dejo de darle vueltas al por qué necesitasteis dar datos falsos. Se me ocurren varios motivos y ninguno de ellos me tranquiliza.

Giménez se debatía entre lo que debía y quería hacer. Iris lo estaba acorralando. Entendía a la perfección todo lo que ella pudiese estar pensando, pero debía guardar silencio para poder proteger su trabajo y, sobre todo, protegerla a ella.

—No tiene nada que ver con vosotras. Por eso mismo no puedo decírtelo. Es mejor así —remató molesto levantándose del sofá.

Necesitaba respirar aire puro, el del apartamento empezaba a ser demasiado pesado. Abrió el balcón e inspiró todo lo que sus pulmones pudieron acoger. Aquella situación le dolía a él más que a ella. Para Iris se trataba de un secreto, un misterio que quedaba postergado para cuando llegase el momento. Para él, en cambio, resultaba un castigo, una tortura a la que se veía obligado a rendirse para salvaguardarla a ella.

Él solo debía llegar al pueblo, hacer su trabajo y largarse por donde había venido. Pero el destino le tenía guardada una insólita jugada... Iris. Nadie le advirtió que acabaría cruzándose en su camino, y aún menos que acabaría enamorándose de ella como lo hizo. Nada de eso entraba en sus planes. No cuando había tanto en juego y tanto dinero de por medio. Giménez no podía

apartar de su mente el sentimiento de culpabilidad que aquello le ocasionaba. Ocultarle la verdad era lo de menos cuando era la vida de ella la que podía verse perjudicada o mermada. Él solo quería protegerla, pues ella y su amiga podrían acabar viéndose involucradas, y estaba dispuesto a cualquier cosa para evitarlo. Aunque, muy a su pesar, ello conllevase la desconfianza por parte de ella y que, sobre él, se sembrase la duda.

—Solo intento protegerte —balbuceó con la vista perdida en el bosque que había tras el verde valle.

Iris se incorporó, y en absoluto silencio llegó hasta él. Tenía el corazón en un puño, y no pudo evitar sentirse en cierto modo culpable. Si lo que acababa de confesarle Ataúlfo era cierto, su amor por ella era aún más fuerte de lo que había imaginado. Tan solo era cuestión de tiempo conocer la verdad. Él le dio su palabra y no había motivos para la desconfianza. Ella, en cambio, era la única en faltar a la promesa.

—No volveré a insistir —susurró agarrándolo del brazo para obligarlo a mirarla.

Ataúlfo agradeció en lo más hondo de su ser aquellas cuatro palabras. Sabía que en cierto modo estaba siendo egoísta con ella, y dio gracias porque ella supiera entenderlo. No solo aceptaba su silencio, sino que volvía a darle la tregua que tanto ansiaba. Iris era lo mejor que le había pasado en mucho tiempo, y que ella estuviese de su parte, era el mejor regalo que podía recibir.

—Eres maravillosa —musitó tomándole el rostro con las manos.

Su trabajo en Villa Pepino aún no había acabado, pero en su interior no podía dejar de dar gracias porque ella se hubiese cruzado en su camino. Tuviese el resultado que tuviese lo que su jefe les encomendó a él y a su mejor amigo, al menos volvería a casa con la mejor de las sensaciones posibles: el respeto y el amor de Iris.

Sin tener la intención de perder un solo segundo más sin poseerla, se abalanzó sobre ella y comenzó a besarla como nunca antes había hecho. Deseaba con todas sus fuerzas demostrarle cuánto la amaba, y por fin tenía su consentimiento, algo que supo en cuanto sus labios rozaron los de ella. Iris se entregó a aquel beso con la misma fuerza arrolladora de sus sentimientos. Lo ansiaba tanto como él a ella, y no dudó en hacérselo saber. Lo abrazó por la nuca y lo asió para sí. El alma de Ataúlfo sonrió como la de un chiquillo. Ella era su mayor triunfo, y no iba a parar de demostrárselo hasta agotar sus fuerzas.

Sin dejar de besarla, la cogió por la cintura y la izó hasta llevarla al dormitorio. El momento de hacerla suya había llegado. Junto a la cama, comenzó a desnudarla con delicadeza, como si temiese romperla. Los rayos de sol penetraban en el cuarto iluminando el lado derecho de su cuerpo, dotándolo

de un mágico color dorado. Ella era su mayor tesoro, no cabía la menor duda.

—Eres preciosa —susurró sin poder apartar la vista de su cuerpo a la luz del día—. Gracias por formar parte de mi vida.

Aquello atravesó el corazón de Iris. Era ella quien se sentía agradecida por ello. Le había concedido la ocasión de superar el pasado y la oportunidad de mostrarle un futuro en el que había guardado todas sus esperanzas.

—Dámelas como solo tú sabes hacerlo —musitó ella haciéndole ver que lo deseaba tanto como él.

Giménez se abalanzó sobre ella, y a partir de ese instante sus almas se unieron para formar una sola. Sus cuerpos se fundieron como nunca antes, y durante toda la tarde hicieron el amor con la promesa de amarse... para siempre.



Capítulo 11

MUÑOZ

¡Gracias, Don Pepino!

Muñoz no sabía en qué demonios había estado pensando para aceptar aquel ridículo trato. Acababa de tirar treinta y tres años de hombría por la borda de un solo plumazo. Y todo por una estúpida apuesta. Nadie se había mofado de él de aquel modo, y aún menos se había atrevido a poner su masculinidad en duda. Debía borrar cuanto antes aquel recuerdo, del que negaría haber sido partícipe hasta la saciedad; debía demostrar lo que en verdad era, y la mejor forma que tenía para hacerlo era llevarse a Ana consigo.

Mientras abría la puerta de su apartamento con ella al hombro, pensó en las mil y una cosas que le haría. Se veía capaz de todo con tal de demostrarle quién era en realidad y de la hombría de la que siempre había hecho alarde.

—¡Al cuarto no! —gritó ella al ver que se dirigía directo hacia el dormitorio.

—¿Por qué no? —protestó deteniéndose en mitad del pasillo. Las manos le ardían anhelantes por tocarla, y no eran la única parte de su cuerpo que también comenzaba a sentir quemazón.

—Ya lo sabes, el fantasma.

—Te voy a dar yo fantasma y medio —gruñó retomando el paso. ¡Estaba él para pensar en fantasmas en ese momento!

—¡No, por favor! —insistió.

Muñoz dudó si debía o no continuar, aunque la risa de ella le dio la respuesta.

Al llegar al dormitorio, la lanzó literalmente sobre la cama. Lo hizo con la fuerza necesaria para que rebotara sobre el colchón, pero sin lastimarla o hacerle daño.

—¡Menudo taxista estás hecho! —se burló divertida—. Si todas las carreras las haces así no te vas a poder ganar la vida, te lo digo yo.

—¿Cómo me has llamado? —inquirió amenazante a los pies de la cama. Aquella actitud le hacía parecer aún más sexy de lo que ya era de por sí.

—¡Madre mía, chófer de segunda, y encima sordo! ¡Ahora sí que me ha tocado el gordo de la lotería! —se lamentó partiéndose de risa.

—Aquí el único que va a tocarte voy a ser yo, *morena* —masculló quitándose los zapatos y la camiseta.

En cuanto Ana vio lo que él le mostraba, se vio obligada a dejar de lado por un instante la mofa. Era todo un espectáculo. Todo él en realidad. Tragó saliva y se incorporó sobre el fino edredón que cubría el colchón para no perder detalle. Desde su último encuentro en el hostel no había vuelto a ver aquel torso, digno de los dioses. Pura tentación, que la incitaba a imaginar las innumerables cosas que le haría sin temor a perder la cordura. Su mente voló a kilómetros de allí, guiándola al mismísimo cielo, tal y como él le susurró en su primera cita. Si con solo aquel torso desnudo lograba hacerla volar, no quería ni imaginar de lo que sería capaz de conseguir con el resto del cuerpo. Se estremeció solo de pensarlo. Por fortuna, los tatuajes que lucía en sus corpulentos brazos estaban allí para demostrarle que no se trataba de ninguna deidad que había bajado de visita al mundo de los mortales, sino de un hombre hecho y derecho con todo lo terrenal que eso conllevaba.

—Desnúdate —le ordenó él de pronto, desabrochándose el vaquero, manteniéndole la mirada.

—Sé más romántico porque así no me conquistas —se burló repitiendo las palabras de Giménez.

Ana necesitó volver a tirar del humor para que él no notase lo nerviosa que se encontraba. A Muñoz, en cambio, su osadía le molestó. Y olvidándose del pantalón, se acercó hasta ella intimidante.

—Des-nú-da-te —repitió separando cada sílaba, bañando sus labios con su aliento—. O lo haré yo.

En sus ojos había puro fuego, toda una declaración de intenciones, a cuál de ellas más lasciva.

—No-quie-ro —le respondió de igual modo, ocultándole lo excitada que ya la tenía.

Harto de su descaró, Filomeno se sentó a su lado y, agarrándola del pelo, cubrió la distancia que había entre ambos. Su boca buscó con fuerza la de ella.

Necesitaba demostrarle cuánto la deseaba, cuánto era capaz de dar por poder disfrutar cada segundo con ella. Ana respondió a su beso con la misma pasión que él le brindaba. Su lengua buscó ávida la de él. Anhelaba su sabor, su vigor y el modo en que solo él la hacía sentir.

Recordando sus palabras, ella intentó deshacerse de la camiseta cuando, de pronto, él la agarró por los brazos y la obligó a acostarse boca abajo.

—No te haces la menor idea de cuánto te deseo —gimió en su oído tumbándose sobre ella, haciéndola partícipe de la erección que le había provocado.

Ana se estremeció al sentirlo. Podía notar la dureza sobre su trasero y cómo ésta la empujaba contra el colchón. Excitada y con la cabeza inclinada a un lado, lo buscó con la mirada. Él estaba a su espalda, y no lograba verle. Filomeno entendió su petición y, tras apartarle el pelo del rostro, la besó sin dejar de empujar con la cadera con todas sus fuerzas contra ella. Ana jadeaba con cada movimiento. Su entrepierna palpitaba con la misma potencia con la que él la retozaba. Así estuvo durante un buen rato hasta que Muñoz se inclinó y la ayudó a ponerla de rodillas. Necesitaba eliminar lo que había entre ambos. En certeros y rápidos movimientos la despojó de su camiseta y de su ropa interior. En cuanto la tuvo desnuda de cintura para arriba, la abrazó y buscó su boca de nuevo. Sin poder aguantar un segundo más, la agarró por los pechos con brusquedad, atreviéndose a rozar lo obsceno. Eran tal y como él había imaginado: firmes y apetitosamente seductores. Muñoz ardía en deseos por penetrarla, por notar su calidez.

Quiso saborearla, y comenzó llenando su cuello con un reguero de ardiente saliva sellada con besos rudos, casi insolentes. Aquello provocó en Ana su lado más erótico, atreviéndose a buscar impaciente el miembro de él con las manos. En cuanto notó su tacto, Filomeno dejó salir un hondo gemido. Sus caricias por encima del tenso pantalón lo estaban volviendo loco. Con la respiración acelerada, dejó que su aliento bañara cada beso que él iba dejándole mientras se abrazaba a ella y la empujaba con más fuerza para sentirla aún más cerca. Los jadeos de ambos llenaron la habitación. Y fue entonces cuando Muñoz se atrevió a dar el siguiente paso.

Con cuidado de no hacerle daño, pero con la brusquedad que tanto le incitaba, volvió a tumbarla boca abajo para despojarla del resto de su ropa. Ella le facilitó aquel paso izando insinuante las partes del cuerpo que él iba necesitando. Su excitación llegó a límites que nunca creyó cuando la contempló completamente desnuda. Incapaz de verbalizar todo lo que hervía en su mente, Muñoz hizo lo mismo con su ropa hasta quedar como ella. Lo hizo lo más rápido que pudo, y tras coger lo que guardaba en uno de los bolsillos de su pantalón.

—Déjame mirarte —le pidió ella volviéndose hacia él.

Muñoz asintió, y fue entonces cuando ambos se tomaron unos segundos para contemplarse. Necesitaban un momento, un instante que fuese únicamente para ellos. Allí no había lugar para las palabras. Solo sus miradas se atrevieron a comunicarse mediante susurros lo que ambos sentían el uno por el otro, mientras los rayos de sol que entraban por la ventana se asentaban sobre el excitante sudor que comenzaba a brillar sobre su piel.

—Eres preciosa —susurró con admiración impresa en la voz, sintiendo cómo su corazón se desbocaba de solo mirarla.

Los latidos de Ana se unieron a los de él cuando sus ojos se reencontraron. El cielo se quedaba pequeño con lo que él le estaba haciendo sentir.

—Te-de-se-o —susurró cogiéndolo por la nuca al ver que él no reaccionaba.

Orgulloso y agradecido porque el destino la pusiera en su camino aquella noche en la plaza principal del pueblo, y porque tuviese ante él a la mujer que más había deseado en toda su jodida vida, abrazó su rostro con las manos y volvió a besarla como nunca antes.

—¿Qué estás haciendo conmigo, Ana? —jadeó en sus labios, incapaz de contenerse.

—Nada que tú no quieras, cariño.

Aquella última palabra despertó una parte en Muñoz que creía dormida, o más bien aniquilada. Le costaba creer en el amor y en todas y cada una de sus vertientes. Odiaba todo lo que tuviese que ver con el romanticismo; él no era así. Pero en su boca adquiría un matiz distinto, uno que no había conocido antes. Si antes sabía que la deseaba, ahora era plenamente consciente de que la necesitaba.

Su beso aumentó en fuerza al darse cuenta de que lo que le unía a ella escapaba a su control. Estaba loco por ella, esa era la única y gran verdad.

—No puedo más —masculló sintiendo el dolor que le producía su erguido y reclamante miembro.

—Yo tampoco —respondió ella, abriéndole las puertas del mismísimo paraíso.

Muñoz quiso tumbarla sobre la cama cuando ella se negó girándose para quedar de nuevo de espaldas a él.

—Hora de subir al cielo, *moreno* —susurró coqueta echándose el pelo a un lado y girando la cabeza al contrario para mirarlo de soslayo.

Dejando atrás la cortesía, Muñoz se colocó el protector antes de abalanzarse y quedar tumbado sobre ella. De espaldas a él, Ana dejó que Filomeno llevase de nuevo las riendas. Le gustaba su rudeza y el sentimiento irrefrenable que provocaba en ella. Él, por su parte, supo entender su elección, y no dudó en cumplir su deseo. Mientras que sus bocas sellaban aquel implícito pacto entre

ambos, Muñoz acarició su cadera hasta llegar a la parte baja de su entrepierna. Ana izó la pelvis para darle paso. Sus ávidos dedos se abrieron camino entre sus labios hasta dar con su hinchado clítoris. Ella jadeó dejando salir su parte más deshonesto, consiguiendo que él perdiese el control.

Sin poder soportarlo un segundo más y, apoyado sobre su codo derecho, la giró hasta ponerla de costado. Apartó su pierna izquierda con la mano y la penetró con el dedo. Sin dejar de abrazarla y besarla, Muñoz acogió en su boca los gemidos que él le provocaba. Adoraba su sabor, y enloquecía cada vez que su lengua jugueteaba con la suya. Con los latidos atronándole bajo el pecho, Filomeno volvió a empujar su miembro contra su trasero, esta vez con más fuerza. Ana se estremecía con cada choque de su entrepierna y arqueó su cadera para recibirlo. Fue entonces cuando el deseo y la lujuria se apoderaron de sus cuerpos, y Muñoz la penetró. Su mano había vuelto a su pierna izquierda, a la que se agarraba para asegurarse un mayor empuje. Ana enloqueció en cuanto sintió cómo él llenaba su interior de pasión. Aquello era lo más bonito e impúdico que había vivido jamás, y deseaba con todas sus fuerzas que no acabase nunca. Los envites de él la llevaron hasta lo más alto. Sabía que era un hombre fornido, pero jamás imaginó la fuerza y el aguante que tenía. Filomeno se impregnó de ella y la atravesó una y otra vez sin descanso. El sudor lascivo bañaba sus cuerpos, que bailaron al son de sus gemidos hasta que, tras varios minutos de puro éxtasis, ambos llegaron a un devastador orgasmo.

—¡Vas a acabar conmigo! —musitó Muñoz dejando su cuerpo caer junto al de Ana con la respiración entrecortada.

—¡Espero que no! —le respondió intentando alcanzar la calma.

—Ven aquí —le pidió para abrazarla.

Ana se giró y se acurrucó a él bajo la protección de su brazo. Aún resonaban en su mente los gemidos de ambos. No podía dejar de sonreír. Los músculos de su rostro tenían vida propia, y eso la hacía aún más feliz. Con la cabeza apoyada sobre su pecho, notaba cómo esta subía y bajaba cuando él respiraba. En una de esas subidas, se reencontró con el vello que Filomeno tenía en el centro. Recordó entonces lo que imaginó el día de su primera cita a ciegas, y sin pensárselo dos veces, comenzó a acariciarlo y a enredar su dedo en él.

—He querido hacer esto desde que te vi —confesó ya más calmada.

—Suelo causar ese efecto en las mujeres.

—¡Un momento! ¿De qué estamos hablando? —preguntó incorporándose lo suficiente para mirarlo.

—No lo niegues, *morena*. Tú también te morías por acostarte conmigo.

—Para tu información, don «chulito», me refería a enredar el dedo en tu pelo.

—¿Hablas en serio? —Ella asintió—. ¿Y para qué querrías hacer eso?

—¡Cómo se nota que eres hombre!

—¡Gracias a Dios! Nunca entenderé a las mujeres.

—Ah, ¿no? Pues yo creo que las entiendes demasiado bien... cuando te interesa.

—Vas a saber de lo que soy capaz —escucharon de pronto.

Era la voz de un hombre. Se escuchó lo suficientemente cerca para entenderla y reconocerla.

—¡Es él! ¡Te lo dije! —balbuceó Ana muerta de miedo.

Muñoz no lo dudó un instante, y se levantó de un salto para ver quién era. La voz provenía de allí mismo, de dentro del apartamento, y él no iba a quedarse de brazos cruzados.

—¿A dónde vas? —le preguntó Ana nerviosa.

—Tú quédate ahí —le ordenó antes de salir disparado hacia el salón.

Ella se sentó abrazando sus piernas y lo aguardó expectante. El cuerpo le temblaba, y se asombró al ver que él no se amedrentó ni le preocupó lo más mínimo el no ir vestido.

A su vuelta, Muñoz miró en el baño, donde tampoco encontró a nadie.

—Qué raro —musitó.

—¡Es el fantasma! ¿Me crees ahora?

—Debe haber una explicación —argumentó Filomeno volviendo al cuarto de baño incapaz de aceptar su versión.

—Sí, que no es de carne y hueso, y que yo tenía razón —se quejó ella con el temor aún metido en el cuerpo.

No sabía qué le molestaba más, si, que hubiese un fantasma, o que Muñoz no confiara en ella.

—Calla —le pidió él tapándose la boca con el dedo bajo el marco de la puerta del baño.

—¿Vas a meterme todo eso? —Se escuchó desde el más allá. Esta vez la voz era femenina.

Filomeno y Ana se miraron sin dar crédito. Él le hizo una señal, y ella fue corriendo a su encuentro.

—Por ti lo que haga falta, *cari* —le respondió la misteriosa voz del hombre—. Ábrete, que tu león va a demostrarte por qué es el rey de la selva.

A la declaración animal le siguieron los gritos de ella y, tras estos, las risitas cómplices de Ana y Filomeno. El misterio quedaba resuelto: los fantasmas no eran otros que los huéspedes del apartamento contiguo divirtiéndose de lo lindo.

—¿Crees que ellos también nos habrán oído a nosotros? —quiso saber Ana cuando ambos volvieron al dormitorio tras cerrar la puerta del baño.

—Estoy seguro.

—¡Ay, Dios mío, he puesto cachondo al vecino! —soltó sin saber muy bien si gritar o romper a reír.

—¿No te van los cuartetos, *morena*? —se mofó Muñoz con su particular sonrisa de «porque yo lo valgo».

—Entérate de esto, *moreno* —le respondió ella enfrentándose a él mientras le señalaba con el dedo—. Suficiente tengo con aguantarte a ti para tener que aguantar a otros. Puedes llamarme antigua, me importa tres pepinos —«Que en paz descansa, Don Pepino», pensó—, pero soy mujer de un solo hombre, y espero lo mismo del mío. ¿Te ha quedado claro?

—Como el agua, *morena*. Y baja ese dedo, porque se me están ocurriendo muchas cosas que hacer con él.

—¿Te pone cachondo ver un dedo? ¡Pues no me quiero imaginar cómo te lo pasaste viendo E.T.!

Filomeno rompió a reír a carcajadas. No podía creer el modo en que la suerte le sonreía al tener una mujer como Ana. No solo estaba loco por ella, sino que le había robado lo que nunca imaginó: su corazón.

—Me pones cachondo tú, *morena* —anunció con voz obscena sin dejar de mirarla—. Y ven aquí, porque pienso demostrártelo hasta que no me queden fuerzas.



Capítulo 12

ELLAS

¡Quién nos lo iba a decir!

A la hora de la cena, Iris y Ataúlfo aguardaban en la mesa del restaurante a que llegasen sus amigos. La tarde había dado mucho de sí, y había llegado el momento de recuperar las energías gastadas.

—Menuda cara llevas, amiga —se mofó Iris nada más verla. Ana llevaba una sonrisa de oreja a oreja, mientras que Filomeno parecía venir de hacer la maratón de Nueva York.

—¡Ay, lo sé! Esto es mejor que cualquier crema facial de marca.

—¿Qué pasa, tío? —se saludaron los chicos.

—Me alegro por ti —comentó Iris. Ella y su amiga seguían cuchicheando mientras que los chicos ojeaban la carta del menú—. Yo estoy para el arrastre —añadió.

—¿Y eso? ¿Es que no habéis...? —Ana acabó la frase con un gesto.

—¡Todo lo contrario! No te imaginas lo que me ha costado llegar hasta aquí. Creo que tengo hasta agujetas ahí abajo.

Ana rio al imaginársela caminando con las piernas abiertas.

—¡No te rías, que duele!

—Pues si es de eso, ¡que viva el dolor!

—Oye, maja, que, si yo estoy así y tú tan fresca, ¿no será que aquí una de las dos apenas ha mojado? —cuestionó alzando las cejas.

—¿«Apenas»? No sé tú, pero a mí no me queda ningún rincón del apartamento que probar.

—¿En serio? —Ana asintió—. Ahora entiendo la cara de Filomeno —soltó antes de echarse a reír junto con ella.

—¿Podéis dejar de hablar de mí? Os estoy escuchando —bramó el referido. Estaba tan agotado que su intervención no sonó con la potencia ni la seguridad de otras veces.

—Déjalas, se lo están pasando en grande —apuntó Giménez. Para él no había nada mejor en el mundo que ver reír a su chica.

—Ahí te doy la razón. Mirado por el lado bueno, así nos dejarán respirar un rato.

—¿Perdona? —saltó Ana en cuanto lo escuchó. Su chico siempre tenía la frase adecuada para tocarle las narices.

—¿Qué? —se defendió este alzando los hombros.

—¿Cómo que «qué»? ¿Qué has querido decir con eso?

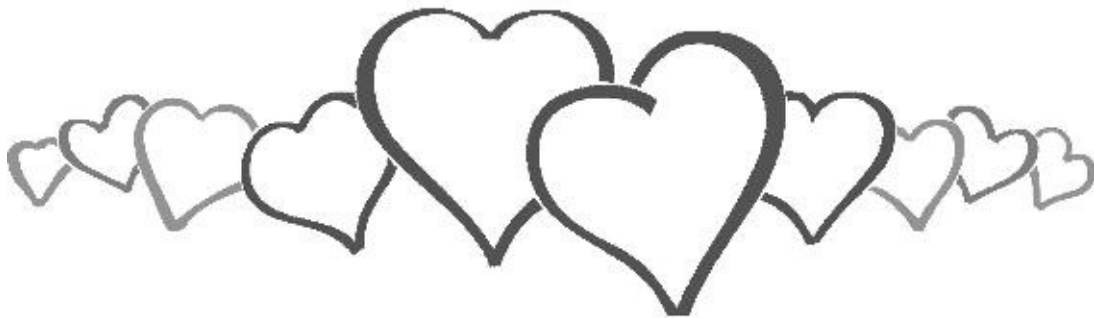
—No me mires así —se quejó—. Me duele todo, ¡joder! A este ritmo no llego al domingo.

Su comentario hizo reír a todos. Sobre todo, a Ana, que no dudó en descojonarse abiertamente. Filomeno, una vez más, volvía a tener razón. Y es que a su primer encuentro en el dormitorio del apartamento le siguieron unos cuantos más en el salón, la cocina, e incluso en el baño, pese a que este último conllevarse «entretener a los fantasmas». Muñoz hubiese aguantado cada uno de ellos como un campeón de no ser porque a media tarde Ana se empeñó en hacerlo frente a la chimenea. La temperatura había bajado y él no pudo negarse con el fin de hacer feliz a su chica. Eso fue lo que pensó, hasta que desarmó el sofá y montó una cama improvisada frente a la chimenea. Ahí se dio cuenta de que los cojines no eran tan cómodos como le parecieron en un principio y que provocaban rozaduras en las rodillas. Para ella, en cambio, hacer el amor frente

al chispeante fuego era una fantasía hecha realidad, y que fuese con él, lo convertía literalmente en un bonito sueño.

—Pues ve pidiendo la cena y repón fuerzas, *moreno* —apuntó ella risueña—, porque aún nos queda fin de semana para rato.

Muñoz resopló simulando estar molesto. Había descubierto una parte de Ana que lo enloquecía. Giménez había acertado de lleno: ella era la horma de su zapato. Pero esa parte era precisamente la que conseguía desgastarlo. Estaba agotado, y tras salir de la ducha y arreglarse para reunirse con sus amigos, se percató de que le dolían partes del cuerpo que ni sabía que tenía.



La velada estuvo llena de cómplices miradas y comentarios divertidos entre los cuatro. El sexo fue el tema principal de la conversación, hasta que Iris preguntó cuál era el plan para el día siguiente.

—El mismo que hoy —respondió Giménez—, porque no pienso apuntarme a ninguna actividad que no sea estar tumbado contigo.

Él y su chica no habían salido del dormitorio, pero tampoco perdieron el tiempo en ningún momento.

—¡Serás empalagoso! —se burló Muñoz.

—¡Eh, no te metas con mi chico! —saltó Iris en su defensa.

—Gracias, cariño —le susurró Ataúlfo con cara de enamorado.

—Pero lleva razón —añadió ella—. Deberíamos hacer otras cosas.

Iris no estaba acostumbrada a tanta actividad, y pasar tantas horas con su chico le había creado incluso secuelas en sus partes bajas.

—¿No queríais un fin de semana de desenfreno? —intervino Ana—. ¡Pues a apechugar!

Ella y Ataúlfo eran los únicos que parecían estar de acuerdo.

—Tía, un poco de vida social no vendría mal —Iris ya no sabía qué decir para convencerla. Su amiga parecía dispuesta a recuperar en dos días veinticinco años de sequía.

—Estoy contigo —la secundó Filomeno señalándola—. Podríamos apuntarnos a algún juego.

—Sí, al teto —respondió Ana tronchándose de risa.

Ataúlfo no dudó en unirse a ella en carcajadas, no ya por la divertida ocurrencia, sino por la cara de espanto que pusieron su chica y su mejor amigo.

—No le veo la gracia —masculló Muñoz. No es que no deseara a Ana con todas sus fuerzas, o que no quisiera volver a estar con ella, era más bien una cuestión de supervivencia.

—¡Vaya, el *moreno* me ha salido flojeras! —se burló su chica.

—¡Quién te ha visto y quién te ve, Muñoz! —Ataúlfo se divertía de lo lindo pitorreándose de su compañero. Jamás imaginó que lo escucharía quejarse por exceso de sexo.

—¡No me jodas, Giménez! Aquí la modosita —dijo señalando a Ana con la barbilla—, es un lobo con piel de cordero.

Su amigo sonrió. Y Ana, lejos de sentirse molesta con el comentario, se vino arriba.

—¡Uy! ¡Cómo ha cambiado el cuento! El lobo tiene miedo de Caperucita.

Aquello despertó el lado salvaje de Muñoz. Ninguna mujer se había atrevido a mofarse de él dos veces en un mismo día.

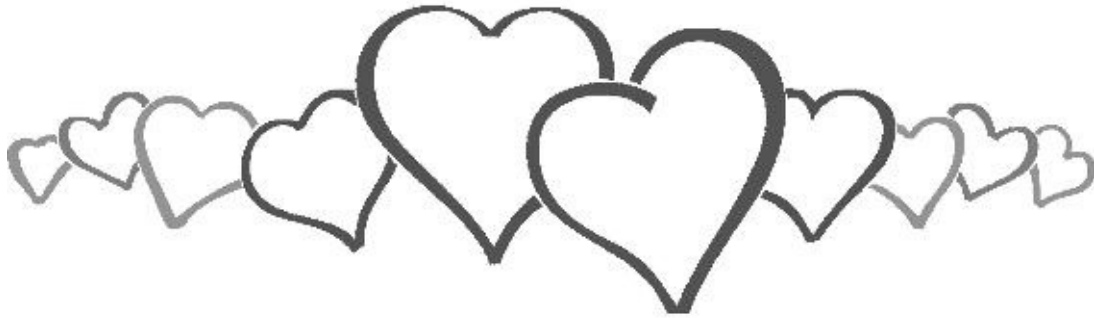
—¡Camarero! —lo llamó con un gesto.

—Dígame, señor.

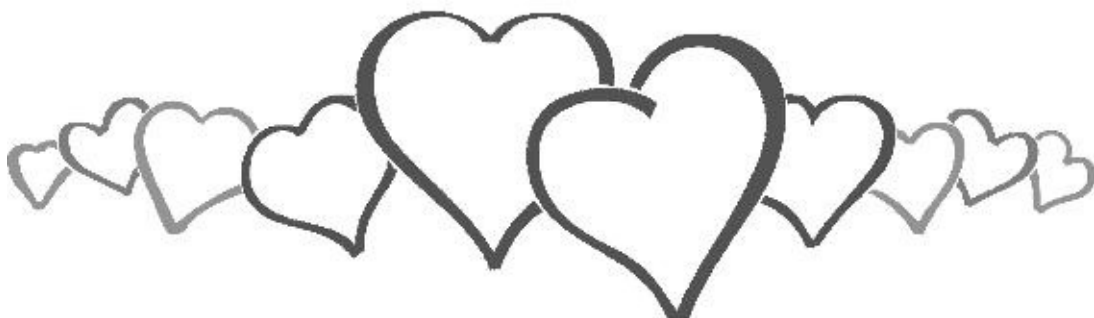
—Póngame otro chuletón de carne.

—¿El caballero y las señoritas van a querer algo más?

—No, ellos no quieren nada —contestó en nombre de todos sin concederles respuesta—. La proteína es solo para mí, que la voy a necesitar.



La noche del viernes y todo el día del sábado, ninguno salió del apartamento, excepto para bajar al restaurante a reponer fuerzas. Por muy cansados que estuvieran, Iris y Filomeno no tuvieron más remedio que reconocer que sus parejas estaban en lo cierto: habían ido allí para aprovechar cada segundo, y así debía ser. Por suerte Muñoz llegó a un acuerdo con su chica: si el lobo iba a comerse a Caperucita, no debía ser en el «bosque», y desde ese instante los cojines regresaron al sofá.



El sábado por la noche los cuatro estaban realmente agotados. Sin necesidad de que ninguno lo advirtiera, el tema del sexo quedó vetado en la conversación. En su lugar, la sombra de la despedida acaparó la velada.

—No me puedo creer que haya pasado tan rápido —susurró Ana sin apenas probar bocado. No dejaba de pensar que, en apenas unas horas, iba a separarse

de su chico sin saber cuándo volvería a verlo.

—No tiene por qué quedar aquí —comentó Iris—. Podríamos irnos con vosotros a Ávila a pasar unos días.

—Más adelante podríamos verlo —expuso Giménez. Esperaba que, cuando le contase la verdad, ella siguiera pensando igual.

—¿Qué tal este verano?

—En verano pienso irme a la playa —apostilló Muñoz para echarle un cable a su compañero. Que las chicas los visitasen era algo que aún estaba por ver.

—¡Pues nos iremos a la playa! —afirmó Ana, emocionada con la idea de pasar las vacaciones estivales con su chico en un apartamento de la costa.

—Como ha dicho él —dijo señalando a su amigo—, lo hablaremos más adelante.

Filomeno odiaba tanto como Ataúlfo el tener que separarse de ellas. Ninguno sabía cuándo las volverían a ver ni en qué circunstancias. Aunque lo que más les inquietaba era la reacción de ellas cuando supieran quiénes eran en realidad y el verdadero motivo por el que habían venido al pueblo. Ana aceptó lo que su chico había dicho. En su mente ya se preguntaba qué ropa iba a llevarse para que no le faltase de nada. En la de Iris, en cambio, solo había lugar para la duda y la esperanza de que su instinto no le fallase y estuviese en lo cierto. El misterio y la ausencia de respuestas volvía a ser el detonante entre ellos. Y aunque los chicos lo sabían, no les quedaba más remedio que seguir estirando al máximo la fina cuerda que los separaba. Aún quedaban unas horas, y no iban a desaprovecharlas perdiendo el tiempo en adivinanzas ni en promesas que tal vez no pudiesen cumplir.

—¿Nos vamos, *morena*? Estoy cansado y necesito dormir algo.

—Sí, claro. Chicos —dijo dirigiéndose a sus amigos—. Nos vemos mañana para el desayuno.

—Hasta mañana —les respondieron ambos.

Cogida de su mano, Ana y Filomeno se encaminaron hacia su apartamento. Ella comentó algo sin importancia acerca de la cena para llenar el silencio que se había formado entre ambos. Pero no fue hasta que llegaron al apartamento, que se atrevió a soltar lo que llevaba rato callando.

—¿De qué tienes miedo? —soltó a bocajarro.

Aquello pilló a Muñoz por sorpresa. Su pregunta fue como un jarro de agua fría para él, sobre todo por el modo en que ella lo miraba.

—Yo no tengo miedo a nada.

Filomeno intentó eludir la conversación girándose para dirigirse hacia el cuarto. Pero ella lo detuvo cogiéndolo del brazo.

—Dime la verdad. Sé que todos pensáis que no me doy cuenta de las cosas.

Aunque se os ha pasado por alto que tal vez no he querido hacerlo.

—No sé qué quieres decir.

—Filomeno. Sé que no habéis sido sinceros con nosotras. Lo de los apellidos falsos a mi jefa es buena prueba de ello. No me he caído de un nido, así que, por favor, dime de qué tienes miedo.

Era la primera vez que se hablaban de ese modo, con calma, sin necesidad de demostrarse quién de los dos era el poseedor de la razón.

—Ana —manifestó tomándola por la cintura para acortar la distancia que había entre ambos—, me gustaría prometerte que esto no va a quedar aquí, que nos veremos pronto y que todo va a ir bien. Pero tal vez no pueda cumplirlo.

—Nunca te he pedido nada.

—Lo sé. Y eso es precisamente lo que más me ata a ti.

—¿Entonces?

—Me gustas tanto que me desequilibras.

—Tú me gustas a veces.

—¿Solo a veces? —inquirió con indecisa sonrisa.

—A veces siempre —confesó ella en un susurro.

Muñoz se inclinó hacia ella y la besó. Fue un beso suave, tierno, algo nuevo y desconcertante en él.

—Mereces una respuesta, y quiero dártela —anunció sin abandonar sus ojos. Había verdadero amor en aquella mirada—. Pero necesito que sepas que, pase lo que pase, mis sentimientos hacia ti son verdaderos.

—¿Pase lo que pase?

El corazón de Ana palpitaba con una fuerza arrolladora.

—Sí, pase lo que pase.

—Me estás asustando —balbuceó.

—No, cariño, eso es lo último que quiero, créeme —aseguró estrechándola con fuerza. Ana formaba parte de él y jamás permitiría que le pasara nada—. Mírame —le pidió con infinita ternura.

Ella obedeció, y en cuanto sus ojos se cruzaron, sus latidos se apaciguaron. Él le estaba dando la calma que tanto necesitaba.

—Por más dudas que puedan surgirme, por más oscuro que lo veas todo, necesito que confíes en mí —Muñoz quiso abrirle su corazón para tranquilidad de ambos—. Ana, necesito que me creas, y que tengas claro que todo lo que haga, sea lo que sea, lo haré solo por protegerte.

—¿Protegerme de qué?

—De todo. Empezando por mí y acabando por...

—No necesito que me protejas de nada —le interrumpió abrazando su rostro con las manos—. Confío en ti, lo he hecho desde el principio. Sé que me lo

contarás todo, y no necesitaré pedírtelo. Vendrás a mí llegado el momento. Pero ahora, solo quiero que me hagas el amor como si fuese nuestra última noche en la tierra. ¿Podrás hacerlo?

—No hay nada que desee más en este mundo, morena mía.

Muñoz volvió a atrapar su boca, esta vez con el descaro y la insolencia que sus sentimientos le concedían. Estaba completamente enamorado de aquella mujer, y haría todo lo que estuviese en su mano por complacerla... aunque eso conllevara acabar con marcas en las rodillas. Ana no solo era la horma de su zapato, era su alma gemela, algo que él se negaba a creer, pese a que su corazón lo sabía desde hacía ya varios días.



Capítulo 13

ELLAS

Abriendo la caja de pandora

Iris se dio media vuelta para acomodarse y seguir durmiendo cuando sintió que a su lado no había nadie. Empezaba a acostumbrarse a conciliar el sueño bajo el cobijo y el calor de Ataúlfo, y fue precisamente su ausencia lo que la desveló. Somnolienta, tanteó el colchón con la mano en su busca, y al no encontrarlo abrió los ojos, dejando atrás la modorra. Giró la cintura y alargó el brazo para coger el móvil de la mesilla. Las cinco y media de la madrugada. Intrigada, se incorporó para comprobar si estaba en el baño. No salía luz alguna por debajo de la puerta. La escasa iluminación que había en el dormitorio era la

que entraba por la ventana que daba al valle. Esa noche la luna apenas brillaba.

Tras dudar si vestirse o no, acabó envolviéndose con la sábana para dirigirse al salón en busca de Ataúlfo. Sus ojos comenzaban a acostumbrarse a la oscuridad, lo que le permitió comprobar que allí tampoco estaba. Aquello la alarmó. ¿Dónde podía haber ido a esas horas? Entonces recordó unos golpes en la puerta. En un principio pensó que había sido parte del sueño en el que se encontraba inmersa, pero al darse cuenta de la realidad, empezó a creer que había errado en su juicio.

De forma instintiva, regresó al cuarto en busca de su móvil. Necesitaba localizarlo, hablar con él y saber que estaba bien. Solo de pensar que pudiera haberle ocurrido algo logró despertarla y espabilarla por completo.

—Sin cobertura. ¡Mierda! —gruñó.

La idea de estar en un lugar apartado sin conexión con el resto del mundo ya no le parecía tan idónea. Atrás quedaba el lado romántico de estar aislada. Como buena amante de las tecnologías, verse en aquella situación consiguió inquietarla.

Tras una rápida visita al baño, decidió ponerse algo de ropa y salir en su busca. Tal vez estuviese desayunando abajo en el restaurante, o simplemente había bajado para traérselo a la cama y sorprenderla. Fuese lo que fuese, decidió averiguarlo por ella misma. Cogió su bolso en cuanto estuvo lista, y salió disparada para buscarlo.

El silencio del pasillo era abrumador. Aún no había amanecido, y el frío de la noche podía notarse incluso en el interior del hotel. Procurando no hacer ruido, llegó a la zona donde se encontraba el restaurante y el resto de tiendas. Estaba todo cerrado. Decidió entonces acercarse a recepción con la esperanza de que allí pudieran decirle algo.

Al otro lado del mostrador no había nadie. Su respiración era el único sonido que allí se escuchaba. El escalofrío que le recorrió la columna fue lo único que le confirmó que no era parte de un sueño, que lo que estaba viviendo era realidad. Miles de temores y perturbadoras historias que había visto en series y películas invadieron su mente. Era la primera vez en mucho tiempo que sentía miedo de verdad, de ese que te invade los huesos y logra bajar la temperatura de tu cuerpo a pocos grados.

Con la mano temblorosa, pulsó el timbre que había sobre el mostrador de recepción. No quería despertar al resto de huéspedes, pero no le quedaba otra alternativa. Por suerte y para su tranquilidad, un hombre de mediana edad apareció por una puerta que, supuso, daba a un cuarto privado del personal.

—Buenos días, señorita. Dígame en qué puedo ayudarla.

El hombre parecía somnoliento. Imaginó que debía estar echando una

cabezada.

—Buenos días. Disculpe que le interrumpa. ¿Ha visto a un hombre canoso pasar por aquí?

Nada más acabar la frase se dio cuenta de lo extraña que resultaba.

—¿Cómo dice?

El recepcionista pensó que tenía ante él a una clienta sonámbula. No era la primera vez que ocurría, sobre todo en el turno de noche, que era el que le tocaba a él la mayoría de las veces.

—Le pregunto si ha visto a un hombre guapo, con el pelo canoso pasar por aquí o salir del hotel.

Sus gestos y la forma de expresarse le confirmaron al hombre que estaba en plenas facultades.

—Si se refiere durante mi turno, la respuesta es sí.

—¿A qué hora fue eso?

—Señorita, ¿podría indicarme cuál es su apartamento?

Iris le dijo en cuál se hospedaba, lo que le recordó que no tenía llave y que no podría volver sin una copia. El recepcionista, dubitativo entre si lo que le decía era cierto o estaba ante una loca cuyo novio o marido la había abandonado a media noche, miró en el registro.

—Efectivamente, señorita Cacharro, su acompañante salió hace unas horas.

—¿«Hace horas»?

—Sí, señorita.

—¿Puede decirme cuántas? ¿A dónde ha ido o...?

—Señorita, esa información no puedo dársela. Nunca preguntamos a nuestros huéspedes a dónde van cuando salen del hotel. Sobre todo, porque no es de nuestra incumbencia.

—Lo comprendo —Iris se sentía a cada segundo más inquieta—. Y en cuanto a la hora que se fue, ¿podría decírmela?

El hombre volvió a mirar la pantalla del ordenador, y le comunicó que a las tres y diecisiete minutos.

—Una última pregunta —anunció con el corazón en un puño.

—Usted dirá.

—¿Iba solo?

El hombre dudó si debía darle o no aquella información. La discreción era parte esencial en su trabajo y algo por lo que él se caracterizaba frente al resto de sus compañeros, motivo por lo que el director solía darle el turno de noche. Si durante el día la tarea era más bien rutinaria sin acontecimientos demasiado destacables, en su turno se veía de todo. Pese a todo eso, Iris le cayó bien, y decidió decirle la verdad.

—No, señorita. Iba con un hombre moreno, un poco más alto que él.

—Gracias —musitó incapaz de pronunciar una sola palabra más.

Con el rostro desencajado y el alma rasgada porque esa última información confirmaba que había algo turbio en todo aquello, dio media vuelta y se encaminó hacia el ascensor arrastrando los pies. Su mente era un hervidero de preguntas sin respuesta, de incógnitas sin resolver que lo único que conseguían era intranquilizarla y angustiarla a cada segundo que pasaba.

En el pasillo superior de camino al apartamento de Ana, decidió que había llegado el momento de sincerarse con ella. No tenía la menor idea de qué estaba ocurriendo, pero la necesitaba de su lado por lo que pudiera pasar. Sus sentimientos hacia Ataúlfo eran reales y verdaderos, de eso no cabía la menor duda, aunque tal vez no eran suficientes para mermar la desconfianza que renacía de nuevo en ella. Por más que le daba vueltas no conseguía hallar una explicación al por qué se habían marchado en plena noche. De haberlo hecho nada más despertarse, podría tener algo de sentido: un desayuno, unos churros, un regalo, cualquier cosa para sorprenderlas al despertar. Pero ¿quién en su sano juicio se iría a escondidas a las tres de la madrugada y con qué fin? La cabeza comenzaba a dolerle cuando llamó a la puerta. Tuvo que insistir un par de veces hasta que Ana le abrió.

—¿Qué pasa? —balbuceó esta con los ojos entrecerrados.

Llevaba el pelo enmarañado y una bata de fina seda que nada tenía que ver con el resto.

—Tenemos que hablar —anunció entrando sin esperar invitación.

Ana no pudo evitar sorprenderse por aquella intromisión. No sabía muy bien qué hora era, pero sí que la visita de su amiga a altas horas de la noche no presagiaba nada bueno.

—¿Qué ha pasado? ¿Has discutido con Ataúlfo? —quiso saber preocupada por cómo la veía.

Ana seguía somnolienta y no encontraba otra explicación que justificase la cara con la que había entrado.

—Es mucho peor que eso —aseguró sin moverse frente a ella.

—Ven conmigo —susurró invitándola a ir a la cocina.

Necesitaba un té para despertar y digerir lo que tuviera que decirle. Por suerte Ana era precavida y tenía provisiones que ella misma se empeñó en comprar en la tienda del hotel.

—No tengo leche —anunció al servirle a Iris una taza de café.

—No importa. ¿Vamos al sofá? —propuso ella.

Su pregunta hizo sospechar a Ana que su visita no tenía nada que ver con una discusión o riña con su chico.

—¿Qué ocurre, tía? —musitó.

Iris no contestó. Prefirió girarse y dirigirse hacia el lugar que le había indicado. Era mejor que estuviesen cómodas para darle la noticia. Ana, en cambio, se inquietó aún más al ver el protocolo que su amiga se había empeñado en llevar a cabo.

—Dímelo ya o me va a dar algo —le demandó siguiéndola tras sus pasos sin apenas levantar la voz.

Iris dio un sorbo a su humeante taza de café y, tras tomar una buena bocanada de aire, le soltó a Ana toda la información que conocía de los chicos.

—Ya lo sabía —aseguró ella ante la sorpresa de su mejor amiga.

—¿Lo sabías?

—Claro. Todo lo que me has contado ya lo había hablado con Filomeno.

—¿Y qué te dijo?

—En realidad, nada nuevo ni nada que no sospechara.

—¿Y no te inquieta?

—Sí, por supuesto que me inquieta. Pero ¿qué quieres que te diga? Le quiero, y sé que tenga la profesión que tenga no cambiará mis sentimientos hacia él.

—¿Y si te dijera que se han largado?

Aquello pilló a Ana por sorpresa.

—¿Cómo que «se han largado»?

—Eso es lo que venía a decirte —anunció Iris—. Me he despertado y he visto que no estaba. He bajado a buscarlo pensando que estaría en el restaurante desayunando, pero está cerrado y el recepcionista me ha confirmado que se fue a las tres y diecisiete minutos con Filomeno.

—¡Eso no puede ser!

—¿No me crees? Compruébalo.

Ana pensaba que su chico estaba en el baño, de ahí que hubiese estado hablando bajo todo el tiempo. Confiaba en su amiga, la conocía de sobra para saber cuándo decía la verdad, aunque necesitó cerciorarlo por ella misma. Iris la siguió. Al llegar al dormitorio encendió la luz y abrió la puerta del baño con la esperanza de que su amiga no estuviese en lo cierto.

—No está aquí —dijo en un leve susurro con tristeza impresa en la voz.

—Necesitamos estar juntas en esto. Averiguar dónde han podido ir y por qué...

—¿Y por eso has esperado tanto tiempo? —Ana estaba furiosa. Era la primera vez que su amiga no había sido sincera con ella.

Sin aguardar respuesta, comenzó a recorrer de nuevo el apartamento en busca de Filomeno, pese a saber que solo estaban ellas dos. Tal vez fuese el

instinto o simplemente porque necesitaba darse de bruces con la realidad.

—Ana, lo siento —Ella la seguía a escasos pasos por donde ella iba pasando.

—¿Qué es lo que sientes, Iris? ¿Creerme una idiota o esperar a que se hubiesen largado para soltarme la noticia?

—¡No te creo ninguna idiota! —se defendió molesta—. ¡Intentaba protegerte!

—¿«Protegerme»? ¿De qué? —bramó deteniéndose para volverse y poder decírselo a la cara. Era la segunda vez en menos de veinticuatro horas que escuchaba esa maldita frase—. ¡No soy de cristal, soy de carne y hueso, igual que tú!

—Lo sé, lo siento. Iba a decírtelo la noche en el mirador, pero entonces ellos nos invitaron a venir. Te vi cómo lo besabas y decidí que las dos nos merecíamos venir aquí. Hemos pasado por mucho y necesitábamos vivir la experiencia.

—Ocultándome que sabías que ellos no eran carteros y que no sabes realmente a lo que se dedican.

—Sí. Sé que puede sonar ruin...

—Es ruin —aclaró.

—Ha sido ruin por mi parte, vale. Pero le di mi palabra a Ataúlfo.

—¿Y él es más importante que yo?

—Yo no he dicho eso.

—Pero lo piensas.

—Ana, sé que puede parecer que él está por encima de todo. No es así, créeme. Él me aseguró que era preferible que nadie lo supiera, que cuanto menos gente acabase implicándose, mejor para todos. ¿Acaso crees que no me costó hacerlo? ¿Acaso crees que ha sido fácil para mí cumplir la maldita promesa? Eres mi mejor amiga, me conoces. No haría nada para perjudicarte, ¡jamás! Pero entiende que solo me pidió que no dijese eso y que dejara correr lo de sus apellidos. Yo tampoco sé quiénes son ni a qué se dedican, pero lo confieso: ¡me lie la manta a la cabeza! Y sí, puede que sea la peor persona del mundo por querer olvidarme de Gumersindo y querer pasar página con Ataúlfo. Pero creí que era lo mejor que me había pasado nunca y que no debía perder la oportunidad de vivir lo que era estar con alguien como él. ¿Y sabes qué es lo peor de todo? Que no me arrepiento. Que pese a que no sabemos quiénes son en realidad volvería a vivir la experiencia y volvería a decirle que sí para venir aquí. Lo único que lamento es haberte ocultado ese pequeño detalle y lo que pasó en el despacho de Arcadia. No creí que nos pusiera en peligro en ningún momento y solo quise que tú también lo vivieras.

—¿Sabes qué es lo más curioso? —inquirió con voz sosegada.

—¿Qué?

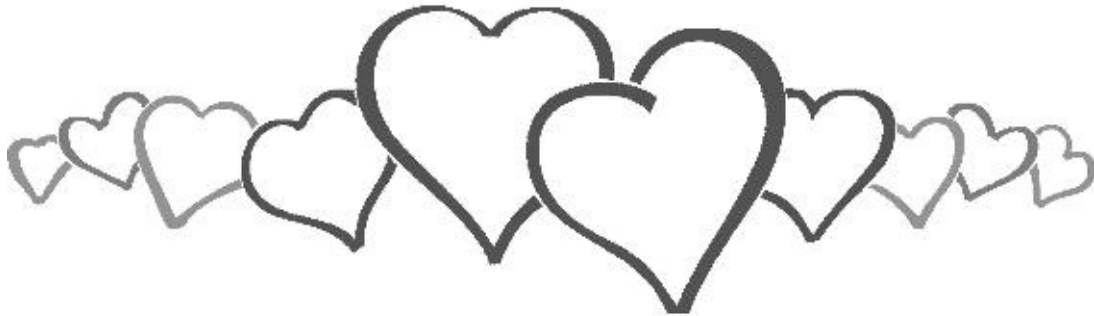
—Que yo hubiese hecho exactamente lo mismo en tu lugar.

Tras aquella confesión, ambas se fundieron en un cálido abrazo. Sus sentimientos eran mucho más fuertes que las rencillas que hubiesen podido nacer entre ellas. Con aquel acercamiento el rencor quedaba relegado a un lado, dando paso al perdón y a la comprensión. Lo cierto y verdad era que los chicos habían irrumpido en sus vidas, cambiándolas por completo. En tan solo una semana, Ana e Iris habían madurado, dejando atrás la niñez y convirtiéndose en mujeres adultas, hechas y derechas.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —demandó Iris.

Ana la apartó para mirarla a los ojos, y con firmeza en su voz, le dijo:

—Dime todo lo que sabes. Juntas vamos a averiguar qué diablos ha pasado.



El sol brillaba con fuerza y se apreciaba entre las escasas nubes que lo flanqueaban en el cielo. Ana no dejaba de mirar el reloj e Iris había perdido la cuenta de las veces que había llamado a Ataúlfo desde el teléfono del dormitorio sin respuesta. El móvil daba señal, lo que le dejaba bien claro que se encontraban fuera de Pajera Abierta, o al menos no en los alrededores del hotel.

En el tiempo transcurrido desde su llegada al apartamento, las chicas hicieron de todo. Ana ya se había vestido y recogido todas sus cosas. Su maleta y sus «por si acaso» descansaban en la entrada junto a la maleta de Iris, gracias a la copia de la llave que le entregó a esta el recepcionista. Y no eran las únicas. Las de los chicos seguían allí, en los respectivos cuartos, lo que indicaba que iban a volver. Ninguna de las dos contemplaba la posibilidad de que desapareciesen sin más. No cuando ambas sabían que, por más misterio que los envolviese y por más incógnitas que hubiese sin resolver, sus sentimientos hacia ellas eran igual de reales que los suyos.

—Sigue sin cogérmelo —resopló Iris tras volver del cuarto por enésima vez.

—No les habrá pasado algo, ¿verdad?

A Ana le costaba creer que Filomeno se hubiese marchado a hurtadillas de aquel modo.

—No creo. Pero pon la tele. Si ha habido algún accidente grave lo darán en las noticias.

Con el temor que suponía encontrarse con la imagen del todoterreno volcado en medio de la carretera, Ana cogió el mando que estaba junto a ella y puso el canal comarcal.

La presentadora, una mujer de su edad con rostro cansado y ninguna efusión por lo que estaba contando, daba la información económica de acuerdos ganaderos de Despelúcame el Ovejo, cuando de pronto, alguien de su equipo la interrumpió.

—Me indican que tenemos una noticia de última hora —dijo al leer la hoja que acababan de pasarle.

Iris corrió a sentarse junto a Ana. A ambas el corazón les atronaba bajo el pecho.

—Según nos informan, se ha producido un robo importante en la tienda de complementos más conocida de Villa Pepino, situada frente al ayuntamiento de dicha localidad. Su propietaria, Arcadia, ha sido la que ha dado el aviso, y está siendo atendida en estos momentos por el servicio de emergencias, sito en el lugar de los hechos —Las dos amigas se aferraron en absoluto silencio sin dar crédito a lo que estaban escuchando—. Al parecer —continuó la presentadora—, ha habido grandes destrozos y la mercancía sustraída supera el millón de euros. Gracias a nuestro corresponsal que está cubriendo la noticia en la zona, sabemos que, según fuentes cercanas a la investigación, se sospecha de dos varones de entre treinta y treinta y ocho años, cuya identidad aún se desconoce. La policía que investiga el caso, afirma que una vecina de esta localidad, hasta ahora única testigo del suceso, asegura haber visto de madrugada a dos hombres merodeando por los alrededores del lugar donde se ha producido el robo. Esperamos poder ampliarles la noticia a lo largo de la mañana.



Capítulo 14

ELLAS

¿Y ahora qué?

La noticia supuso una bomba para Ana e Iris. Ninguna de las dos daba crédito a lo que acaban de escuchar. Las mini vacaciones que Arcadia les había dado para trasladar la mercancía desde la fábrica estaban acabando de la peor forma posible. El robo lo cambiaba todo. Y cabía la posibilidad de que su empleo no fuese lo único que se viese afectado.

—Han dicho que han sido dos hombres —apuntó Iris intentando asimilar esa parte de la noticia.

—No han sido ellos —confirmó Ana incorporándose y empezando a caminar

por el salón incapaz de creer que fuese cierto.

—¿Y cómo estás tan segura?

Iris era la única de las dos que se atrevía a poner en tela de juicio la integridad de los chicos.

—No puede ser. ¡Es imposible!

—Tía, yo quiero pensar como tú. Pero, ¿y si han sido ellos? ¿Si no por qué iban a salir del hotel sin decir nada a las tres y media de la madrugada?

—¿Tú los crees capaces de hacerlo? —quiso saber Ana deteniéndose para buscar en los ojos de su amiga una respuesta.

—Yo ya no sé qué creer y qué no.

—Iris, no puedes estar hablando en serio.

—Por desgracia, no he hablado más en serio en toda mi vida —aseguró cabizbaja. A ella le dolía tanto o más que Ana que sus sospechas fuesen ciertas.

—Debe haber una explicación. Habrá sido una casualidad.

—Las casualidades no existen, Plazas. Asímelo.

—¿Quién te ha dicho eso?

—¿Qué más da? —interpeló incorporándose como ella—. Lo importante es que hasta hace unos segundos pensábamos que les podía haber pasado algo, y ahora estamos planteándonos si nos hemos enamorado de dos ladrones.

—Me da escalofríos solo de escucharte —comentó abrazándose a sí misma.

—Y nosotras creyendo que las delincuentes éramos nosotras.

—Lo estás dando por hecho cuando ni siquiera hemos escuchado su versión.

—¡Por favor, Ana! ¿Es que no lo ves? ¡Nos han mentido!

Iris odiaba tener que gritarle, pero el miedo y el temor a haber errado de nuevo se estaba apoderando de ella.

—¡Lo sé! ¡Sé que nos han mentido! ¡Pero también nos han ayudado!

—Porque son lo que son.

—Dime la verdad —demandó posicionándose de nuevo frente a ella—. Conociendo a Ataúlfo y sabiendo cómo se ha comportado contigo, ¿lo crees capaz de haber hecho eso?

—No lo sé —Iris se derrumbó dejándose caer en una de las butacas—. Y eso es precisamente lo que más me duele de todo. No debería haber dudas en una relación cuando hay amor de por medio.

—Ahí llevas razón —manifestó para consolarla, sentándose sobre el brazo del sillón—. Puede que sea una soñadora, y tal vez me tomes por loca, pero creo que ellos no tienen nada que ver en esto.

—¿Cómo lo sabes? Dímelo, porque eso es precisamente lo que necesito oír.

—No puedo decirte cómo sino el por qué.

Iris la interrogó con la mirada.

—Porque le quiero. Y sé que no he podido equivocarme dos veces. Ya lo hice con Aniceto, y no creo que lo haya hecho de nuevo.

—Eso no es muy alentador.

—Pero es la verdad, y debería valer —remató para auto-convencerse.

En ese instante, el sonido de la puerta las sobresaltó. Eran ellos, entrando con gesto cansado y rostro malhumorado.

—¡Estáis aquí! —anunció Ataúlfo queriendo acercarse hasta ellas. Pero Iris lo detuvo mostrándole la mano.

Aquello bastó para que él y su compañero supieran que no estaban de buen humor.

—Sentimos haber llegado tarde —se excusó buscando en ella un ápice de indulgencia.

—Deberíais sentir el haberos ido —apuntilló sin amedrentarse.

Su respuesta lo acalló. Al ver la hora que se les había hecho, ambos sabían que ellas no lo iban a tomar de buen grado. Aunque nunca llegaron a imaginar que la cosa llegase a tanto como para hacer el equipaje antes de tiempo.

—¿Qué significan esas maletas? —inquirió Muñoz sin disimular su molestia.

Él solo estaba pendiente de Ana y de su lenguaje no verbal. Sabía reconocer cuándo una mujer estaba dispuesta a desaparecer de su vida. Lo había vivido en carne propia una sola vez, suficiente para jurarse a sí mismo que jamás volvería a permitirlo.

—Nos vamos —anunció ella incorporándose.

Iris la imitó, y en apenas unos segundos, los cuatro estaban frente a frente cuestionándose el final de todo aquello.

—Sabemos hasta cuándo era la reserva. No es eso lo que he preguntado —insistió.

Ana no se amedrentó ante la oscura mirada de Filomeno. Llevaba horas preocupada por él, dándole vueltas al por qué no estaban con ellas, y no estaba dispuesta a dejarlo correr.

—Esas maletas están ahí a la espera de una respuesta —anunció ella.

—¿Qué quieres decir?

La situación no era cómoda para ninguno de los cuatro.

—Que depende de vuestra contestación, saldrán de aquí ahora o aguardarán a las vuestras.

—¿Qué queréis saber? —intervino Ataúlfo. A diferencia de su compañero, que cuando algo le afectaba realmente recurría al enfado, él no supo disimular el dolor que aquella situación le causaba.

—Todo —respondió Ana con firmeza, sin dejar de mirar a Filomeno.

Al igual que él, ella también estudiaba sus gestos.

—Tuvimos que irnos por trabajo.

—¡Giménez! —le advirtió su amigo.

Pero este hizo oídos sordos al ver el rostro de Iris. Se sentía roto por dentro, por debatirse, una vez más, entre lo que debía y lo que deseaba hacer.

—Nuestro jefe nos dio una orden y tuvimos que cumplirla.

—¡Giménez, para! —insistió Muñoz.

—¡Déjalo hablar! —vociferó Ana, harta de escucharlo dar órdenes.

—Los golpes en la puerta —susurró Iris, recordando lo que ocurrió de madrugada.

—Sí. El recepcionista recibió una llamada y subió a avisarnos.

—¡Giménez, cállate o me obligarás a...

—¿A qué? —se le encaró Ana interponiéndose entre él y su compañero.

—No te metas en esto, Ana. Te lo pido por favor —le advirtió Muñoz.

—¿Por qué tienes que darle órdenes? Él quiere contarnos la verdad. ¿Por qué tú no?

—¡Porque no puedo! ¡Ninguno de los dos podemos!

—Si te hago una sola pregunta, una sola, ¿me la responderías?

Ana estaba dispuesta a todo. Iris vio su firmeza y se unió a ella sin dudarlo.

—Depende —espetó Filomeno.

—Lo haremos —anunció Giménez, posicionándose a su lado. De nuevo volvían a estar los cuatro frente a frente.

—¿Tenéis algo que ver con el robo de la tienda?

—¿Cómo os habéis enterado? —quiso saber Ataúlfo.

—Bienvenido al mundo rural —manifestó Iris—. Aquí las noticias vuelan.

—Contéstame —demandó de nuevo Ana sin abandonar los ojos de Filomeno, debatiéndose entre la esperanza que le dictaba su corazón y el temor que le infringía su cerebro.

—Con una condición.

—¿Cuál?

—Que dejaréis que seamos nosotros quienes lleven esas maletas de vuelta a casa.

Cuanto más se desquebrajaba el alma de Muñoz, más enojado se mostraba. El dolor era tan grande, que prefirió utilizar una metáfora para ocultar sus verdaderos sentimientos.

Su propuesta provocó que Ana apartase la vista para preguntarle a Iris. No tenían cómo regresar al pueblo, y ponían en duda que hubiese autobuses en horario regular que las llevase hasta allí. Aun así, la idea de volver con ellos no era del todo de su agrado. Si la respuesta de Filomeno era lo que más temían ambas, todo cambiaría. Puede que su amor por ellos no, pero sí el modo en que

los verían. Iris tomó aire, y tras tomarse unos segundos para meditarlo, asintió ante la atenta mirada de todos.

—Ya lo sabes —anunció Ana, confirmando su respuesta—. Ahora te toca a ti.

La pregunta aún resonaba en la mente de Muñoz. «¿Tenéis algo que ver con el robo de la tienda?» fueron las palabras exactas de su chica, la que, hasta el instante en que iba a responder, era la mujer de su vida. Él y su compañero eran conscientes de que su contestación marcaría un antes y un después en la relación de ambos. Sabían que ellas no los iban a mirar del mismo modo, y que ya nada sería igual. Aquello era el principio del fin, la puerta que daba a una dolorosa ruptura. Ellos lo sabían... y ellas también.

—Sí —musitó con una honda y profunda pena en la voz.

Desde ese instante ninguno de los cuatro volvió a pronunciar una sola palabra. No fue necesario, porque no existía alguna capaz de enmendar lo ocurrido. Lo hecho, hecho estaba, no había marcha atrás. Cuatro corazones rotos, unidos por un accidente, y en cuyas memorias quedarían instantes y momentos que jamás olvidarían, se decían adiós mientras volvían de regreso a donde todo empezó. No hubo espacio para las caricias ni los besos. Ambos formaban ya parte del pasado. Ahora solo había espacio para el desengaño, el arrepentimiento, la rabia, el dolor. Sus caminos iban a bifurcarse, y no precisamente por la mentira, sino por su antónimo. Mientras que en la mayoría de los casos el engaño era motivo más que suficiente para traicionar y destruir un corazón, en el caso de Iris, Ataúlfo, Ana y Filomeno, era la verdad la única causante de su separación. Una separación que no iba a hacer su periplo sola, pues el cariño, el deseo y el verdadero amor que había entre ambos... serían fieles compañeros de viaje.



Capítulo 15

ELLAS

¡Vaya mierda!

El sol bañaba la plaza en todo lo alto cuando las chicas se dejaron caer por allí. En el pueblo no se hablaba de otra cosa, y si la destrucción de Don Pepino supuso que medio pueblo se congregase, el robo había logrado que estuviese casi en su totalidad. La noticia se extendió como la pólvora, y a la hora del aperitivo no faltaba nadie. Indalecio no daba abasto con toda la gente que tenía en La Tapa. En la terraza, incluso, había gente consumiendo de pie, formando corrillos sin hablar de otra cosa que no fuese el robo.

Ana tuvo que aparcar a dos calles de la tienda. Ya no había motivo para

esconder su coche, y fue ella quien se ofreció a recoger a Iris tras dejar sus cosas en casa y una buena ducha.

—No me imagino cómo debe estar Arcadia —comentó la más baja de las dos al ver el gentío.

—Ya sabes lo que dijeron esta mañana en las noticias. Ataque de ansiedad —recalcó Ana.

Con lo ocurrido ambas decidieron postergar el asunto de los chicos. No era momento para dejarse vencer por la tristeza, pues se trataba de su trabajo y debían comprobar por ellas mismas qué había ocurrido.

Adentrarse entre la multitud no fue fácil. Y más cuando, a cada paso que daban, la gente las iba parando para preguntarles cómo se encontraban, que si sabían algo sobre quién había sido o, incluso algunos, les presentaban sus condolencias como si de un difunto se tratase.

—¿Se han vuelto locos o qué? —masculló Iris por lo bajini volviéndose hacia Ana.

Había tanta gente que tenían que ir en fila, una detrás de la otra.

—Ya los conoces. Tú ni caso. No te pares a ver si llegamos ya de una vez a la tienda.

Al cabo de unos larguísimos y agonizantes metros, consiguieron su objetivo. La cámara de la televisión comarcal y varios periodistas más seguían allí para recoger cualquier noticia que pudiera aportar algo al caso. Don Protasio, el alcalde, se encontraba el primero entre la multitud. A su lado y haciéndole de guardaespaldas estaba Veremunda, seguida de Sisebuta, Leovigilda, Esmerencia y el resto de vecinas, incluida la madre de Iris.

—¡Ahí están! ¡Chicas, estamos aquí! —gritó Gertrudis para llamar la atención principalmente de los periodistas—. Es mi hija, la que le he dicho —le dijo a uno de ellos—. Ella y su amiga trabajan en la tienda.

La mujer estaba en toda su salsa, sintiéndose protagonista inequívoca. Que su hija formase parte del personal era motivo más que suficiente para convertirse en el centro de atención, como tanto le gustaba.

—Hola, madre —la saludó nerviosa al darse cuenta de lo que estaba haciendo, sin apartar la vista del objetivo de la cámara, que ya apuntaba hacia ellas.

—¿Ustedes trabajan aquí? —le preguntó una chica, micrófono en mano, que no debía pasar de los veintidós años.

—Sí —respondió inquieta.

En apenas unos segundos varias personas se arremolinaron alrededor de ambas, acercándoles sus móviles a la cara.

—¿Qué tienen que decir del robo? —preguntó uno—. ¿Cómo se encuentran?

—demandó otra, a la que siguieron el resto—. ¿Saben quiénes han podido hacerlo? Se rumorea que ha sido la dueña para cobrar el seguro, ¿qué saben sobre eso? ¿Es cierto?

—Señoritas, soy el cabo Bonachera —se presentó un policía apareciendo de la nada—. ¿Podrían acompañarme, por favor?

Las chicas asintieron incapaces de pronunciar palabra. Podían notar cómo el corazón abandonaba su sitio para instalarse en sus gargantas. Demasiadas emociones en tan poco tiempo. Apenas habían empezaban a asimilar lo que había ocurrido cuando ya caminaban tras los pasos de aquel policía nacional con rango.

—Sígueme —les pidió al llegar al ayuntamiento tras abrirse paso ante la multitud.

El alcalde había ofrecido la casa consistorial y sus instalaciones como colaboración para la investigación. Con tanto caso extraño ocurrido en los últimos días en un pueblo que siempre se había caracterizado por ser tranquilo y apacible, él quiso aportar todos los medios de que dispusiera para ayudar.

—Siéntense —ordenó el cabo Bonachera al entrar en uno de los despachos cedidos de la casa consistorial—. No nos llevará mucho tiempo.

—Gracias —balbucearon con temor.

Tras la ruptura y con toda la movida del robo, no habían tenido tiempo de hablar ni de montar una coartada. Si aquel policía les preguntaba sobre los chicos, no habían planeado qué decir. ¿Confesaban lo que ya sabían o los cubrían para que no les ocurriera nada? ¿Se merecían ir a la cárcel por lo que habían hecho, o por el contrario se habían ganado con creces una segunda oportunidad? Que habían sido ellos, no les cabía la menor duda. Pero tampoco había incertidumbre en sus sentimientos. Los chicos habían demostrado que las querían de verdad, y la prueba de ello fue ocultarles la verdad para no implicarlas. Entre la mente y el corazón de ambas se desataba una batalla interna cuando el cabo, de pronto, les anunció:

—Solo por asegurarme. ¿Estaban ustedes fuera del pueblo cuando ocurrió el robo?

—Sí —confirmó Ana dudando si la creería o no. Iris, por su parte, recordó su conversación con el recepcionista, lo que lograría aportarles una coartada, llegado el caso y el momento.

—¿Cómo lo sabe? —inquirió esta. Aunque nada más terminar la pregunta, supo la respuesta.

—Su madre.

Ella asintió.

—Sabemos quiénes han sido los responsables del robo —anunció Bonachera

—. Tan sólo las he hecho venir para que no dijese nada a los periodistas que pudiera afectarles a ustedes o a la investigación.

—¿Lo saben? —cuestionó Ana sin ocultar su asombro. La imagen de Filomeno esposado le revolvió las entrañas.

—Sí. La testigo fue muy concisa en su declaración —anunció el policía sin querer dar más datos de los necesarios.

—En las noticias dijeron que fueron dos hombres. ¿Es cierto? —demandó Iris curiosa por el mero hecho de confirmar lo que ya sabía.

—¡Mi cabo, ya hemos acabado! —informó otro policía irrumpiendo en el despacho.

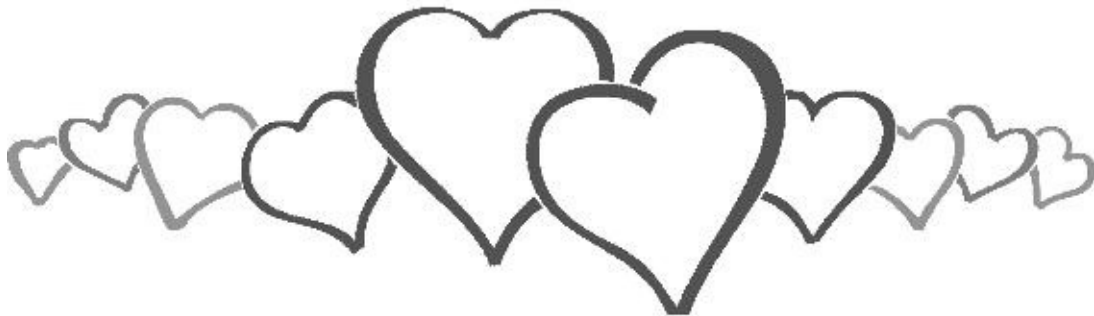
—Gracias, agente.

El primero desapareció, y el segundo se dirigió de nuevo a ellas.

—Pueden marcharse cuando quieran. Ahora, si me disculpan, he de irme.

—Lo entendemos —comentó Ana.

—Gracias por todo, señor —añadió Iris.



Al llegar la tarde y sin la menor intención de quedarse encerradas en casa, las chicas volvieron a quedar. Aunque en esa ocasión, el lugar escocido fue el mirador. No habían tenido tiempo de hablar, y necesitaban desahogarse y apoyarse la una en la otra.

—¡Todo esto es una locura! Mi madre me ha cosido a preguntas durante la comida —se quejó Iris.

—No sé qué es peor, si tu madre y sus ganas de marujeo o la charla de mi padre, que se alegra de que haya roto con Filomeno.

—¿Se lo has contado?

—No ha hecho falta. Lo ha sabido con solo mirarme a la cara.

—Podría haber pensado que era por lo de la tienda.

—Eso era lo que pensaba mi madre —aseguró Ana recordando el tercer grado al que le sometió Josefa.

—¿Entonces?

—No lo sé —respondió acariciando el muro de piedra que tres días atrás fue testigo de su cita con los chicos—. Tendrá poderes el hombre, ¡yo qué sé!

—¡No digas tonterías!

—Ya. Lo siento. Es que no dejo de pensar en ellos —confesó dejando atrás la conversación con su padre.

—Yo también —admitió Iris cabizbaja.

—Duele demasiado —susurró Ana abatida, sin poder ocultar la inmensa pena que la invadía. Empezaba a pensar que había sido un error ir allí. Todo cuanto la rodeaba les recordaba a ellos. Aquel fue el lugar donde Filomeno la besó por primera vez, y donde comenzó su corta, aunque maravillosa e inigualable historia de amor.

—No va a ser fácil olvidarlos.

—Eso nunca pasará. Es un imposible.

Nada más acabar de pronunciar la frase, Ana se rindió ante el dolor y comenzó a llorar como nunca antes. Su alma estaba rota, destruida y hecha añicos por lo que pudo ser y no fue. Sus sueños, sus esperanzas por estar con el hombre que más había amado se truncaron con una sola palabra, con aquel «sí» que él le confesó y que acabó con todo cuando ella le preguntó por el robo.

Iris sentía lo mismo que su amiga y no tardó en unirse a ella. Ambas lloraron abrazadas durante unos minutos, hasta que Ana lo cortó.

—Menudo ojo tenemos, ¿eh? —apuntó esta al cabo de un rato intentando sonar divertida con una forzada sonrisa. Odiaba estar triste. Ella prefería un millón de veces estar enfadada que verse así—. Primero dimos con unos puteros y ahora con unos ladrones. ¡Estamos que nos salimos!

Su comentario consiguió que Iris también curvara sus labios. Dicho así hasta sonaba divertido.

—Somos patéticas.

—¡Eh, un momento! —se defendió limpiándose la cara con un pañuelo de papel—. Lo he dicho para burlarnos, no por ahondar más en la pena.

A Iris le resultaba curioso que Ana fuese ahora la más madura de las dos. Filomeno había logrado cambiarla en más de un sentido.

—Si te cuento algo —comentó la más alta de las dos al cabo de un rato—, ¿prometes no juzgarme?

—Nunca lo hago, así que di lo que quieras.

Ambas estaban de pie, una al lado de la otra, con el trasero apoyado en el

muro de piedra.

—Que toda mi vida he oído que el corazón perdona y que la mente no olvida.

—Yo también. ¿Y? —Iris no sabía por qué iba aquello.

—Pues que debieron crear el dicho pensando en mí, porque no solo sé que no podré olvidarlo jamás, sino que por muy ladrón que sea, sigo enamorada de él y no me importa. Es más, y a riesgo de que te metas conmigo y me llames *Tamircursi*, si de algo lo veo culpable, es de haberme robado el corazón.

—¡Menos mal que lo has dicho! —voceó Iris—. Tía, suscribo cada palabra. Pensaba que yo era la única y que si te lo soltaba te burlarías de mí después de todo.

Ambas rompieron a reír por primera vez en horas. Cada carcajada destensó la presión y la angustia que retenían en su interior. El hecho de que Ataúlfo y Filomeno fuesen delincuentes, no aniquilaba sus sentimientos. Acabar con la relación era lo que debían hacer, de eso estaban seguras. Pero nada, ni siquiera un robo, podría borrar jamás el inmenso amor que les unía a ellos.

—Ven conmigo —dijo de pronto Ana.

—¿A dónde?

Ella no contestó. La agarró del brazo y la llevó hacia la valla de troncos de madera que cercaba parte del mirador. Desde allí podía verse casi toda Villa Pepino. Las vistas eran increíbles.

—Necesito hacerlo —anunció Ana, picarona.

—¿No irás a tirarte?

—¿Estás tonta o qué? ¡Claro que no!

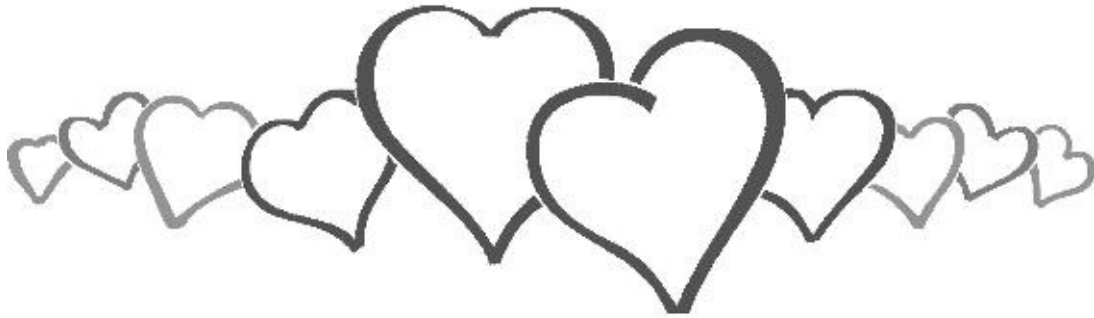
—¿Y qué es lo que necesitas hacer?

Con una sonrisa ladina, Ana se giró hacia la ladera, y apoyándose en la valla, tomó aire, abrió los brazos en cruz, y gritó con todas sus fuerzas:

—¡¡¡Te quiero, don «capullo»!!!

Iris la miró divertida, y enseguida se animó a imitarla voz en grito.

—¡¡¡Te quiero, canoso mío!!!



El lunes fue un día de lo más extraño. La tienda se abrió al público pese a que aún quedaban restos de los polvos usados por la policía en busca de huellas. Durante toda la mañana el personal al completo tuvo que limpiar y ordenar sin desatender a la clientela. Hubiesen acabado a primera hora de no ser por la cantidad de gente, o más bien marujas, que no dejaron de llegar para meter las narices y recopilar información que repartir después entre las vecinas. Arcadia no apareció. Solo se limitó a llamar a la oficina y dar las órdenes a Iris de lo que todos debían hacer.

Por la tarde, a eso de las siete, una nueva noticia corría como la pólvora por el pueblo: los resultados del laboratorio habían llegado, y el alcalde ya los tenía en su poder. Los rumores no se hicieron esperar, y en apenas unos minutos desde que se conociese la noticia, todo el mundo cuchicheaba y hablaba de ello. Los vecinos ansiaban conocer al culpable o culpables de haber matado a Don Pepino. En boca de algunos se pronunciaba el nombre del párroco, don Minervino. Otros, en cambio, seguían empeñados en acusar a los habitantes de Despelúcame el Ovejo. Y aunque ninguno de ellos acertó a dar en la diana, Ana corrió a decírselo a Iris en cuanto lo supo.

—¿Te has enterado? ¡Ya tienen los resultados! —anunció al entrar en su despacho con la respiración entrecortada fruto de la carrera y los nervios.

—¿Los han detenido? —preguntó ella con los ojos abiertos de par en par.

—¿A quiénes?

—¿A quién va a ser? A ellos —cuchicheó para que solo Ana pudiese escucharla.

—No. Se trata de Don Pepino. ¡Ya saben quién ha sido!

Fuera había revuelto. Se podía oír desde la oficina.

—¡Ahí las tienes! —anunció refiriéndose a las vecinas—. Llevan todo el día dando por saco. Primero cosiéndonos a preguntas por lo del robo, y ahora especulando con lo de la escultura. ¡Qué pesadas! ¡Qué ganas de desaparecer, por Dios!

—Tenemos que irnos del pueblo.

—Eso ya lo sé. Pero ¿cómo?

—No lo sé —admitió Iris.

—Volviendo al tema. ¿Crees que nos pillarán?

—Después de todo lo que hemos pasado, eso ¡ni lo menciones!

Ana notó cómo el estómago le daba un vuelco.

—Tengo miedo —confesó en un susurro.

—Yo también. Pero debemos ser fuertes y esperar. Confío en que todo lo que hicieron sirva para algo.

—Cuánto lo echo de menos, tía.

Iris supo enseguida a quién se refería.

—Yo también —se atrevió a decir pensando en Ataúlfo—. Por más delincuente que sea, no tenerlo duele más.

Se oyeron unos pasos acercarse y Ana resopló al recordar una vez más a las vecinas y el follón que no dejaban de montar. Iris, al verla, se levantó con la firme intención de detenerlas para impedirles la entrada a aquella zona, cuando por la puerta entraron dos policías.

—Señoritas Alcoholado Martínez y Cacharro Sandemetrio, traemos una orden. Quedan detenidas —anunció uno de ellos mostrándoles las esposas.



Capítulo 16

ELLAS

¡Se acabó!

—¿Nosotras? —preguntó Iris con el miedo invadiéndole todo el cuerpo, incapaz de asimilar que fuese cierto.

—¿Le importaría llevar un poco más de cuidado? —masculló Ana molesta por la brusquedad con la que la estaban esposando.

—¡Tenemos derecho a una llamada! ¡Quiero hablar con mi abogado! — pateó la primera, recordando lo que había visto en las películas policíacas.

Los siguientes minutos fueron un verdadero caos para ambas. Cabizbajas y tremendamente avergonzadas, fueron sacadas de la tienda sin que fuesen

conscientes de cuanto las rodeaba. Todo sucedió muy rápido. Imposible absorber o digerir las frases sueltas que llegaban a sus oídos. Voces desconocidas, piernas uniformadas, suelo y más suelo que solo logró crearles confusión y desconcierto. Cuando se vinieron a dar cuenta, estaban en una sala de interrogatorios en las dependencias de la policía nacional. Ante ellas, uno de los dos agentes que llevaron a cabo su detención.

—¿Señorita Cacharro Sandemetro? —preguntó una mujer, apareciendo de pronto, con un expediente en la mano. A diferencia del hombre, ella iba vestida de paisano.

—Soy yo —respondió Iris con las manos unidas aún por las esposas.

—Acompáñeme —ordenó sin apenas levantar la vista de la carpeta. Tenía el gesto duro, y no parecía muy amable.

—¿A dónde?

—Aquí las preguntas las hago yo —masculló molesta mirándola por primera vez. La mujer, cuyo cargo parecía ser superior al del agente que las había escoltado hasta allí, imaginó que tenía ante ella a una subordinada. Averiguar si estaba dispuesta o no a colaborar, era solo cuestión de tiempo.

Iris miró a Ana con ojos temerosos. ¿Por qué no podían interrogarla allí? ¿Por qué se la llevaban y a dónde?

—No te preocupes. Todo irá bien —le susurró su mejor amiga para darle fuerzas. Estaba convencida de que, en cuanto le dejaran, llamaría a su padre y este avisaría al abogado para sacarlas de allí.

Iris quiso creerla, y se lo hizo saber con un cómplice gesto antes de marcharse con la mujer.

Mientras Ana se quedaba vigilada por el reservado agente, Iris fue dirigida a otra sala contigua. Era igual de fría que la anterior, con un espejo de esos de vidrio templado y cristal al otro lado, una mesa y dos sillas.

—Siéntese —ordenó la mujer, tomando asiento al otro lado de la mesa, de espaldas al espejo.

Iris obedeció y se sentó frente a ella, bajo la atenta supervisión del agente que, de pie junto a la puerta, custodiaba la salida.

—Soy la sargento Untado, y la encargada del caso. Voy a hacerle unas preguntas, y espero que sus respuestas sean sinceras y ciertas —argumentó abriendo el expediente sobre la mesa—. Es usted Iris Cacharro Sandemetro, con domicilio en... —la policía le leyó todos sus datos hasta enumerarle su D.N.I.—. ¿No es cierto?

—Sí, señora —avaló con pavor.

Iris no dejaba de mirarse las manos, aún sujetas por las incómodas esposas. No podía quitarse la idea de que todo lo que habían hecho para eludir aquella

situación no había servido de nada.

—Dígame, señorita Cacharro, ¿se considera implicada en el caso?

Iris se tomó un segundo para decidir qué hacer. Tanto ella como el agente que estaba a su lado, la observaban a la espera de una respuesta. El momento de confesar había llegado. Ya no había marcha atrás. Habían destruido la escultura y habían huido del lugar del crimen.

—Sí —respondió en un leve susurro.

—No la he oído. ¿Podría repetirlo?

—He dicho que sí —aclaró.

—¿Así que no niega estar implicada?

—Ya se lo he dicho.

La sargento cogió el boli que llevaba enganchado en el expediente y escribió algo en él.

—¿Desde cuándo?

—Desde el principio.

—¿Por qué no avisó a la policía?

—No lo sé. Nos entró miedo, supongo.

—¿Miedo de qué?

—De esto —dijo mirando a su alrededor y a sus manos esposadas.

—¿No pensó que sería mejor ponerlo en nuestro conocimiento que ocultarlo?

—Sí, claro que lo pensé. Pero teníamos miedo de ir a la cárcel.

—De esto tienen miedo todos los delincuentes, señorita Cacharro.

La sargento volvió a tomar nota.

—Ha dicho «teníamos». ¿Puede decirme a quién se refería?

—Ya lo sabe.

—Si se lo pregunto es porque quiero oírlo de usted.

La mujer, por su serio gesto, le dejó bien claro que no estaba para juegos. Iris no pretendía molestarla, así que se apresuró a responderle.

—A mi amiga Ana —susurró.

—¿Se refiere a la señorita Alcohólico?

—Sí.

La mujer volvió a anotar algo en el expediente, e Iris aprovechó el instante para meditar. Solo esperaba que Ana hiciese lo mismo y que confesara lo que pasó realmente aquella noche. Puede que ella no condujese, pero se sentía igual de responsable que su amiga, tal y como se lo había dicho en decenas de ocasiones.

—¿Puede darme algún nombre más?

Esa última pregunta le revolvió el estómago. Iris se debatía entre delatar o no a los chicos. Quizás no se dedicaban a la mejor ni a la más ética profesión del

mundo, pero sí sabía qué tipo de personas eran. Ellos pudieron delatarlas desde el principio, y en lugar de eso decidieron ayudarlas y ponerse de su parte. Exceptuando el detalle de no confesarle su verdadera profesión, Ataúlfo había sido siempre sincero con ella, y le había entregado lo mejor de sí mismo. Era por ello que no quería traicionarlo; no cuando él y su amigo se desvivieron por ellas y las ayudaron sin pedir nada a cambio. Bueno, tal vez un poco sí, si tenía en cuenta lo del chantaje, aunque el resultado bien mereció la pena.

—No. Solo fuimos ella y yo —aseguró sin la menor intención de inculparlos y con la certeza de que esa parte era cierta: la escultura la destrozaron ellas.

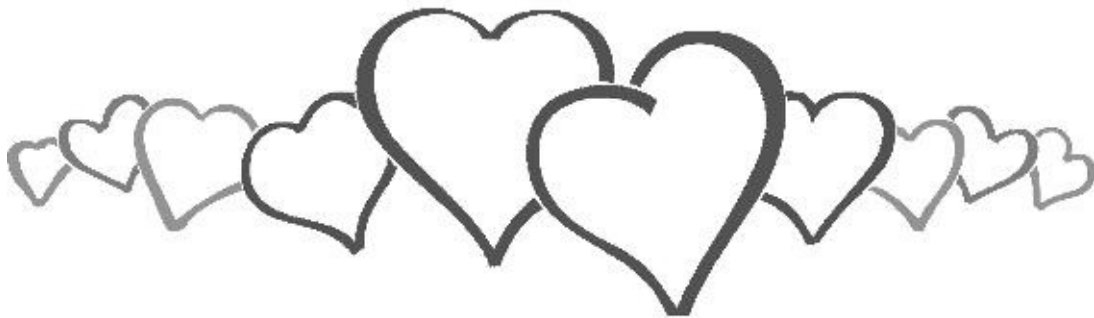
La sargento miró al agente con gesto dubitativo. Parecía no creer una sola palabra de lo que le estaba contando.

—¿Está segura? Le recuerdo que todo lo que diga aquí puede ser usado ante un tribunal. Le sugiero que se ataña a la verdad.

El corazón de Iris iba a partirse en dos. No solo por la fuerza con la que le latía, sino porque lo último que quería era implicar al que, pese a todo, ella consideraba el amor de su vida.

—Le he dicho la verdad. Fuimos ella y yo.

—Espere aquí —dijo antes de coger su expediente y salir por la puerta como alma que llevaba el diablo, dejando a Iris a solas con el policía.



Entretanto...

Ana no dejaba de preguntarle al agente cuándo la dejarían hacer la llamada a la que tenía derecho. El hombre esquivaba sus demandas con escuetas respuestas sin dar mucho detalle y sin contestación alguna que la satisficiera. Entre una de esas interrogantes, la sargento hizo entrada en la sala, alterando la contenida calma de Ana.

—Señorita Alcoholado, soy la sargento Untado. Voy a hacerle unas preguntas que, espero, conteste con franqueza —anunció sentándose frente a ella y abriendo el expediente, tal y como había hecho con Iris minutos antes.

Ana asintió, y escuchó atentamente cómo la policía le leía sus datos.

—... ¿Es correcto? —remató una vez soltada toda la retahíla.

—Sí, lo es.

—Acabo de hablar con su compañera, la señorita Cacharro. Por su bien, le sugiero, no incurra ni cometa el error de mentirme como ha hecho ella.

Aquella información la dejó de piedra. Ni por un segundo pensó que Iris iba a faltar a la verdad, no tenía por qué. Por primera vez desde que llegó, empezó a sentir verdadero miedo. Le temblaba cada parte del cuerpo, y cada vez veía más lejos la posibilidad de salir de allí, sobre todo si las versiones no coincidían, tal y como ella esperaba. ¿Qué le pudo contar Iris para que la mujer dijese aquello? En su mente se agolpaban multitud de dudas cuando, la mujer, volvió a la carga.

—Señorita Alcoholado, ¿se considera implicada en el caso?

—Sí —Su voz sonaba firme y clara, pese a que en su interior se sentía, específicamente, al contrario.

—¿Desde cuándo? —inquirió la policía.

Ana era consciente de la situación, y decidió que contarle toda la verdad sería su única salvación.

—Desde esa misma noche.

—¿Qué noche?

Ana dedujo que lo único que buscaba aquella mujer era confundirla. Aun así, ella no se amedrentó.

—La noche en que cometimos el asesinato —aseguró.

—¿Asesinato? ¿De qué está hablando?

—Bueno, así es como lo llaman en el pueblo —se justificó al ver la cara de asombro de la mujer.

—Desconocía por completo ese dato. Siga, por favor. ¿Qué ocurrió?

Ana tomó aire, y como si se una película se tratase, le contó a la sargento toda la historia desde el momento en que se cruzaron con los ex en la plaza de Despelúcame el Ovejo hasta que se cargaron la estatua.

—¿Me está diciendo que se cargaron la escultura y que era usted la que conducía, habiendo consumido alcohol, y que después decidieron huir para que no las pillara la policía?

—Sí, eso es.

Su respuesta no pareció gustarle a la sargento, y no trató de ocultarlo.

—¿Me está tomando el pelo?! —gritó a pleno pulmón la policía, dando un golpe en la mesa.

Aquello pilló a Ana por sorpresa, que acabó dando un respingo en la silla. El impacto fue tan inesperado y estruendoso, que hasta el agente que estaba de pie se sobresaltó al oírlo.

—¡No, claro que no! —se apresuró a aclararle. Fuera debieron escucharlo también, porque empezaba a oírse algo de jaleo—. ¡Le juro que todo lo que le he contado es cierto!

—¿Es usted consciente de dónde está, señorita Alcoholado?

Su enfado iba en aumento, como el tumulto que venía del exterior. A juzgar por el revuelo, algo estaba ocurriendo, y Ana no pudo evitar pensar que se trataba de Iris. Si se la estaban llevando, debía hacer algo para impedirlo.

—¡Está bien! ¡Le diré lo que quiera, pero suéltela!

—Explíquese —ordenó de malos modos.

El tumulto de fuera era cada vez mayor.

—¡No sé qué le habrá contado, pero ella solo quería ayudarme, se lo aseguro! —Ana rompió a llorar por la presión—. ¡Ella no ha tenido nada que ver! ¡Fui yo! ¡Era yo la que conducía, no ella! ¡Debe creerme, se lo suplico! ¡Le estoy diciendo la verdad! ¡Yo me cargué a Don Pepino!

El llanto y los gritos de Ana se entremezclaron con las voces del exterior, agotando la paciencia de la mujer.

—¡Vaya a ver qué ocurre! —le ordenó al agente que estaba en la sala—. Y díglele a quien sea, que baje la voz o...

—¡Se acabó el interrogatorio! —la interrumpió un hombre entrando de pronto en la sala. Su voz sonaba con tal firmeza que hasta a la mismísima señora Untado la hizo temblar.

Ana reconoció aquella voz al instante. Y aunque sus lágrimas le impedían ver con claridad, supo a ciencia cierta de quién procedía.

—Salga, sargento. Ya sigo yo —masculló clavando su férrea mirada en los ojos de la mujer, posando la mano sobre el expediente con una autoridad que solo él era capaz de imponer.

Incapaz de contradecirle, la policía se levantó y, tras mirar a Ana con gesto de absoluta impotencia, se marchó en silencio.

—Usted también —le ordenó al agente que seguía allí de pie sin abrir la boca.

Tras la marcha de este último, se metió la mano en el bolsillo y se acercó hasta Ana.

—¿Estás bien? —le preguntó en un susurro, abriéndole las espaldas.

Ana se limitó a asentir. Tenía tantas preguntas que hacer y tantas dudas que resolver que no supo por dónde empezar. Observó en silencio cómo la liberaba de los grilletes, y en cuanto sus manos se sintieron libres, se acarició ambas

muñecas intentando aliviar las marcas.

—Lo siento —anunció él sin apartar la vista del rostro de ella—. Siento mucho que hayas tenido que pasar por todo esto.

Sus ojos revelaban la sinceridad de aquellas palabras. Pero Ana no se dejó llevar, y sin decir nada se levantó y comenzó a darle golpes en el pecho. Solo cuando acabó su llanto cesó. Aquello le hizo descargar la adrenalina que durante horas había acumulado. Muñoz, por su parte, no se inmutó. No le estaba haciendo el menor daño, ambos lo sabían. Y no era nada comparado con lo que había tenido que vivir las últimas treinta y cuatro horas.

—Supongo que me lo merezco —susurró sin amilanarse. Estaba dispuesto a recibir de ella todo cuanto le viniese, incluso si se trataba de golpes como aquellos.

—¿Qué haces aquí? —inquirió ella, dolida por estar entre aquellas cuatro paredes y, sobre todo, por haberla hecho creer lo que no era, obligándola a apartarlo de su lado.

Filomeno, que compartía el mismo desconsuelo que ella, cogió la silla que momentos antes había usado la sargento, y la llevó hasta su lado. La colocó frente a la suya, y le pidió con amabilidad que se sentara. Ante el gesto, ella claudicó en silencio.

—Ana —comenzó a decir cogiéndola de las manos, aunque ella las apartó para rechazarlo—. Ana —repitió con dulzura—, siento mucho que haya tenido que ser de este modo. No podíamos decirnos nada.

—Los puñetazos no son nada comparado con lo que te hubiese hecho —masculló ella con la fiereza que tanto la caracterizaba.

Muñoz sonrió para sus adentros. Era precisamente su carácter lo que más adoraba de ella y lo que había logrado que se enamorara como un jovencuelo.

—Todo cuanto me digas, sé que me lo merezco —aseguró él con paciencia.

—Pues no te haces una idea del repertorio que tengo.

—Puedes decirme todo lo que quieras.

—Prefiero que seas tú el que hable —espetó sin ocultar la rabia que sentía—. Y procura no dejarte nada —añadió enfurruñada.

—Voy a hacer algo mejor que eso —anunció levantándose de pronto, dejando a Ana boquiabierta.

—¿A dónde vas? —le demandó ella al ver que se dirigía hacia la puerta.

—Te dije que sabrías todo a su debido tiempo.

—¿Y no ha llegado ya?

—Aún no.

—¡Mira qué bien!

—Lo tuyo no es la paciencia, ¿eh? —cuestionó burlón.

—¿Vas a dejarme sola?

Ana volvió a notar cómo sus latidos se disparaban. Por más que intentase esconderlo, lo cierto y verdad era que su corazón solo sintió alivio en el instante en que él entró en la sala.

—Confía en mí, *morena*.

Y tras ese apelativo que tanto gustaba a ambos y que Ana había echado tanto de menos, Muñoz abrió la puerta y se largó.

Capítulo 17

ELLOS

¡Llegó la hora de la verdad!

Ana aguardaba inquieta en la sala de interrogatorios. No dejaba de hacerse preguntas a sí misma, haciendo recuento de todo lo vivido con Filomeno e intentando unir cada cabo suelto que había quedado incompleto y sin atar. Rememorando ciertas conversaciones que había tenido con él cuando aún no sabía a qué se dedicaba, la puerta volvió a abrirse.

—¡Ana! —gritó Iris, apareciendo de pronto seguida de los chicos.

Las dos amigas se fundieron en un abrazo mientras ellos contemplaron orgullosos la tierna escena.

—¿Estás bien?

—Ahora sí —admitió Iris.

—Siento mucho que hayas tenido que pasar por esto.

—Eso nos toca decirlo a nosotros —la corrigió Ataúlfo.

—Hola, Giménez —lo saludó Ana. Él hizo lo mismo.

—Ha llegado el momento —anunció Muñoz, con la autoridad que lo caracterizaba.

Las chicas se miraron, y tras confirmarse con los ojos que estaban de acuerdo, se giraron hacia ellos dispuestas a escucharlos.

—¡Esperad un momento! —anunció Giménez saliendo de la sala, y volviendo segundos más tarde con un par de sillas en las manos.

Una vez que tomaron asiento unos frente a otras, Filomeno se dispuso a no postergar más la ocasión.

—Os debemos una disculpa.

—Nos debéis más que eso, ¿no crees? —se quejó Ana, rememorando lo ocurrido días atrás en la puerta del hostel. ¡Qué distinto era ahora todo!

—Tía, déjalo hablar que me muero por oír la historia —le riñó Iris.

Esta, como siempre, les daba coba. Y en especial a su chico, al que no dejaba de mirar como el primer día. Para ella fue mágico el instante en el que lo vio entrar a la sala de interrogatorios donde la había llevado la sargento. A diferencia de su compañero, su entrada fue mucho más cariñosa, sobre todo cuando, sin mediar palabra, se dirigió raudo a abrazarla, antes incluso de quitarle las esposas.

—Empezaremos por la punta —comentó Muñoz, sin poder apartar la vista de

Ana. Para él era un regalo el mero hecho de poder mirarla—. Solo os pedimos que nos deis la oportunidad de contaros todo. Y si al acabar no queréis saber nada de nosotros..., lo entenderemos —admitió con el esfuerzo que suponía que esa última parte se hiciese realidad.

Ana cogió la mano de Iris por debajo de la mesa. Necesitaba el apoyo de su mejor amiga para escuchar lo que tuvieran que contarles. Solo ella sabía por lo que habían pasado y lo que realmente sentían por ellos.

—Estamos listas —anunció Ana, tras el apretón que ambas se dieron en señal de incondicional aliento.

Muñoz tomó aire, y sin dejar de mirar a la que consideraba su chica y el verdadero amor de su vida, se dispuso a darles lo que, sin duda, ellas merecían. Tanto él como Giménez corrían el peligro de perderlas para siempre, pero era un riesgo debían correr. Se lo debían, y también a ellos mismos.

—Ataúlfo y yo nacimos y nos criamos en Híncala Arriba —anunció dejándolas de piedra. Acababa de empezar y ya les estaba dando información que no esperaban—. Cuando supimos lo que queríamos, nos marchamos a Ávila, a la academia de policía. La mayoría piden destino cuando se licencian, nosotros, en cambio, elegimos quedarnos allí para no volver al pueblo.

—Lo entendemos —reconoció Iris, poniéndose en la piel de ambos.

—Por eso me dijiste que era fácil salir de aquí para quien tenía lo que había que tener —comentó Ana sin apartar la vista de sus seductores ojos.

—Así es.

Aquel recuerdo les hizo sonreír a ambos. Tan solo habían pasado unos días desde esa conversación y la sensación que tenían los dos era que habían transcurrido semanas.

—Sigue —le pidió ella.

—Nuestro jefe, que es un toca-pelotas como pocos, nos encomendó este caso como castigo a nuestro último trabajo.

—¿Qué pasó? —demandó Iris intrigada.

—Aquí mi amigo —respondió Giménez señalando a Muñoz—, se entretuvo con una tía en un momento en el que debíamos estar en la otra punta de la ciudad.

El mencionado se ganó la risita contenida de Iris y la mirada reprobatoria de Ana.

—Esa parte no era necesario aclararla —masculló molesto por cómo ella la miraba.

—¿Cómo que no? —se defendió ella—. Claro que sí. Sigue. Y no te dejes nada en el tintero —le pidió a Giménez sin apartar la vista de Muñoz.

—Lo que él ha dicho es cierto. Nuestro jefe es un capullo, y nos mandó aquí

como castigo, a sabiendas de que no teníamos intención alguna de volver.

—¿No tenéis familia aquí? —quiso saber Iris.

—Solo un primo, con el que coincidimos la noche del accidente.

—¡El de la verbena! —soltó Ana atando otro de los cabos sueltos.

—Sí —reconoció asintiendo al mismo tiempo.

—¿Y qué os llevó entonces a Villa Pepino de madrugada? —cuestionó Ana, que no encontraba respuesta a esa parte de la historia.

—Acabábamos de llegar y decidimos ir a inspeccionar el terreno. Fue entonces cuando os vimos llegar y... lo que sucedió después ya lo sabéis.

—¡Un momento! Aquí hay algo que no cuadra —soltó Iris quien, al igual que Ana, intentaba recomponer todas las piezas del puzle.

—Dime qué quieres saber —le requirió Giménez.

—¿Qué hacíais allí en la plaza?

—Esa es la otra parte de la historia y lo que nos lleva al motivo por el que estamos aquí.

Las chicas volvieron a darse otro apretón bajo la mesa, preocupadas por lo que pudieran decirles.

—La misión era investigar la empresa de vuestra jefa y destapar sus trapos sucios.

Aquello cayó como un jarro de agua fría para ambas.

—¿Arcadia? —preguntó Iris sin dar crédito—. ¿Trapos sucios?

—Sí —contestó Muñoz, retomando la conversación—. Arcadia lleva años fabricando y falsificando artículos de marca.

—¡Pero eso es imposible! Yo llevo la contabilidad y jamás he visto...

—Hay una doble contabilidad a la que tú nunca has tenido acceso —la interrumpió Giménez—. Ese era precisamente el temor que teníamos, que ambas estuvierais implicadas y supierais lo que se cocía allí. Hoy se ha producido la redada, y se está interrogando a todo el personal.

—Yo no tenía ni idea —admitió en un susurro Ana.

—Lo sé, cariño —afirmó Filomeno de igual forma, sin poder ocultar el inmenso amor que sentía por ella.

—Eso lo averiguamos enseguida —intercedió Ataúlfo.

—¿Cuándo? ¿Antes o después de ponernos la nota en el coche? —masculló Iris. No podía creer lo que estaba oyendo. La idea de que el hombre del que estaba profundamente enamorada la estuviese investigando le revolvía el estómago.

—Después —confesó este, con la certeza del daño que le estaba haciendo a la mujer que amaba.

—Así que antes, decidisteis divertirlos.

—Puede que un poco sí.

—¿Un poco? ¡Esto es el colmo!

—Tía, cálmate —le pidió Ana.

Las tornas volvían a cambiar entre ambas.

—Sé que no está bien, cielo —formuló Giménez—, y te pido perdón por ello.

Muñoz guardaba silencio, viendo cómo su chica se posicionaba de su parte por primera vez.

—Tía, míralo de este modo. Si no hubiese sido por eso, no estaríamos aquí —aseguró Ana.

—¿Y dónde estaríamos, según tú?

—Estaríais aquí igualmente —anunció Muñoz—, pero no estaríamos teniendo esta conversación. Seguiríais siendo interrogadas por la sargento Untado.

—Eso me lleva a cuestionarme otra cosa —observó Ana.

—¿El qué?

—Vuestro rango.

—Yo soy Teniente —respondió Muñoz—. Él es Sargento Primero —aclaró señalando a Ataúlfo.

—Ahora entiendo la forma en que lo mandabas callar. Tu rango es superior al suyo.

Aquello curvó los labios de Filomeno, que no podía sentirse más orgulloso de ella.

—Bueno, también hay que sumarle que este es un capullo cuando se pone —bromeó Giménez, contagiando así al resto, incluida Iris.

—¿Puedo preguntarte algo? —demandó esta.

—Lo que quieras.

—¿Dudaste de mi inocencia en algún momento?

—Tal vez al principio, es parte de mi trabajo —se justificó con total sinceridad—. Pero en cuanto te conocí y pude ver cómo eras en realidad aquella noche en el hostel, supe que no tenías nada que ver. Y ella tampoco —añadió señalando a Ana.

—¿Y tú? —inquirió esta dirigiéndose a Muñoz.

—Yo tardé un poco más —confesó—. En mi trabajo nos enseñan a desconfiar de todo y de todos. No te lo tomes a mal.

—No lo hago. Es solo que intento justificar por qué fuiste tan capullo conmigo.

—Eso le viene de serie —comentó jocoso Ataúlfo, ganándose la sonrisa de ellas y la fingida molestia de su fiel compañero.

—Vale. ¿Y lo de la visita a la tienda? ¿Y lo de hacer que trasladaran los artículos de la fábrica allí? —Iris seguía dispuesta a aclarar todos los puntos.

—Debíamos descartar que la mercancía se vendía al por menor. De ser así, nos hubiésemos vistos obligados a deteneros nosotros mismos.

Ana tragó saliva al escucharlo. No podía ni imaginar cómo hubiese sido la escena, y se obligó a sí misma a desecharla de forma rápida de su mente.

—Vuestra jefa lleva años siendo la precursora de una de las mayores mafias de falsificación del país —aclaró Giménez—. Nuestra misión era, además de atraparla a ella, averiguar quiénes eran sus compradores, algo que en nuestro departamento llevaban tiempo sin conseguir.

—Se trata de un grupo bien preparado y difícil de coger —continuó explicando Muñoz—. Lo tenían todo bien estructurado para que nos fuese casi imposible pillarlos. La única forma de hacerlo era infiltrándonos en el terreno y conseguir que la mercancía saliese de la fábrica.

—Por eso os hicisteis pasar por compradores —comentó Iris.

—Por mafiosos, más bien —la corrigió Giménez.

—Debíamos convencer a Arcadia de que trabajábamos para un hombre muy importante, ofreciéndole mucho dinero de por medio, con la única condición de que sacase la mercancía y la llevase a la tienda.

—¿Por qué allí? —cuestionó Ana.

—Fue una corazonada de nuestro jefe. Él pensó que el cliente se vengaría al saber que vuestra jefa le cortaría el grifo y que, en su lugar, ahora le vendería a otro.

—¿El robo?

—Sí.

—¿Y si le hubiese dado por entrar un día en la tienda pegando tiros? —bramó Iris—. ¿Os dais cuenta del peligro que nos habéis hecho pasar?

—No podíamos contaros nada —se justificó Giménez—. Pero esa gente no suele tardar mucho en reaccionar, y por eso hicimos todo lo posible porque ella cerrase la tienda y os diese vacaciones.

—¿Y lo del fin de semana? —preguntó Ana.

—Lo de llevaros a pasar el fin de semana era para alejaros de todo y que no sufrierais ningún tipo de peligro —aseguró Muñoz.

—¿Solo eso?

—No. También porque te dije que te llevaría donde tú sabes, y quise cumplirlo —reconoció refiriéndose a lo de «llevarla al cielo».

—¿Y cómo supisteis que estaban robando? —Iris no dejaba de cuestionarlo todo. Aún faltaban unas cuantas piezas en el rompecabezas.

—Cuando os fuisteis del despacho del director del hotel, nos presentamos y

le pedimos que nos avisara de la forma más discreta posible si nos llamaban de comisaría. La sargento Untado ha sido la persona encargada de colaborar con nosotros en la investigación y la que estaba de guardia aquella noche. Ella fue quien llamó al hotel y quien nos avisó.

—Pero tú nos dijiste que habíais sido vosotros —masculló Ana—, y hemos creído todo este tiempo que erais ladrones.

—No fue así exactamente —la corrigió—. Tú preguntaste si teníamos algo que ver con el robo de la tienda, ¿recuerdas?

Ella asintió. Su respuesta a aquella pregunta fue precisamente la que lo cambió todo.

—No podíamos deciros nada para no implicaros más en el caso y manteneros al margen. Era lo mejor para todos, y para que nadie supiese cuál era nuestra verdadera misión.

—¡Pero nos hicisteis creer que erais delincuentes! —se quejó Iris—. ¡Nos habéis hecho pasar las peores horas de nuestra vida!

Nada más pronunciar la última palabra rompió a llorar, y Ataúlfo se levantó como un resorte. En apenas medio segundo se abalanzó sobre ella y la estrechó entre sus brazos.

—Lo siento mucho, amor mío. Créeme que para nosotros ha sido igual de duro —murmuró consolándola, acogiendo su llanto como suyo propio.

—¿Es eso cierto? —quiso saber Ana, dirigiéndose a Filomeno.

—Ven aquí —le pidió alargándole la mano por encima de la mesa.

Ella la cogió, y sin soltarla, se levantó y se fue hasta donde él estaba. Muñoz la cogió de la cintura y la sentó en su regazo sobre su pierna izquierda.

—Morena. Eres lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo, por no decir nunca. Separarme de ti ha sido lo más difícil que he hecho jamás. Pero debía hacerlo para protegerte. Espero que sepas perdonarme.

—Solo una cosa más —anunció ella ante el asombro de todos.

—Lo que quieras —Filomeno no podía ocultar lo feliz que le hacía volver a tenerla entre sus brazos.

—¿Cómo es posible que, siendo policías, accedierais a ayudarnos?

La pregunta arrancó la risa de ambos.

—¿De qué os reís? —cuestionó Iris limpiándose las lágrimas de la cara.

—Eso fue cosa de aquí, don «capullo» —confesó Ataúlfo sin dejar de reír.

Aquello consiguió destensar el ambiente.

—¿Es eso cierto, Teniente? —preguntó Ana frunciendo el ceño, asombrada por aquella confesión. Era la primera vez que lo llamaba así, y una grata sorpresa descubrir que le gustaba.

—Lo es, *morena*. ¿Algo que objetar?

—¿«Objetar»? ¿Eres consciente de que tras ese espejo puede haber alguien escuchándote? Si os detienen, ¿quién va a sacaros de aquí?

Su ocurrencia provocó de nuevo las risas de ambos policías. Ellas no lo sabían, pero prácticamente desde el principio, su jefe estuvo al tanto de todo. Fue la condición y la excusa que ambos le pusieron para poder obtener más información y, según ellos, infiltrarse desde dentro para cumplir mejor la misión.

—Eso es lo que menos debe preocuparte ahora. ¿Acaso no sabes que sé valerme por mí mismo?

—Te perdono, cariño —susurró de pronto Iris, rindiéndose ante los ojos de su Ataúlfo.

Este, sin dudarle un solo segundo, la izó para levantarla y fundirse con ella en un profundo beso, aniquilando así las rencillas y sellando el amor que había entre ambos.

Ana y Muñoz, ante la tierna escena, se miraron divertidos.

—Que digo yo, que nosotros también podríamos hacer lo mismo —propuso Muñoz simulando estar enfadado porque ella no lo había besado aún.

—¿Qué pasa, Teniente? ¿Tiene usted envidia? ¡Quién le ha visto y quién le ve!

—¿Acaso tú no? —gruñó, esta vez sin molestarse en disimular nada. Estaba molesto y celoso, ¿para qué negarlo?

—Vaya, Teniente, no lo creía capaz de eso.

Ana empezaba a divertirse de lo lindo. Llamarlo así le provocaba, cuanto menos, su lado más salvaje e impúdico.

—¿Vas a decirme ya si me perdonas o no?

Muñoz empezaba a perder la paciencia. Ana podía ser terca como una mula.

—¿Y si no quiero? —se burló dedicándole una picarona sonrisa.

—Se acabó, *morena* —masculló cogiéndola de la nuca con una mano—. Si me he ganado ese rango es por algo —remató atrayéndola hasta él para besarla.

Demasiadas horas sin ella, demasiadas horas sin su sabor, y demasiado tiempo sin la que era ya, de forma firme y fehaciente, la mujer de su vida. Filomeno la besó como nunca antes, devorando cada rincón de su boca. El deseo y la pasión quedaron marcados en aquel beso. Ya no había vuelta atrás. La misión había acabado, y su historia de amor, solo acababa de empezar.

Capítulo Extra

FILOMENO Y ATAÚLFO

Unos días antes...

—Tío, ¿qué hacemos aquí? —se quejó Giménez—. Ya sabemos dónde está la tienda. Vámonos al hostel que estoy cansado —propuso tras un bostezo.

Era bien entrada la madrugada, no había ni un alma en la calle, y Ataúlfo se moría por una buena ducha caliente y por descansar algo después del viaje.

—¡Eres un flojo! —le respondió Muñoz desde el asiento del piloto. Ambos estaban dentro del todoterreno de este.

Filomeno presentía algo. No sabía el qué, pero su instinto le decía que debía aguardar un poco más.

—Mira —dijo de pronto llamando la atención de su compañero.

Por el principio de la calle venía un coche haciendo eses.

—Menuda cogorza lleva el colega —comentó sin ver con claridad quién conducía—. ¿No crees que deberíamos avisar?

—¿Por una borrachera? ¡Anda ya! —cuestionó Filomeno. Aunque al volver a mirar al coche, vio que este no tenía intención alguna de girar—. ¡El cabrón viene hacia aquí!

—¡A ver si con la tontería va a darnos! —Aquello consiguió desvelar por completo a Ataúlfo. El vehículo no iba a gran velocidad, pero a juzgar por sus extraños movimientos, la cosa no pintaba bien.

—¡Grábalo! Corre, date prisa —le apremió Filomeno.

—Ya voy, ya voy —recalcó sacando del bolsillo del pantalón su iPhone XS, su última adquisición a la que veneraba y cuidaba como oro en paño—. ¡Son dos mujeres! —anunció sorprendido al ampliar el zoom.

—¡No jodas!

Muñoz se quitó el cinturón para acercarse todo lo posible al cristal del copiloto. No quería perderse nada.

—¿Se están besando? —preguntó divertido al verlas.

—No. Creo que solo se están abrazando —confirmó gracias a lo que veía a través de la pantalla del móvil.

Muñoz entrecerró los ojos para agudizar más la vista, cuando de pronto, el coche se estampó contra la estatua del pueblo, haciéndola añicos.

—¡Tócate los huevos! —soltó a bocajarro.

—Tenemos que ayudarlas —anunció Giménez bajando el móvil, queriendo salir en su auxilio.

—Espera, tío. No se han hecho nada. Míralas.

Su compañero volvió a girarse para corroborar lo que le decía. Estaba en lo cierto, estaban en perfecto estado, casi tanto como el coche, que apenas se había hecho nada.

—Sigue grabando —le pidió Muñoz.

—¿Para qué?

—Hazme caso. Se me está ocurriendo algo.

—Tío, cuando te pones así me acojonas.

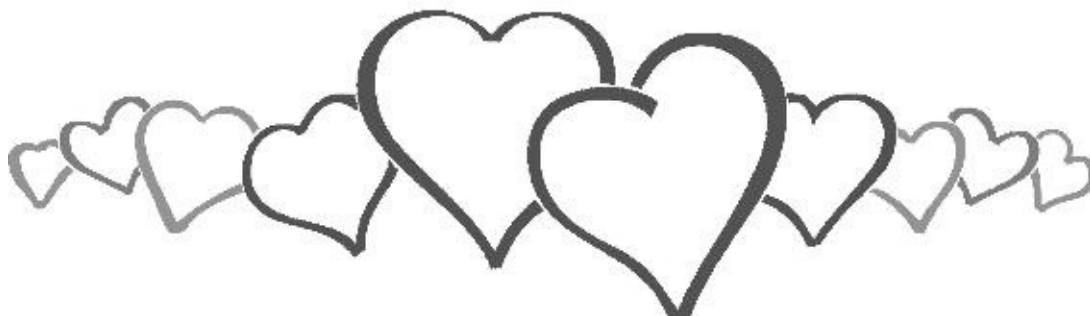
—¡No me toques las pelotas, Giménez! Sabes tan bien como yo que ninguno de los dos quería venir aquí. Al menos, déjame que me divierta.

Pero las chicas dieron marcha atrás y se largaron antes de que pudiera volver a recogerlas con la cámara.

—Ya si eso no grabes —se quejó volviendo a su asiento al ver cómo el coche desaparecía ante sus narices.

—¡Si no me han dado tiempo! —se defendió Ataúlfo.

Muñoz se mostró gruñón no por la grabación, sino porque apenas tuvo tiempo de ver a Ana. No quiso confesarlo, pero desde el instante en que se fijó en ella, llamó su atención. Había algo especial en aquella chica. Aún no sabía el qué, aunque tarde o temprano lo averiguaría.



Al día siguiente, tras volver de nuevo a la plaza y tomarse un par de cervezas en La Tapa, los chicos ya se marchaban cuando las vieron llegar.

—¡Son ellas! ¡Sube al coche! —le ordenó Muñoz presionando el botón del mando del todoterreno.

—Te recuerdo que no nos conocen —se mofó Giménez ya en el interior una vez que cerró la puerta.

Las chicas, tras bajarse del coche, uno distinto al del accidente, se pararon a mirar uno de los carteles que había repartidos por el pueblo. Filomeno, que no podía apartar la vista de Ana, pronto se percató de que, a plena luz del día, era aún mucho más guapa. Aunque fue precisamente esa claridad la que le hizo recordar algo.

—¿Sigues teniendo el expediente en tu cartera?

—Sí, ¿por qué?

Muñoz no respondió. En su lugar, alargó el brazo hasta el asiento trasero y la cogió.

—¿Qué buscas? —cuestionó Giménez.

—Eres un buen policía, tío, pero tu memoria fotográfica no vale una mierda —apuntó sacando una carpeta del bolso de su compañero.

—Da gracias a que somos amigos, porque te partiría la cara.

—Ah, ¿sí? ¿Tú y cuántos más como tú? —se burló sin dar la menor importancia a su amenaza. Su amistad y la confianza que había entre ambos les permitía hablarse de aquel modo—. Anda, deja de quejarte y mira.

Ataúlfo cogió el expediente que su compañero le entregó y alzó las cejas al ver lo que contenía. Eran las fichas del caso, y entre ellas, estaban las fotos de las chicas.

—Iris y Ana —leyó en voz alta—. ¡Qué ojo tienes, cabrón!

—Sabía que me sonaba de algo —confirmó Muñoz, obviando la parte en que Ana le gustaba.

—La foto no le hace justicia —Giménez no dejaba de contrastar la imagen que aparecía en el sumario con ella.

—¡Eh, un momento! Estamos hablando en singular. ¿A cuál de las dos le has echado el ojo?

—¡Yo no le he echado el ojo a ninguna! —mintió Ataúlfo, ganándose una mirada de su compañero que se podría traducir como «¿qué me estás contando, colega?»—. ¡Vale, me has *pillao*! La rubia —aclaró.

—Bien. Así me gusta.

—Aclarado pues.

Ambos se entendían con escasas palabras.

—¿Y ahora qué? —preguntó Giménez.

Muñoz pensó en su respuesta cuando, al ir a guardar la carpeta, vio algo en el interior de la cartera que llamó su atención.

—¿Y esto? —cuestionó mostrándole un par de sobres—. ¿Aún sigues mandando cartas? ¿Qué pasa, tío, tanto móvil y tanta tecnología y no sabes lo

que es un puto *e-mail*?

—¡Métete en tus asuntos! —gruñó quitándole los sobres de un tirón.

Muñoz iba a seguir con la coña cuando vio que su mejor amigo cambiaba el semblante.

—¿Qué ocurre? —preguntó preocupado.

—Sé que no está y que no las leerá nunca. Pero me gusta escribirle de vez en cuando.

Ataúlfo se refería a Pilar, su difunta mujer.

—Lo siento, tío. No quería...

—No importa, sé que no lo has hecho adrede. Es solo que... Tienes razón. Es una estupidez.

—Si te hace feliz hacerlo, no seré yo quien te cuestione. No lo sabía, y lo siento.

—No, tranquilo. Es hora de pasar página. De hecho —anunció ya más repuesto—, puede que tengas razón y que no sea mala idea eso de divertirnos.

—¿Estás seguro?

—Muñoz, no te imaginas lo que me toca las pelotas cada vez que me haces esa pregunta.

—Vale, eso es un sí —se mofó, ofreciéndole la mano. Ambos la estrecharon abrazando el dedo pulgar, de ese modo tan particular entre hombres.

—Una cosa, ¿qué vamos a hacer con las chicas?

Ellas ya estaban sentadas en la terraza del bar. Desde su posición podían verlas charlando con el camarero.

—Te propongo algo —anunció Filomeno con convicción—. Sé cómo darles un nuevo uso a esos sobres.

—Todo tuyos —señaló entregándoselos.

—¿Dispuesto a divertirte?

—Sí.

—Hablo en serio.

—Yo también.

Filomeno sonrió, y ante la atenta mirada de su compañero, sacó de la cartera lo necesario para escribir una nota.

—¿En serio vas a ponerles eso? —cuestionó guasón al ver que Filomeno escribía «Sabemos que habéis sido vosotras».

—Y adivina qué. Tú serás el encargado de ponérselo en el coche.

—¡Eres la hostia! Aunque, ¿te importaría contarme el resto del plan?

—Tú pon el sobre sin que nadie te vea, y luego te cuento —comentó Muñoz con ladina sonrisa.

—Espera. Hay algo más —anunció Giménez antes de bajar—. ¿Cómo vamos

a justificar esto al jefe?

—De eso me encargo yo, no te preocupes. Tú haz lo que te digo.

—Eres consciente de que deberíamos dar parte de lo que pasó anoche, ¿no?

—Sí. ¿Y?

—Nada, nada —dijo mostrando las palmas de las manos—. Si tú dices que te encargas del asunto, por mí no hay problema.

—Así me gusta, sargento, que me obedezca —soltó guasón.

—¡Que te follen, Teniente! —le respondió de igual modo Giménez saliendo del coche.

Su compañero lo observó divertido y orgulloso porque estuviese dispuesto a seguirlo una vez más y, sobre todo, porque estuviese listo para pasar página y mirar hacia delante en lugar de hacia el pasado. Quién sabía si aquella chica rubia le haría olvidar y mitigar, al menos durante el tiempo que durase la misión, un poco su dolor. Él deseaba con todas sus fuerzas que así fuese. Del mismo modo que deseaba que la morena fuese como él esperaba y se prestase a su juego. En aquel pueblo la mayor diversión era la máquina tragaperras del bar, y él debía buscarse la suya propia. ¿Y qué mejor manera que con aquella morena a la que le había echado el ojo y no podía dejar de mirar? No iba a hacerle daño, de eso estaba seguro, porque desde un principio se lo dejaría bien claro; nada de enamoramientos ni chorradas de esas. Él solo iba a distraerse. Cuando todo acabase, volvería a su vida rutinaria, a su ciudad y a su pequeño apartamento. Pero mientras llevase el caso adelante, ¿qué había de malo en conocerla?

Epílogo

Unos meses más tarde...

—¿Era necesario tanto? —se quejó Muñoz vaciando el maletero del todoterreno en la puerta del hotel.

—¡Claro que sí, *guapi!* —respondió Ana divertida.

Habían ido a pasar dos semanas de vacaciones a Benidorm, y a él le parecía que ella se había preparado para ir a la guerra.

—Pero si has vaciado medio armario —insistió. Su coche era grande, aunque con tanta maleta era como si hubiese encogido.

—Lo que me lleva a recordarte que debemos mudarnos cuanto antes.

—¡Ah, no! Por ahí sí que no paso —gruñó deteniéndose en seco, pese a que aún quedaban varias bolsas más que sacar—. Ya lo hemos hablado, *morena*. No pienso irme de mi apartamento.

—¡Pero yo necesito un sitio donde meter mis cosas! ¿O acaso quieres que sigamos viviendo entre cajas? Están por todas partes y apenas podemos movernos.

—¿Tal vez porque te llevaste medio pueblo a mi casa?

—¡Qué exagerado eres! —rio ante el gesto de espanto de Filomeno—. A ver, *moreno*, que te quede clara una cosa —anunció acercándose a él de modo provocativo—. Ya no es solo tu casa, te recuerdo que perdiste ese privilegio el día que me pediste que me fuera a vivir contigo, hace ya unos meses —Él fue a hablar, pero ella lo interrumpió sellándole los labios con el dedo—. Y para tu información —añadió—, todo ese «medio pueblo» al que has hecho referencia, son mis cosas más sagradas, esas que tanto te gustan y te vuelven loco cuando me las quitas.

Muñoz se empalmó con solo recordarlo. En su última noche antes del viaje, Ana lo sorprendió con un conjunto de encaje negro que le hizo perder la razón.

—¿De cuántos dormitorios has dicho que quieres el nuevo apartamento? —preguntó cogiéndola por la cintura para plantarle un beso de esos que tanto le entusiasmaban y la dejaban temblando.

—¡Eh, que corra el aire! —soltó Ataúlfo llegando hasta ellos acompañado de Iris. Ellos venían detrás y habían aparcado a unos cuantos metros de sus amigos.

—¿Qué pasa, tío, tienes envidia? Ya sabes lo que tienes que hacer con tu parienta —comentó Filomeno jocoso.

—Yo lo haré antes que tú, mamón, porque pienso llegar antes a recepción —

se burló mostrando la única maleta que arrastraba.

—¡Serás cabrón!

Las chicas se partían de risa al verlos. Había tanta complicidad entre los cuatro, que ninguno se cortaba lo más mínimo para atacar al otro.

Una vez en recepción, ellas aguardaban junto al arsenal de maletas a que ellos diesen los datos.

—¡Qué ganas tengo de zambullirme en el agua! —anunció Iris abanicándose con la mano. Pese al aire acondicionado, ella sentía un calor de órdago.

—¡Calla, que eso me recuerda que estoy más blanca que la leche! ¡Qué vergüenza, por favor! Todo el mundo estará bronceado menos yo.

—Todos los veranos dices lo mismo, Tami, y luego eres la primera de las dos en ponerte negra como una morcilla.

—Ya, tía. Pero hasta que no llegue ese momento...

Ana no acabó la frase al ver que un hombre no dejaba de mirarla. Era alto y muy rubio, guiri tal vez.

—¿Has visto cómo me mira ese? —cuchicheó sin apenas mover los labios para que no se diese cuenta que hablaba de él, algo imposible, por cierto.

—Es un descarado. Ignóralo. No lo mires.

—Si no lo hago —se defendió—. Pero me está poniendo nerviosa.

El hombre, que no se cortaba ni un pelo, tenía un color de ojos que Ana no había visto jamás. Eran tan azules que parecían transparentes. Por más que quisiera evitarlo, le era difícil apartar la vista por el modo en que él la miraba.

—Ya está —anunció Ataúlfo al llegar hasta ellas.

—Vamos, estoy deseando dejar las cosas y bajar a la playa —le respondió Iris.

Ana fue a seguirles, cuando Filomeno la detuvo.

—Aguanta un momento, *morena* —dijo cogiéndola de la cintura para después atrapar su boca con ansia.

—¿Y esto? ¿No te aguantas a llegar a la habitación?

Aquello la puso juguetona, hasta que vio cómo Muñoz se giró hacia el rubio y este se largaba.

—Así que era eso. Me gusta cuando te pones celoso, *moreno* —afirmó dispuesta a devolverle lo que él le dijo en el hotel Pajera Open—. ¿Acaso no te fías de mí?

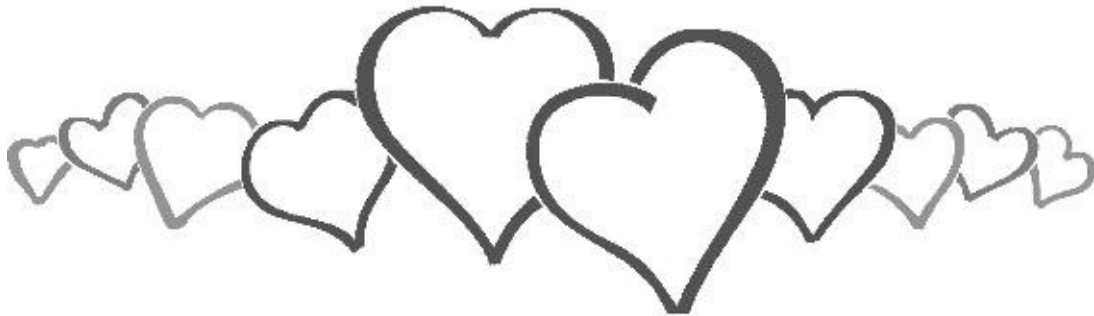
—Sé por dónde vas, y no es lo mismo.

—Ah, ¿no? ¿Y en qué se diferencia, según tú?

—Soy hombre —masculló evitando soltar todo lo que se le pasaba por la mente.

—Y yo te recuerdo que no soy cualquier tía, *moreno* —remató retomando su

marcha hacia el ascensor con una enorme sonrisa llenando su cara.



—¡Madre mía, esto es el mismísimo paraíso! —soltó Iris al llegar a la playa pasados unos minutos.

Ataúlfo no podía sentirse más orgulloso al verla tan feliz. Había organizado el viaje con Filomeno para darle gusto a las chicas. Ellos hubiesen preferido alternar una semana allí y otra en la montaña, pero ellas prefirieron la playa, y a la que solo iban una vez al año.

—¡Nos vamos al agua! —gritó Ana tras dejar las cosas en la arena. Ella e Iris se morían por bañarse—. ¿Quién se viene?

—Id vosotras. Nosotros nos quedaremos aquí vigilando.

—Filomeno, hemos venido para relajarnos, no para trabajar, que no se te olvide —protestó ella. Sabía que era algo innato en él, pero le fastidiaba que no lograra tranquilizarse ni siquiera en vacaciones.

—Ahora iremos. Vosotras divertíos.

Ana claudicó y, después de darle un beso, se fue hacia el agua acompañada de Iris. Muñoz se quedó embobado observándola. Tumbado sobre su toalla junto a su fiel amigo, comenzó a pensar en lo mucho que ella había cambiado su vida.

Tras resolver el caso de la falsificación de bolsos y conseguir detener a todos los implicados, incluida Arcadia, la jefa de ambas, ellos volvieron a Ávila. Debían hacerlo para resolver unos cuantos asuntos, aunque no tardaron en regresar al pueblo. Filomeno no lo tuvo nada fácil con Robustiano, el padre de Ana. Ataúlfo, en cambio, fue recibido en casa de Iris con los brazos abiertos. Eso sí, a ambos les aguardaba una cálida comitiva de vecinas dispuestas a todo con tal de conocerlos formalmente. Ese día tuvieron que soportar más sobos que en toda su vida.

Su relación con las chicas se fue afianzando cada vez más con el paso del tiempo. Ellos eran los que viajaban para verlas, pues ellas no tenían recursos al quedarse sin empleo tras el cierre de la tienda y toda la empresa de Arcadia. Pero la distancia se hizo cada vez más insoportable. Las citas por medio de Skype o las vídeo-llamadas no eran suficientes para ninguno de los cuatro. Fue entonces cuando los chicos decidieron ir a por ellas. Habían tanteado el terreno, y en la semana que las chicas pasaron en Ávila, estas consiguieron trabajo. Iris logró entrar en una tienda de Apple y Ana consiguió empleo como dependienta en una modesta boutique de ropa de alta costura. Todos celebraron la noticia, hasta que llegó el momento de regresar al pueblo y comunicárselo a las familias.

Robustiano, el padre de Ana, no se lo tomó nada bien. Su única hija se iba a vivir a demasiados kilómetros de él. Al principio le costó asimilarlo, pero cuando Josefa, su mujer, le recordó que él también hizo lo mismo, no tuvo más remedio que claudicar. En casa de Iris fue justo al revés. Su madre adoraba a Ataúlfo tanto o más que su hija, y recibió la noticia como si le hubiese tocado la lotería. La mujer, en cuanto Iris le confesó que se iba a vivir con él, salió corriendo a gritárselo a las vecinas. Filomeno aún se ríe cuando recuerda cómo su amigo le contaba la escena.

—¿En qué piensas? —le preguntó Giménez. A juzgar por su sonrisa, sabía que tenía que ver con las chicas.

—Estaba echando la vista atrás y acordándome de tu despedida con las vecinas de Iris.

—¡No me lo recuerdes, cabrón! —gruñó divertido, lo que provocó las carcajadas de ambos.

—Me hubiese gustado verlo.

—¡Vete a la mierda!

Filomeno no podía dejar de reír, y menos aún al ver las caras que su compañero le ponía.

—Yo estaba pensando en algo muy distinto —anunció Giménez.

—Tú dirás.

—¿Cuándo le vamos a decir a las chicas lo del accidente?

—Quedamos que no les diríamos nada —espetó Muñoz, borrando de un plumazo la diversión.

—Lo sé. Es solo que no quiero ocultarle nada a Iris.

—Eres un romántico empedernido y siempre lo serás —masculló negando con la cabeza—. ¿De qué sirve que lo sepan?

—Ellas creen que fue por el calor.

—Como todo el pueblo, para eso amañamos el informe del laboratorio.

—Ya, tío, pero...

—Giménez, no me toques lo huevos. Sé que no estuvo bien, y nos jugamos la cabeza como alguien se entere, así que haz el favor de dejarlo estar. Acordamos mantenerlo en secreto, y así debe seguir. ¿De acuerdo?

—Lo sé. Si tienes razón.

—Pues por eso mismo. Parece mentira, tío. Sabes de sobra cómo es nuestro trabajo y que lo más importante y lo que más nos puede salvar el pellejo es precisamente la discreción.

—Vale, papá —dijo para quitar hierro al asunto.

—Me alegra que lo entiendas. Y, por cierto, por la cuenta que te trae, no vuelvas a llamarme así en tu puñetera vida.

Giménez rio al ver su enfado.

—¿Por qué no, capullo? Algún día tendrás que darle un hijo a ese *bellezón* —enfaticó mirando hacia el agua. Ataúlfo no dejaba de pensar en la idea de ser padre. Aún no lo había hablado con Iris, pero sabía que tarde o temprano tendría que hacerlo.

—¡Eh, mamón, a ese «*bellezón*» ni mirarlo! —soltó Muñoz defendiendo su terreno, marcando territorio—. Y en cuanto a lo otro, olvídale.

—Pues yo diría que tu parienta tiene algo de panza, ¿eh?

—¡No jodas! —masculló incorporándose para verla.

Giménez, al ver la cara de acojone de su amigo, comenzó a reír a carcajadas. Filomeno se había convertido en una fácil diana desde que perdió la cabeza por Ana. Todo lo duro que era antes, ahora, cuando se trataba de ella, era como un osito de peluche.

—Levanta el culo y vamos al agua —le ordenó al ponerse en pie.

—Ya voy, mandón —se burló obedeciéndole y colocándose a su lado en un rápido movimiento.

—¿Preparado?

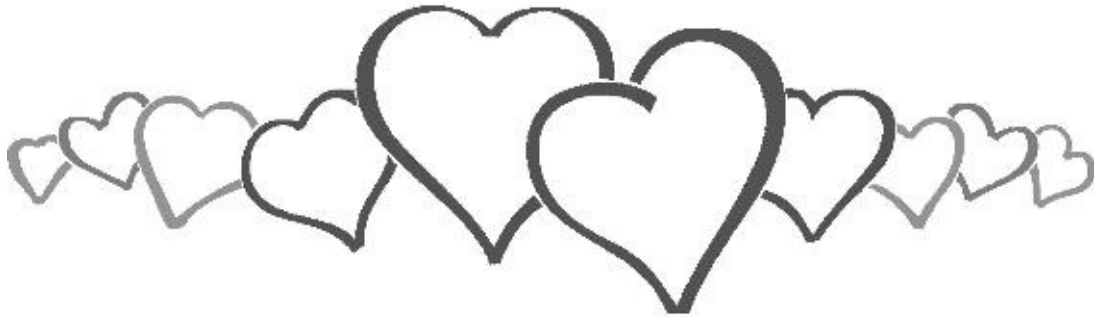
—Preparado

Al unísono, ambos se quitaron la camiseta que aún llevaban puesta, provocando las miradas de cuantos habían allí.

—Mira que te gusta llamar la atención —se burló Giménez.

—Di lo que quieras. Pero solo lo hago para que sepan que solo nosotros podemos comernos a esos dos bombones que hay en el agua.

Su amigo rio, y juntos se adentraron en busca de sus chicas.



Entretanto...

—Minervino, ahora no puedo atenderte.

—Protasio, haz el favor de escucharme.

—No pienso hacerlo.

—Tengo cita y estás obligado a hacerlo.

—No sabía que eras tú. En la agenda aparece un tal Pedro.

—Si es que eres tonto de nacimiento. ¿Acaso conoces a alguien con un nombre tan raro como ese en el pueblo?

—Está bien. ¿Qué coño quieres? Y ve al grano.

—Protasio, San Judas debe volver a recuperar el lugar que le pertenece. Es el verdadero patrón de Villa Pepino.

—¡Exacto, Villa Pe-pi-no, y no Villa Judas, ¿lo pillas?

—Pero si ya no está entre nosotros.

—Descanse en paz —dijo el alcalde santiguándose y provocando el cabreo el párroco.

—Protasio, hablo en serio. Ahora estamos sin patrón...

—Sí, por culpa del calor —lo interrumpió—. No hace falta que me lo recuerdes.

—Por eso debe ser San Judas, que está fresquito en la Iglesia.

El alcalde le dedicó una mirada de esas que provocan temblor. Aunque el cura ni se inmutó. Llevaba tiempo intentando conseguir una cita y siempre le ponían excusas en la alcaldía, motivo por el que le pidió a un feligrés que llamase por teléfono y se hiciese pasar por un tal Pedro para poder tener audiencia con él.

—Protasio, ¿no te das cuenta que San Judas lleva toda la vida con nosotros?

Es el verdadero patrón del pueblo.

—Esto parece una lucha por el trono de hierro —cuchicheó en voz baja.

—¿Por el qué? —el párroco no entendía nada.

—¡Que no, que lo olvides! Seguirá siendo Don Pepino.

—¡Pero si no está!

—¡Lo pegaremos con pegamento! O mandaremos hacer otro.

—Tú lo has querido —anunció dejando caer sobre la mesa una carpeta con más de dos mil firmas.

El alcalde la abrió, y enmudeció un instante al ver lo que contenía.

—¿Esto es cierto? ¿Son auténticas?

—Sí —se encaró el cura, dispuesto a todo para conseguir su objetivo.

Ambos hombres se retaron con la mirada. Había verdadera tensión en aquel despacho. Varios siglos de historia y de enfrentamientos entre la Iglesia y el ayuntamiento se estaban viendo representados una vez más entre aquellas cuatro paredes.

—Está bien —claudicó volviendo a dejar la carpeta sobre la mesa—. Pero se hará a mi manera —anunció ocultando el temor que sentía. Según la ley del pueblo, si esa carpeta llegaba al pleno, el cura se salía con la suya y San Judas se proclamaría automáticamente patrón de Villa Pepino.

—¿Qué quieres decir?

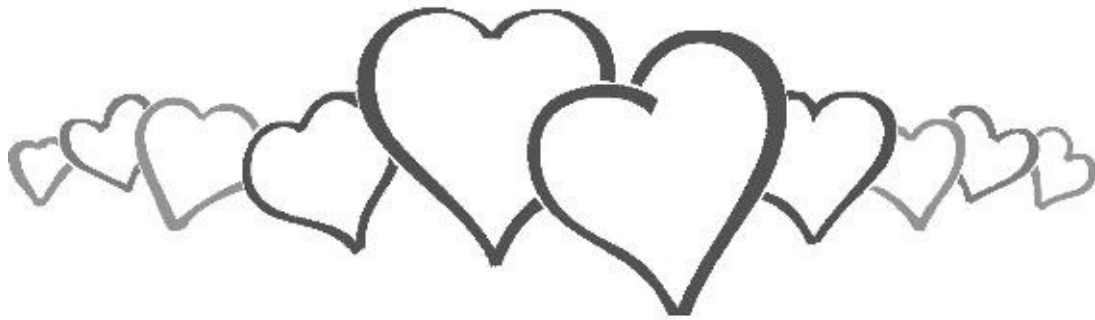
—No se acordará en pleno. Organizaré un referéndum y que sea el pueblo el que decida. Lo tomas o lo dejas, tú decides.

El párroco, que lo conocía desde el día en que lo bautizó, reconoció el miedo en sus ojos, y supo que, al igual que había acertado de lleno en recoger las firmas, conseguiría convencer a los feligreses para que votasen a su favor en el referéndum.

—Me parece bien —remató con una sonrisa triunfal.

—Te acompaño a la salida —dijo el alcalde al levantarse. No veía la hora en que el párroco se fuese de allí.

—No es necesario —se despidió el cura encaminándose hacia la puerta. Pero antes de salir, se volvió hacia él, y con una amplia sonrisa que le cruzaba media cara, le soltó—: Ah, y no olvides rezar para pedir ayuda..., porque te va a hacer falta, hijo mío, te va a hacer falta.



Unos meses más tarde, y gracias a la votación de los vecinos, se celebró en el pueblo la colocación del nuevo patrón en la plaza del ayuntamiento. Todo el mundo estaba allí para verlo, incluidos Ana, Iris y los chicos, que quisieron acudir para tranquilidad de ellas. No faltó nadie al gran evento, excepto una persona: Minervino. El párroco, tal y como habían hecho sus antecesores, no quiso ser partícipe de la colocación de la nueva escultura, cuyo pepino era aún mucho más grande y vistoso que el de su predecesor, algo que Protasio se encargó de pedir personalmente, para que todo el mundo recordara quién era y debía ser el único y verdadero patrón de Villa Pepino.

AGRADECIMIENTOS

Quiero dar las gracias en primer lugar a mi marido y mi hijo, por estar o no estar cuando lo he necesitado. Gracias infinitas. Os quiero con locura.

A mi madre, Salvi, por ser mi principal apoyo, mi mayor fan y mi mayor crítica. Gracias por tus consejos, por todo lo que me das y lo que me has enseñado. Yo no sería la mitad de lo que soy sin ti. Te quiero, mamá.

A mi niña, Mari, por hacerme de lectora cero. Gracias infinitas por tus consejos y tu paciencia, y por estar siempre ahí, como mi Mariola. Chicas, sois mis musas, y sin vosotras la documentación no sería la misma. Gracias por vuestra amistad y cariño. Sois mi otra mitad, mis súper nenas, y siempre lo seréis. Os quiero una *jartá*.

A mis compis, Ana Forner e Iris T. Hernández por haberme propuesto este reto, que ha acabado siendo una historia fabulosa y en el que he puesto una gran parte de mí.

A mi compi, Anabel García. Sandía, sin ti no hubiese podido llegar hasta aquí, y sabes que te lo agradeceré toda la vida. Gracias por tus consejos y por enseñarme lo que tú y yo sabemos.

A mis Gamberras de mi grupo de Facebook. Chicas, ¡por fin lo tenéis! Ya no me preguntaréis más para cuándo la segunda parte (emoticono de me parto de risa). Chicas, gracias, gracias de corazón por ser como sois, por estar a mi lado y por responder siempre a mi llamada. Me faltan palabras para agradeceros todo vuestro apoyo e incondicional cariño. ¡Os quiero!

Y, por último, quiero dar las gracias a todos los lectores que me dais la oportunidad de entrar en vuestras vidas. Creo historias para hacerlos olvidar, al menos durante unas horas, los problemas de la vida cotidiana. Y no se me ocurre mejor forma de hacerlo que arrancándoos una sonrisa. Espero, de corazón, haberlo conseguido con esta divertida, alocada e intrigante historia, como espero también seguir contando con vosotros en futuros trabajos. Gracias, de corazón.

BIOGRAFÍA

García de Saura es mi seudónimo, y mi nombre es Carmen María. Soy natural de Molina de Segura, Murcia. Cursé mis estudios de Bachillerato y COU en la rama de letras puras, tras los cuales, me gradué en Técnico Especialista en Administración, de lo que ejercí durante años. Mi alma inquieta y artística me llevó, además, no solo a asistir a cursos de informática, bisutería o tatuajes, sino también hacia la rama de la pintura, donde descubrí una parte de mí que hasta entonces desconocía, y que dio lugar a más de 400 obras; algunas de ellas se encuentran en ciudades como Barcelona, Londres o Buenos Aires.

Pero no fue hasta la primavera de 2015, cuando encontré mi verdadera pasión y vocación, la que a día de hoy se ha convertido en mi única y más preciada profesión. Ser autora de novela ha logrado completar esa parte de mí que no alcanzaba a conseguir, y que me ha hecho ver la vida de otro modo. Mi primera novela acabada, pese a que mis primeros intentos se remontan a 2010, fue La culpa es de D.I.S.N.E.I., un trabajo al que le tengo un especial cariño, no solo por lo dulce que es, sino porque fue el que me dio a conocer un mundo maravilloso y a personas que lo son aún más. Gracias a todos ellos mi sueño se ha hecho realidad.

WEB:

www.garciadesaura.com

REDES SOCIALES:

Facebook

Perfil: García de Saura

Página: García de SAURA

Twitter: @GarciadeSaura

Instagram: @garciadesaura

YouTube: GarciadeSaura

BIBLIOGRAFÍA

- 09/07/15: LA CULPA ES DE D.I.S.N.E.I. (papel) 1ª Edición. GdS.
- 15/12/15: LA CULPA ES DE D.I.S.N.E.I. (digital) Incluye escena inédita. Zafiro (Grupo Planeta).
- 05/07/16: LO QUE EL ALCOHOL HA UNIDO QUE NO LO SEPARE LA RESACA (papel y digital) - Bestseller. Esencia (Grupo Planeta).
- 10/11/16: SOÑANDO A LO GRANDE, PENSANDO A "LO CHICO" (papel y digital). Zafiro (Grupo Planeta).
- 20/06/17: AQUÍ LE ECHAMOS MUCHOS HUEVOS... A LA TORTILLA (papel y digital). Esencia (Grupo Planeta).
- 19/09/17: HOUSTON, TENEMOS MÁS DE UN PROBLEMA (papel y digital) - Bestseller. Zafiro (Grupo Planeta).
- 06/02/18: HOUSTON, TENEMOS UNA MISIÓN INN-POSIBLE (papel y digital) - Bestseller. Zafiro (Grupo Planeta).
- 03/07/18: MIS PODERES Y TUS POLVOS MÁGICOS (papel y digital). Esencia (Grupo Planeta).
- 04/10/18: HOUSTON, TENEMOS NUEVE SEMANAS Y MEDIA (papel y digital). Zafiro (Grupo Planeta).
- 27/10/18: LA CULPA ES DE D.I.S.N.E.I. (papel) 2ª Edición. GdS.
- 15/11/18: EL CUMPLEAÑOS DE NURIA. LA GENEROSIDAD (Cuento infantil). (Papel y digital). GdS.
- 10/01/19: ¡HUYAMOS, AHORA QUE PODEMOS! Vol. 1 (papel y digital). GdS.